



AÑO II.

NÚM. XXII.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

—
OCTUBRE—1890
—

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Sección Extranjera.

EL PERRO

CUENTO RUSO.

PERO, si admite V. lo sobrenatural, si admite V. su intervención en las cosas reales de la vida, entonces permítame preguntarle : ¿cuál será el papel de la sana razón?

Á este argumento, Antón Stepanich se cruzó de brazos.

Antón Stepanich tenía la categoría de consejero ministerial en yo no sé qué departamento, y como poseía una voz sonora de bajo, y hablaba acentuando las frases, se había granjeado la consideración general. Le acababan de *infligir*, como decían los envidiosos, la cruz de San Estanislao.

—Incontestable, —dijo Skorevich.

—Eso no se discute, —añadió Kinarevich.

—De acuerdo, —afirmó con su vocecilla aflautada el dueño de la casa, Sr. Finoplentof, sentado en su rincón.

—Por mi parte, confieso que no soy de ese parecer; porque á la persona que habla con Vds. le ha sucedido uná cosa bastante sobrenatural.

Esta interrupción procedía de un caballero de mediana estatura y edad mediana, algo panzudo y calvo, que hasta aquel instante había permanecido sentado cerca de la estufa, sin abrir la boca. Todas las miradas se volvieron hacia él, y hubo un momento de silencio.

Ese caballero era un modesto propietario del gobierno de Kaluga, establecido hacía poco en San Petersburgo. Había servido algún tiempo en húsares, perdido al juego, pedido su retiro y vuelto á plantar coles á su aldea.

Antón Stepanich fué el primero que rompió el silencio general.

—¡Cómo, señor mío! ¿Afirma V., sin chancearse, que le ha sucedido una cosa sobrenatural?... Es decir, ¿una cosa en desacuerdo con las leyes de la naturaleza?

—Se lo garantizo á Vds.,—respondió el interpelado, que se llamaba Porfirii Kapitonovich.

—¡En desacuerdo con las leyes de la naturaleza!—repitió con alguna vehemencia Antón Stepanich, evidentemente prendado de la frase.

—¡Sí tal! Como V. dice, ni más ni menos.

—¡Es bien extraordinario! ¿Qué dicen Vds. á esto, señores? ¿Tendría V. la amabilidad (prosiguió, volviéndose hacia el hidalgo de Kaluga) de ofrecernos algunos pormenores sobre aventura tan curiosa?

—¿Vds. quieren que les cuente el caso? Es lo más sencillo,—respondió el hidalgo. Y avanzando al centro de la estancia, habló como sigue:

—Yo, señores, como sabrán Vds. probablemente, ó como no sabrán quizá, tengo una haciendita en el distrito de Kozelsk. En otro tiempo sacaba algo de ella; ahora ya pueden Vds. figurarse que no me da más que quehaceres y desazones. Pero no hablemos de política. Como iba diciendo, en esa haciendita tenía una granja diminuta,

una huerta á proporción, un estanquillo con carassi (1), y algún que otro edificio,—entre ellos una casita donde dar reposo á mi pobre cuerpo.—Yo soy soltero. Pues bueno.... He aquí que un día (hace de esto seis años) vuelvo á mi casa un poco tarde. Había estado jugando una partidita con un vecino; pero....., no vayan Vds. á creer....., andaba bien derecho. Me desnudo; me acuesto....; apago la vela....., y cátense Vds., señores, que apenas apago la vela, cuando noto que se rebulle algo debajo de la cama. ¿Qué será? ¿Ratones? No; ratones no son. Y se rasca, anda, brinca, sacude las orejas.... La cosa es clara: un perro. Pero, ¿de dónde viene ese perro? Yo no lo tengo. No puede ser más que algún perro extraviado, me digo. Llamo al criado: ¡Filka! Y acude con luz.—«Pero, Filka de mis pecados (le digo), ¿qué es esto? ¡Tú no te cuidas nunca de nada! Hay un perro escondido debajo de la cama.—¿Un perro? ¿Qué perro? (me dice.) ¿Y yo qué sé?—Lo que hay es que tú te has propuesto procurar molestias á tu amo.» Conque va Filka, y se baja para mirar debajo de la cama con la vela.—«¡Como no haya más perros que aquí!»,—le oigo.—Entonces me bajo yo; en efecto: nada. ¡Vaya una broma! Miro á Filka con el rabillo del ojo, y se me echa á reir.—«¡Imbécil! (salto yo.) ¿Qué andas ahí mordiéndote los labios? El perro saldría cuando has abierto la puerta, y se habrá escurrido al recibimiento; pero tú, bestiaza, no ves nada nunca, porque, como siempre estás dormido.... ¿Te figuras acaso que he bebido yo?....» Filka quería responder, pero le mandé salir, me hice un ovillo, y no volví á oír nada.

Sin embargo, á la noche siguiente, ¿creerán Vds. que vuelve á repetirse la función? Apenas apago la vela, hé-

(1) Una especie de tencas.

(N. del T.)

telo ya sacudiendo las orejas. Vuelta á llamar á Filka. Vuelta á mirar debajo de la cama. Nada. Lo despido, y apago otra vez.... ¡Anda con mil demonios! Ahí está el perro. Es un perro; no cabe duda. Le oigo respirar, morisquearse el pelo, matarse las pulgas.... No hay que decir.... «¡Filka! (grito.) Ven aquí sin vela.» Viene Filka.— «¿Vamos, oyes?—Oigo», —me contesta él. Yo no veo á Filka....; pero, por su voz, colijo que el muchacho tiene miedo.— «¡Bien! ¿Y cómo explicas esto?—le pregunto.—¿Cómo quiere que lo explique, señor? Es una tentación...., una brujería.—¿Quieres callarte con tus brujerías, tunante?....» Pero ninguno de los dos teníamos ya más que un hilo de voz; temblábamos como si nos hubiese entrado calentura.... Estábamos sin luz. Voy y enciendo la vela.... Voló el perro; se acabó el ruido; nada, nada más que Filka y yo, los dos blancos como las sábanas. Así, que dejé arder la vela toda la noche hasta el amanecer. Y podrán Vds. creerme ó no, señores; pero desde esa noche, todas se repitió la misma historia durante seis semanas. Acabé por acostumbrarme, y apagar la luz, porque no puedo dormir con ella.— «¡Enhorabuena! (me dije). Puesto que ningún perjuicio me viene, ¡adelante con los faroles!»

—Ya se ve que es V. hombre terne (interrumpió Stepanich, con una sonrisa entre compasiva y desdeñosa). Ya se ve que ha sido húsar.

—Es que, dicho sea con todo respeto, V. no me haría temblar en ninguna ocasión, —replicó Porfirii Kapitonovich; y entonces sí que tenía facha de húsar.—Pero oiga un instante. Llega mi vecino, le convido á hacer penitencia á mi mesa, y le soplo quince rublos al juego. Cuando quiere marcharse, ya es de noche. «Hay que desfilarse» (dice). Pero yo, que tenía mi plan, le respondo: «Qué-

date á dormir, Vasili Vasiliich ; mañana, si Dios quiere, te tomas el desquite». — Vasili Vasiliich se pone á reflexionar ; reflexiona.... reflexiona.... y se queda. Mando que le pongan la cama en mi alcoba. Nos acostamos ; nos ponemos á fumar y á charlar ; hablamos de mujeres, como pasa cuando se está entre muchachos. Miro, y veo á Vasili Vasiliich, que había soplado la luz y me volvía la espalda, como para decirme : « ¡*Schlafen sie wohl!*» (1). Espero un rato más, y apago también mi vela. ¡Señores! ¡No había tenido tiempo de pensarlo, cuando ya está la función en danza!.... Y el animal bulle que bulle.... bulle que bulle.... ; pero, ¿qué?, más que eso.... sale de debajo de la cama, empieza á andar por la habitación, oigo las patas en el suelo.... sacude las orejas...., y luego ¡cataplum! echa á rodar una silla que estaba pegadita á la cama de Vasili Vasiliich. Y dice Vasili : «¿Porfirii Kapitovich? (pero, fíjense Vds., con su voz de siempre, con la mayor naturalidad.) ¿Es que has comprado un perro? ¿Es de caza? — Yo no tengo perro, ni lo he tenido nunca, — le respondo. — ¿Cómo que no? Pues entonces, ¿qué es lo que suena? — Que ¿qué es? Muy sencillo : enciende la vela, y lo sabrás. — Pero ¿no es un perro? — No.» — Vasili Vasiliich se vuelve, y me espeta : «Te estás bromeando. ¿Qué es? — No me bromeo.» — Le oigo hacer *ras, ras* con una cerilla, y, mientras tanto, el perro siempre en danza, rascándose las costillas. Se enciende la vela. ¡Adiós! ¡La del humo! Vasili Vasiliich se me queda mirando ; yo lo miro á él. Entonces salta : «¿Qué gracia es ésta? — Pues mira, hijo mío, la gracia es que, si pusieses á reflexionar sobre el caso á Sócrates por una parte, y al gran Federico por otra, no te lo expli-

(1) Que V. descanse.

(N. del T.)

carían»; y á esto le conté toda la historia. ¡Ah! ¡Si Vds. lo hubiesen visto saltar de la cama como gato escaldado!.... No acertaba á meterse las botas. «¡Caballos! (gritaba). ¡Caballos!» Yo empecé á hacerle reflexiones, pero él ponía el grito en el cielo. «Yo no estoy aquí un minuto más! (clamaba.) ¡Tú eres un hombre maldito, condenado! ¡Caballos!....» Bien me costó lograr que se calmara. Se empeñó en que le llevaran la cama á otro cuarto, y en que hubiese luz en todas partes. Por la mañana, al tomar el te, estaba un poco más sereno, y empezó á darme consejos. «Mira, Porfirii Kapitonovich (me dijo), harías bien en pasar algunos días fuera de tu casa. Puede que entonces cesase eso.» Y he de decir á Vds., señores, que mi vecino es hombre...., hombre de un espíritu superior. A su suegra, para no hablar de otras personas, la ha cogido en sus redes de un modo pasmoso. Le ha girado letras. La mujer se ha vuelto un corderito, y le ha dado un poder para la administración de sus bienes. ¿Quieren Vds. más? ¿Es una hazaña fastidiar así á una suegra? Hago á Vds. jueces. Pero de mi casa no salió muy satisfecho, porque le soplé cien rublos más. Estaba de mal humor. «Eres poco agradecido (me dijo); me tratas de mala manera.» Pero yo.... ¿Es culpa mía? Por lo demás, el consejo me pareció bien, y el mismo día marché á la ciudad. Paré en casa de un viejo á quien conocía, un tal Raskolnik, posadero. Era un viejecito muy venerable, aunque un poco desabrido, porque vivía enteramente solo. Toda su familia había muerto. Y lo bueno era que no podía aguantar el olor del tabaco, y tenía horror á los perros, tanto que habría huido al campo antes que consentir un perro en su habitación. ¿Cómo he de tolerarlo? (decía). ¡Ahí tengo la Santa Virgen que me hace el honor de estar colgada en mi cuarto, é iba á dejar que un impío de perro

viniese á meter aquí su impuro hocico!» ¿Qué quieren Vds.? Falta de educación.

— V., á lo que veo, es un filósofo, — interrumpió Antón Stepanich con la misma sonrisa.

Esta vez Porfirii Kapitonovich frunció el ceño.

— ¡Filósofo! (exclamó, meneando los bigotes de una manera amenazadora); no es cosa probada; pero yo doy lecciones de filosofía.

Todas las miradas se dirigieron hacia Antón Stepanich. Se esperaba una respuesta terrible, ó, por lo menos, una mirada fulminante; pero el señor consejero ministerial trocó su sonrisa desdeñosa por otra de indiferencia, bostezó, movió un pie, y ahí acabó todo.

— «Pues, señor (continuó Porfirii Kapitonovich), me instalé en casa de ese viejo. Gracias á nuestro conocimiento, me cedió su propio cuarto, que no era de los mejores, y, en cuanto á él, se arregló detrás de un biombo. Era precisamente lo que me convenía. No hay más sino que por el momento tuve que pasar la de Dios es Cristo. El cuarto era pequeño. ¡Un calor!.... ¡Ni una pizca de aire!.... ¡Moscas!.... ¡Todo pegajoso!.... En un rincón, un armario de lo que no se ve, con estampas antiguas, y con las chapas combadas y empañadas. Aquello trascendía á aceite y á botica. En la cama, ¡un par de almohadas!....; tocabais una, y ¡anda con Dios!; una cucaracha corriendo. Así es que, aburrido, me puse á tomar te hasta echarlo por los ojos. ¡Infame alojamiento! Me acuesto; no hay medio de dormir. Detrás del biombo sentía á mi viejo respirar, gimotear y mascullar sus oraciones. Por fin, gracias á Dios, se queda dormido. Escucho: empieza á roncar, primero quedito, luego sin cumplimientos, y después un fuego graneado. Hacía mucho que yo había apagado mi luz, pero seguía ardiendo la lámpara delante de las imá-

genes. Aquello me estorbaba. Me levanto muy despacito, con los pies descalzos ; me agacho delante de la lámpara, y puf, soplo.... Nada. ¡Bueno! (me digo) ; parece que la cosa no marcha en la ciudad. ¡Bah! No bien me había vuelto á meter en la cama, cuando empieza el aquelarre, y el rascar, y los sacudimientos de orejas...., en suma, la danza de costumbre. ¡Pues, señor, estamos bien! Me achanto en mi cama, aguardando á ver lo que sucede. Escucho. El viejo se despierta : « ¿Señor? (dice) ¿Señor? — ¿Qué hay? — ¿Has apagado tú la lámpara? »

» Y sin esperar contestación, mi verdugo se levanta á tientas : — « ¡Qué! ¿Qué es eso? ¡Un perro! ¡Un perro!.... ¡Ah, maldecido! — ¡Poco á poco, amiguito! (le digo). Nada de enfadarse. Vente acá. Pasan cosas un poco asombrosas. » El viejo sale de detrás del biombo, y se me acerca con un cabito de cera amarilla. Jamás, en mi vida, había visto figura semejante. Todo cubierto de vello, con pelos en las orejas, ojos feroces como los de un tejón, un gorro de fieltro blanco en la cabeza, barba blanca también, hasta la cintura, encima de la camisa un chaleco con botones de cobre, en los pies chapines forrados, y todo eso oliendo á ginebra á la legua. Con ese atavío se va á las imágenes, hace tres veces la señal de la cruz, enciende de nuevo la lámpara, se santigua, y luego, volviéndose á mí, me dice con voz ronca : « ¡Vamos á ver! Á explicarse la gente ».

» Entonces, sin más tardar, le cuento todo el caso. El viejo me escuchó sin soltar una traidora palabra ; lo único que hacía era rascarse la cabeza. Se sienta á los pies de mi cama, continuando lo mismo, sin hablar. Se rasca el estómago y la nuca ; se restriega. Ni una palabra. — « Conque, vamos á ver, Feodul Ivanovich (empecé yo). ¿Qué dices tú á esto? ¿Será una tentación, una brujería? ¿Eh? »

El viejo me mira.—«¡Una tentación; una brujería! (repetió.) ¿Sabes lo que dices? Eso se queda para tu casa, apestada de tabaco; pero, ¡en esta!.... Párate á pensar, hombre. Es un lugar sagrado. ¡Una tentación! ¡En seguida!—Bueno; pues si no es una tentación, ¿qué es?» El viejo se puso á reflexionar y á rascarse en silencio, y al cabo de un rato me dijo estropajosamente, porque se le metían en la boca los bigotes: «Vete á la ciudad de Belev. No hay más que un hombre que pueda ayudarte, y ese hombre está en Belev. Es uno de los nuestros. Si quiere socorrerte, eso te ganas; si no quiere, no es posible hacer nada.—¿Y cómo se encuentra á ese hombre? (le pregunté).—Eso yo te lo indicaré perfectamente (me dijo); pero, ¿qué había de ser una tentación? Es una visión, y, ¡quién sabe si una manifestación!.... Pero no estás tú á esas alturas; no llegas tú hasta ahí. ¡Ea!; procura dormirte con el Padre y con Cristo; que yo voy á quemar incienso. Mañana pensaremos. Mañana, ya sabes, es más acertado que hoy».

»Pues, señor, por la mañana celebramos consejo; pero me olvidaba de deciros que por poco me afixia con su incienso. He aquí ahora las señas que me facilitó mi viejo. Al llegar á Belev, ir á la plaza, y en la segunda tienda á la derecha, preguntar por un tal Projorich, y entregarle una carta. Esa carta era un pedazo de papel en que había escrito: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Á Sergio Projorich Pervuchine. Cree á ese.—Feodulii Ivanovich». Y más abajo: «Envía coles, y alabado sea el santo nombre de Dios».

»Di las gracias al viejo, y, sin andarme en chiquitas, mandé enganchar un tarantás para que me llevase á Belev. Porque yo discurría así: Aunque hasta ahora no me haya hecho ningún mal mi visita nocturna, el caso no

deja de ser enojoso. Y luego que no está eso bien para un hidalgo y un oficial. ¿Qué dicen Vds. á eso?

—¿Y se fué V. á Belev?—murmuró Finoplentof.

—Derechito. Una vez en la plaza, pregunto por Projorich en la segunda tienda á la derecha.—«¿Está aquí? (pregunto).—Sí (me dicen), está.—¿Dónde para?—En el Oka, en el barrio.—¿Qué casa?—En la suya.» Voy al Oka, encuentro la casa, es decir, no era casa, sino una choza. Veo un hombre con almilla azul remendada, y una gorrilla rota, de espaldas á mí, muy afanado en sacar coles. Me adelanto, y le digo: «¿Es V. fulano de tal?» Se vuelve mi hombre, y os juro por mi nombre que en la vida he visto ojos tan penetrantes como los suyos. Por lo demás, la cara tamaña como el puño, barbas de chivo, y ni asomo de dientes; era un viejo.

«Yo soy (me dice); ¿en qué puedo servirlo?—Tenga», le respondí, entregándole la carta. Me mira así, con mucha fijeza, y me dice luego: «Haga el favor de pasar á la casa; no puedo leer sin anteojos». Vamos á la casa, una verdadera perrera, desnuda, miserable, y sin espacio apenas donde estar. En la pared una estampa negra como el carbón; las cabezas de los Santos, negras del todo, con ojos absolutamente blancos. Del cajón de una mesa vieja sacó unas antiparras de hierro, se las plantó en la nariz, leyó la carta, y luego se puso á mirarme al través de las gafas. «¿V. me necesita?—Sí, en verdad.—Bueno, pues exponga su asunto. Se le escucha.» Ahora represéntense Vds. á mi hombre sentándose, sacando del bolsillo su pañuelo de cuadros, extendiéndolo sobre las rodillas...., un pañuelo lleno de agujeros...., y mirando con aire imponente, como si fuese un senador ó un ministro, sin decirme que me sentara.... Y lo más singular del caso es que de pronto me entra un miedo.... Me quedo

embargado.... Se me cae el alma á los pies. Él dirigía hacia mí miradas oblicuas.... En fin, no sigamos.... Cuando me repuse un poco, le conté toda la historia. No decía nada ; fruncía el entrecejo ; se mordía los labios ; luego, con aires de senador, con una majestad sin igual, me preguntó sin precipitarse : «¿Su nombre de V.? ¿Su edad? ¿Sus padres? ¿Es casado ó soltero?» En seguida, después de volverse á morder los labios y fruncir el ceño, alzó un dedo, y me dijo : «Prostérnese ante las santas imágenes de los puros y caritativos obispos, los Santos Zósimo y Sawat de Solovetz». Me prosterné cuan largo soy, y en poco estuvo que no me quedase allí tendido : tanto era el temor y tanta la veneración que ese hombre me inspiraba ; todo lo que me hubiera dicho, de seguro lo habría hecho.... Ya veo que esto les hace reir á Vds., señores ; pero les aseguro que yo entonces no estaba para risas. «Levántese, caballero (dijo al fin). Es posible ayudarlo. No es un castigo lo que se le ha enviado, sino un aviso. Quiere decir que existen inquietudes sobre su persona. Felizmente, hay alguien que ruega por V. Vaya al bazar, y compre un cachorro, que tendrá V. siempre consigo noche y día. Cesarán sus visiones, y además el perro podrá serle útil.»

Me pareció ver el cielo abierto. No pueden Vds. figurarse la alegría que me causaron sus palabras. Hice una profunda reverencia á Projorich, é iba á marcharme, cuando recapacité que no estaría mal demostrarle mi gratitud, y saqué de mi cartera un billete de tres rublos ; pero lo rechazó, diciéndome : «Délo á una capilla ó á los pobres. Estos servicios no se pagan». Saludé de nuevo, encorvándome esta vez hasta el nivel de su cintura, y heme aquí camino del bazar. Me llego á las tiendas, y cátrate que lo primero que topo es un hombre de capote

pardo, que llevaba un perrillo de dos meses, canelo, con el hocico blanco, y blancas también las manecitas. «¡Alto! (dije al del capotón). ¿Cuánto es ese animal?—Dos rublos.—Ahí van tres.» Mi estafermo se quedó asombrado; creyó que estaba loco, pero yo le puse el billete entre los dientes, y me llevó diligentemente mi perro al tarantás. El cochero se dió prisa á enganchar, y aquella misma noche estaba de vuelta en mi casa. Todo el camino llevé al perro en las rodillas, y, cuando chillaba, le decía: «¡Tesoro! ¡Tesorito!» Le di de comer y beber; mandé traer paja; le hice una cama en mi cuarto; apagué la vela, y me quedé á oscuras. «Vamos á ver (dije). ¿Empieza eso?» Nada. «¡Vamos á ver, vamos á ver! ¿Empezamos? ¡Anda, canalla, anda! ¿Un poquito para reirnos?» Principiaba á envalentonarme. «¡Ea! ¡Marchen, en nombre de todos los diablos! ¿Es que descansa hoy el aquellarre?» No oía más que la respiración del perrillo. «¡Filka! (me pongo á gritar). ¡Filka! ¡Llégate, imbécil!» Entra el muchacho. «¿Oyes al perro?—No, señor; no oigo nada» (y se echa á reir). «¡Ah! ¿de manera que no oyes nada? Pues toma; ahí tienes medio rublo para beber.—Déjeme besarle la mano»,—dijo el pillo, avanzando á tientas.... Vds. podrán suponer cuál fué mi alegría.

—¿Y así acabó la aventura?—preguntó Antón Stepanich, pero esta vez sin ironía..

—Sí; ahí concluyeron las visiones, y ya no volvieron á molestarme; pero aguarden Vds., que la historia no ha terminado aún. Mi Tesoro crece, y saca unas patas soberbias, recia cola, largas orejas caídas, morros tremendos; es un vigoroso perrazo de caza. Su adhesión á mí raya en lo extraordinario. Por mi tierra no hay mucha caza; pero, cuando llevaba á mi perro, encontraba buenas ocasiones de disparar la escopeta. Iba con mi Tesoro

á rondar por los alrededores. Levantaba una liebre....., ¡y había que verlo tras de las liebres! ¡Santo Dios!....., ó muchas veces una perdiz, ó bien un pato salvaje. Pero, reparen bien, jamás se separaba de mí una uña. Donde iba yo, iba él; hasta al baño lo llevaba conmigo. Pero, ¿qué? ¿No quiso una vecina echar de su sala á mi Tesoro? ¡Buena batalla se armó! Acabé por romper los cristales á esa doña Melindres. Pues, señor, un día....., era en verano....., y, entre paréntesis, hacía un tiempo seco como jamás se ha visto. En el aire se veía como un vapor, como una niebla. Ardía todo. Un cielo sombrío. El sol como una bala roja, y un polvo capaz de haceros estornudar. La gente iba con la boca abierta como los cuervos. Yo me aburría de estar metido en casa, medio desnudo, con los postigos cerrados, y luego empezaba á ceder la fuerza del calor. El caso es, señores, que quise ir á ver á una vecina mía. Esa vecina vivía á una versta de mi casa. Era una señora muy benéfica, fresca y joven aún, muy arreglada siempre, sólo que un poquitín caprichosa. ¡Eh! Eso en mujeres no es gran pecado. Al contrario, todos ganan con eso. Conque llego á la escalinata, después de un paseo sofocante, pensando que Ninfodora Semenovna me obsequiaría con un refresco de arándano ó de cualquier otra cosilla. Ya tenía la mano en el botón de la puerta, cuando de repente oigo, detrás de una casa de aldeanos, un gran ruido, un alboroto, gritos de niños.... Miro, y, ¡Dios poderoso!, en derechura á mí se abalanza una bestiaza roja, que al pronto no tomé por un perro. Venía con las fauces abiertas, con los ojos inyectados de sangre, con el pelo erizado.... No había hecho yo más que exhalar un gemido de angustia, cuando el monstruo horrible brinca á la escalinata, se alza sobre las patas, y cae derecho sobre mi pecho.... ¡Háganse

Vds. cargo de mi situación!.... Muerto de espanto, no hubiese podido mover una mano siquiera...., estaba petrificado de estupor.... ¡Todavía veo los enormes colmillos blancos debajo de mis narices y una lengua roja llena de espuma!.... Pero hé aquí que, en el mismo instante, pasa por delante de mí otro bulto como un relámpago. Era mi alhaja, mi Tesoro, que venía á socorrerme, y se agarra al pescuezo de la bestia como una sanguijuela.... Y ahora la bestia resuella roncamente, rechina los dientes, cae patas arriba.... Yo abro la puerta cochera, y de un salto me planto en la antecámara. Entro sin saber dónde. Me apoyo en la puerta con todo mi peso, y entre tanto se libraba en la escalinata una batalla furiosa. Entonces empiezo á dar voces de socorro. Toda la casa se pone en movimiento. Ninfodora Semenovna corre con el pelo suelto. En la cerca cedía un poco el ruido, y oigo gritar: «¡Para! ¡Para! ¡Cierra la puerta cochera!» Entreabro la puerta de la escalinata. Ninguna bestia. Por la cerca, gentes que corrían con los brazos levantados, recogiendo leños, como si tuviesen la peste en el cuerpo. «¡Por la aldea! ¡Ha huido por la aldea!»—vociferaba una vieja, cuyo gorro veía yo asomar por un tragaluz. Salgo de la casa. ¿Dónde está Tesoro?.... ¡Ah! Helo ahí. Voy á mi salvador, que volvía á la cerca cojo, desollado y ensangrentado. «Pero, en resumen, ¿qué es esto?»—pregunté á las gentes que corrían en tropel como si hubiese fuego. Á eso me dicen: «Es un perro rabioso, un perro del Conde. Desde ayer anda rondando por aquí».

Teníamos un vecino conde, que había llevado no sé de dónde unos perros asombrosos. Y aquí me tienen Vds. con una aprensión del diablo, corriendo á un espejo á ver si estaba mordido. No, gracias á Dios; ni un rasguño; eso sí, ya pueden Vds. comprender, me encontraba más

verde que un prado. Y á todo esto Ninfodora Semenovna, tendida en un diván, sollozaba de modo que parecía una gallina llueca. Se comprende: por un lado, los nervios; por otro, la sensibilidad. ¡Bueno! Vuelve en sí la dama, y me pregunta con voz sorda: «¿Está V. vivo todavía?—Sí (le respondo), estoy vivo; me ha salvado Tesoro.—¡Ay, Dios mío! (dice). ¡Qué nobleza de animal! ¿Lo ha matado ese perro rabioso?—No, no ha muerto; pero está muy herido.—¡Ay, Dios mío! Entonces hay que pegarle un tiro en seguida.—¡Eso sí que no! (exclamé). Yo procuraré curarlo.» En ese momento Tesoro empieza á arañar la puerta, y le abro. «¡Ay, Dios mío! (dice la dama). ¿Qué hace V.? Nos va á devorar á todos.—Dispense (respondí). Esas cosas no van tan de prisa.—¡Ay, Dios mío! ¿Pero es posible? V. ha perdido la cabeza.—Ninfodora (le dije); cálmese V. Sea razonable.» ¡Que si quieres! Empieza á gritar: «¡Pronto! ¡Sálgase V. con ese horrible perro!—Bien, sí, me marcharé.—¡Pero en seguida! ¡Ni un segundo más! ¡Márchese! Es V. un monstruo, y jamás tenga la avilantez de volver á presentarse delante de mí. ¡Si puede que también él esté ya rabioso.—Perfectamente (contesté); pero ha de darme V. un coche, porque yo no me aventuro á volver á pie á casa.»—¡Ella me ponía unos ojos!.... «¡Que se le dé una carretela, un droski, lo que quiera! ¡Pero que se vaya al instante! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué ojos! ¡Qué ojos tiene!» Á esto abandona la sala, da una bofetada á su doncella, y oigo que se pone mala en la otra habitación. Pues bien, señores: podrán Vds. creerme ó no; pero desde ese día acabó toda intimidad entre Ninfodora Semenovna y yo; y, bien pensado, no puedo menos de añadir que por ese solo hecho estaré reconocido á mi Tesoro hasta el borde de la tumba.

:

Mandé, pues, enganchar la carretela, hice montar á Tesoro, y me volví á casa. Allí lo examiné, le lavé las heridas, y pensé en mis adentros que haría bien en llevarlo al día siguiente, en cuanto amaneciese, á la comadrona del distrito de Efrem. Esa comadrona es un viejo, un aldeano asombroso. Murmura palabras sobre el agua; hay quienes dicen que la mezcla con baba de serpiente. Os la da á beber, y como mano de santo: todo desaparece. Á la vez me dije: «Me haré sangrar; eso es bueno para los sustos». Por supuesto, no se os sangra en el brazo, sino en el hoyuelo.

—Pero ¿qué hoyuelo?— preguntó Finoplentof con tímida curiosidad.

—¿No sabe V.? Mire, aquí tiene el sitio, debajo del puño, junto al pulgar, donde se echa el rapé para sorber una buena toma. ¡Ajá! Ese es el sitio verdadero para una sangría. Vds. mismos pueden convencerse en un instante. Por la mano es sangre venosa; allí, al contrario, sangre viva. Estas cosas no las saben los médicos. Ni las sospechan siquiera esos pordioseros de alemanes. Los albéitarres trabajan mucho más, y ¡qué diestros son! Os arriaman su cortafrío; un martillazo, y asunto concluido. Conque, como iba de mi cuento, mientras hacía yo estas reflexiones, se venía la noche encima, es decir, que era hora de irse á acostar. Me meto en la cama, y, no hay que decir, Tesoro cerquita. Pero no sé si era el calor, el sobresalto que había pasado, ó bien las pulgas, ó mis cavilaciones, lo cierto y verdad es que no podía dormir-me. ¡Imposible! Estaba molesto lo que no se puede decir. Bebí agua, abrí la ventana, toqué á la guitarra el *Muyik de Komarino*, con variaciones italianas.... ¡Como si callara! «¡Ea! (me dije). Yo no puedo parar en este cuarto.» ¡Bueno! Cojo una almohada, un par de sábanas y una

manta ; atravieso el jardín, y voy á instalarme bajo el cobertizo del heno. Allí, señores, me sentí más á gusto. Una noche templada, templadísima ; de cuando en cuando un cefirillo, como si pasase por vuestra cara una mano de mujer. El heno, fresquito, oliendo á gloria, como el te que tienen Vds. ahí. Los grillos, cantando en los manzanos. Á ratos se oye un *gua-gua* de codorniz ; se adivina que la pícara está contenta, que anda por el rocío al lado de su bitor. Y el cielo tan sereno. Se encienden las estrellas, y se ve venir nubecillas blancas, blancas como algodón en rama, que apenas se mueven.»

Al llegar á este punto del relato, estornudó Skorevich. Kinarevich estornudó también, nada más que por hacerle coro. Antón Stepanich los felicitó á los dos con una mirada.

—«Pues, como decía (continuó Porfirii Kapitonovich), me acosté ; pero seguí sin dormir. Andaba meditando, y pensaba sobre todo en los presentimientos, en lo que me había dicho ese Projorich de que viviese prevenido, y por qué había de ser á mí á quien había sucedido una aventura tan asombrosa.... No lo comprendía, sencillamente porque es incomprensible.... Entretanto, Tesoro empieza á quejarse brincando por el heno. Es que le dolían las heridas. Y ahora diré á Vds. lo que no me dejaba dormir aún.... La luna. ¿No me creen?.... Se lo aseguro. La luna, que estaba allí enfrentito de mí, tan redonda, tan tersa, tan ancha, tan amarilla ; y se me metió en la cabeza que se había plantado allí...., ¡Ave María purísima!...., por insolencia y por chinguearse conmigo. Yo le enseñé la lengua. Cabalito. ¿Tienes curiosidad de saber lo que pienso?.... Pues doy media vuelta ; pero la siento en la oreja y en la nuca ; me envolvía como una lluvia. Abro los ojos. La menor brizna de hierba, la me-

nor pajilla de heno, la menor tela de araña, todo está como cincelado por ese diablejo de luna, que parece decirme: «¡Oye! ¡Mira!» No había más que resignarse; apoyé la cabeza en la mano, y me puse á mirar. ¡Puesto que no había otro camino! ¿Lo creerán Vds.? Tenía los ojos más abiertos que una liebre, abiertos como puertas-cocheras. Les juro que ya no sabía qué hacer para dormir. Conque, como digo, lo devoraba todo con los ojos. La puertadel cobertizo estaba abierta de par en par. Se veían hasta cinco verstas de campo. Se veía.... y no se veía; estaba claro y turbio, como sucede siempre que hay luna.... Estaba, pues, mirando, mirando, sin pestañear, cuando de repente.... me parece ver una cosa que se movía allá, muy lejos...., en fin, algo que pasaba rápidamente. Transcurre un instante, y veo otra vez una especie de sombra que saltaba.... no muy cerca.... Luego la veo un poco más cerca. ¿Qué será?.... (me digo). ¿Una liebre? Sí, y se aproxima. Miro. Pues no; es mayor que una liebre. No es caza. Sigo mirando. La sombra reaparece, y se lanza á la pradera. La pradera, á causa de la luna, parecía blanca, y aquello hacía una gran mancha encima. ¡La cosa es clara! Una alimaña, un zorro ó un lobo. Empezaba á latirme el corazón. Pero, ¿qué tenía yo que temer? No faltan animales que andan vagando por de noche. La curiosidad pudo más que el miedo. Me levanto, enarqueo los ojos; pero de pronto siento un frío como si me echasen hielo en la espalda. Y, entonces.... ¡Señor, tened piedad de mí! ¿Qué es lo que veo? La sombra va creciendo, creciendo, se lanza por la puerta de la cerca, y me apercibo de que es una bestia, una bestiaza con una cabeza enorme.... Pasa como un huracán.... como una bala.... Señores, pónganse en mi lugar.... Se detiene un momento.... empieza á husmear,... Era el perro rabioso.... ¡el mismo!

¡Ay, Dios mío!.... Moverme, no puedo.... Gritar, tampoco.... Toma por la puerta del cobertizo; sus ojos centellean.... Lanza un aullido, y se tira al heno, flechado á mí. Pero ahí está mi bravo Tesoro, que no dormía, y que sale del heno. Se agarran del hocico; los dos parecen uno solo; caen empelotados. No sé lo que pasó después; sólo me acuerdo de que yo caí por encima de ellos, y puse pies en polvorosa por el jardín, sin parar hasta mi alcoba. Por poco me meto debajo de la cama; lo confieso con vergüenza. ¡Había que ver mi galope y mis zancadas por el jardín! Apuesto á que la mejor bailarina del emperador Napoleón, con todas las piruetas que hace en la polka el día de su Santo, no hubiese conseguido atraparme. Cuando se pasó el susto, puse en movimiento la casa entera. Todo el mundo se armó; yo, por mi parte, eché mano de un sable y de un revólver. El revólver lo había comprado á poquito de la emancipación, no sé con qué motivo. Pero, ¡qué bribón el chalán del armero! (De tres tiros, fallan dos.) Henos aquí, pues, en orden de batalla, armados, quién de una linterna, quién de un leño, camino del cobertizo. Avanzamos gritando, sin oír nada; entramos, por fin, y ¿qué es lo que vemos?.... Á mi pobre Tesoro, rígido, estrangulado.... y el maldito del perro, ahí estuvo.... Ni visto ni oído.

Entonces, señores, empecé á llorar como un becerro, y, lo diré sin avergonzarme, caí de rodillas al lado de mi amigo, del pobre animal que me había salvado dos veces; y durante largo rato le estuve besando la cabeza. En esa postura me quedé hasta que mi ama de llaves, Prascovia, que había acudido también al ruido de la gresca, me dijo: «¿Qué tiene V. que apenarse así por un perro, Porfirii Kapitonovich? Sí. ¡Dios me perdone! Vergüenza debería darle, y encima ahí cogiendo frío.... (La

verdad es que estaba casi desnudo.) Y si ese perro ha perdido la vida por salvarlo, no deja de ser una gran honra para él ».

Al cabo, aunque yo no fuese de la opinión de Prascovia, me metí en la casa. En cuanto al perro rabioso, al día siguiente lo mató de un tiro un soldado de la guarnición. Sería que había llegado su hora, porque aquel soldado disparaba entonces por primera vez el fusil, aun cuando tenía una medalla por haber salvado á la patria en 1812. Y ahí tienen Vds., señores, por qué les decía que me había sucedido una cosa sobrenatural.»

Calló el narrador, y se puso á llenar la pipa. Nosotros nos mirábamos unos á otros, sin saber qué pensar.

—¡Ah! V. hará sin duda la vida de un santo (dijo Finoplentof); y esa es la recompensa....

Pero al llegar aquí se detuvo, notando que los carrillos de Porfirii Kapitonovich se hinchaban y se ponían encarnados, que se le entornaban los ojos, é iba á reventar de risa.

—Pero si V. admite la posibilidad de lo sobrenatural, y su intervención en la vida ordinaria, en la vida de todos los momentos, por decirlo así, entonces (replicó Antón Stepanich), ¿qué le queda que hacer después de eso á la sana razón?....

Ninguno de nosotros dió con la respuesta, y nos quedamos tan perplejos como antes.

I. TURGUENEFF.

CÁLCULO EXACTO

CUENTO RUSO.

HACE pocos días asistía yo á una boda.... Pero no, prefiero contaros una fiesta de Navidad. La boda me agradó mucho. Era cosa linda ; pero el otro suceso es más interesante todavía. Además, la boda es la que me ha recordado la fiesta. Vais á ver.

La víspera de año nuevo, —de esto hace ya cinco años, —fuí invitado á un baile de niños. El baile se daba en casa de un conocido hombre de negocios, persona de mucho trato de gentes. Se traslucía á la legua que aquel baile no era más que un pretexto para reunirse los mayores con un fin interesado. Yo, que no pertenecía á la pandilla, ni tenía maldito el negocio de qué tratar, pude asistir á la velada como espectador. Había allí un personaje desconocido, que iba, como yo, á participar de aquella fiesta de familia.

Él fué el primero á quien vi. Un hombre alto, seco, muy serio, decentemente vestido. Pero fácilmente se notaba que también permanecía extraño á la fiesta. En cuanto podía retirarse á un rincón solitario, cesaba de

sonreír, y fruncía las negrísimas y tupidas cejas. Después supe que vivía en provincias, y que venía á la capital por un asunto muy complicado. Había presentado al dueño de la casa una carta de recomendación, y éste lo invitó por cortesía. No le propusieron jugar á las cartas, ni le ofrecieron cigarros, ni le hablaba nadie. (Seguro es que conocían al león por la uña.) Y no sabiendo el desconocido qué hacer de sus manos, se atusaba continuamente las patillas—unas magníficas patillas,—y las acariciaba con tanto mimo, que no parecía sino que las patillas habían nacido antes, y que él había venido al mundo después para cuidarlas.

Había otra figura que me interesó. Era muy distinta, ¡todo un personaje! Lo llamaban Julián Mastakovich. Desde el primer momento se adivinaba al huésped honrado : él era para el dueño lo que éste para el desconocido. Los amos de la casa le dirigían palabras afables, le obligaban á beber, lo colmaban de atenciones, le hacían la presentación de los demás convidados, y á él no lo presentaban. Noté igualmente que al dueño se le saltaron las lágrimas cuando Julián Mastakovich dijo que no había pasado hasta entonces una noche tan agradable como aquélla. No me encontraba yo muy á gusto cerca de semejante personaje ; así que, después de haber mirado á los niños, me retiré á un saloncito completamente vacío. Allí me senté en una especie de estufa, que ocupaba poco más ó menos la mitad de la pieza.

Los niños estaban encantadores, y decididamente no se resignaban á ser mero remedo de los grandes, á pesar de los sermones de las madres y de las ayas. Desvalijaron en un santiamén el árbol de Navidad hasta no dejar rastro de una golosina, y rompieron la mitad de los juguetes antes de que terminara su reparto metódico. Me fijé

en un chiquillo muy guapo, de larga cabellera rizada ; se había empeñado en matarme con una escopeta de madera. Pero quien hizo mi conquista sobre todo fué su hermana, una niña de once años, «bella como un Amor», dulce, pálida, con ojazos pensativos un poco saltones. Algo debieron molestarla los demás niños, porque acabó por venirse á jugar sola á las muñecas al salón donde yo me había retirado.

Los huéspedes se señalaban unos á otros con admiración un ricacho, que era el padre de la niña ; alguno insinuaba por lo bajo que ya tenía ahorrado para ella un dote de trescientos mil rublos. Me volví para ver á quién impresionaba más esta noticia, y mi mirada se detuvo en Julián Mastakovich, que, con las manos cruzadas á la espalda, escuchaba con suma atención la charla de sus vecinos.

Nunca se admirará bastante la sabiduría de los dueños cuando tocaron á distribuir los juguetes. La niña, que tenía ya trescientos mil rublos de dote, recibió una muñeca preciosa. Los regalos seguían después una progresión descendente, según la fortuna y el viso de los padres. El último de los niños, un chicuelo de diez años, flacucho y pelirrojo, tuvo que contentarse con un librito que trataba de las «bellezas de la naturaleza» y estaba lleno de relatos conmovedores, pero sin un grabado ni una viñeta siquiera. Su madre era el aya de la casa. Llevaba una chaquetilla de paño muy sencilla. Cogió su libro, y anduvo largo rato dando vueltas alrededor de los juguetes. Bien hubiera él querido jugar con los otros niños, pero no se atrevía. Se veía que comprendía su situación.

Á mí me gusta mucho observar á los niños. Es curioso ver manifestarse en ellos por primera vez una voluntad independiente.

Noté que el rojillo estaba tan fascinado por los juguetes, y en particular por el teatro, donde soñaba con representar un papel, que se decidió á captarse la benevolencia de sus compañeros, sonriendo, y haciéndose el amable. Dió una manzana á un chicarrón que tenía un pañuelo lleno de regalos. Cogió en brazos á un chiquitín para subirlo al teatro, logrando con esa artimaña que lo dejasen estar allí. Pero no faltó al minuto un tunantuelo que lo pegara. El muchacho no se atrevió á llorar. Apareció su madre, y le mandó que no estorbase á los niños. En seguida se retiró al salón donde estaba la muchachita. Ella se mostró más accesible, y los dos se pusieron á vestir la muñeca.

Media hora hacía que estaba sentado en la estufa, y casi dormitaba escuchando la conversación de los dos niños, el rojillo y la del dote de los trescientos mil rublos, que se agitaban alrededor de la muñeca, cuando de improviso entró Julián Mastakovich. Un momento antes había yo notado que él hablaba con animación al papá de la rica futura,—un hombretón con el cual acababa de hacer conocimiento;—la conversación tenía por objeto el valor comparativo de las cargas del Estado.

Permanecía pensativo, y parecía contar algo por los dedos.

—Trescientos...., trescientos.... (murmuraba). Once...., doce...., trece...., diez y seis,—cinco años.—Supongamos á 4 por 100, 12...., 5 por 12, 60, y un año 60.... Bueno; supongamos que tuviese entre todo, en cinco años, 400.... Sí....; eso es.... Pero ese miserable no admite el 4, sino quizá el 8 ó el 10 por 100.... En fin: supongamos quinientos, 500,000; no falla.... ¡Hum! Corriente; lo demás para alfileres.

Después de haber hecho estas reflexiones, se sonó, y

ya se disponía á salir de la estancia, cuando de pronto reparó en la niña, y se detuvo. (No me vió; yo quedaba oculto entre las plantas. Me pareció muy emocionado. ¿Era su cálculo el que lo agitaba? Se frotaba las manos, y no podía estarse quieto.) Lanzó una mirada resuelta á su futura. Iba á aproximarse á ella, pero antes registró con los ojos el salón. Después, como si se hubiera reconocido culpable, se acercó de puntillas á la niña, se inclinó sonriente, y le besó el cabello. La niña, sobresaltada, dió un grito.

—¿Qué haces aquí, hermosa?—preguntó en voz baja, sin dejar de mirar alrededor, y dando golpecitos en las mejillas de la niña.

—Estamos jugando....

—¡Ah! ¿Con él?

Julián Mastakovich miró de soslayo al muchacho.

—Vuélvete al salón, querido,—dijo al mozalbete.

El chicuelo lo miraba en silencio, con los ojos muy abiertos. Julián Mastakovich echó otra ojeada en torno suyo, y se inclinó hacia la niña.

—¿Qué tienes ahí, querida? (le preguntó.) ¿Una muñeca?

—Una muñeca,—respondió tímidamente la niña.

—¡Una muñeca!.... ¿Y sabes tú de que está hecha esa muñeca?

—No lo sé.

—Pues de trapitos, monina.... Hijo, estarías mucho mejor en la sala con tus amiguitos,—añadió Mastakovich midiendo de alto á bajo al niño con una mirada severa.

Pero la muchacha y el chiquillo frunció el ceño, y se agarraron de las manos. No querían separarse.

—¿Y sabes tú por qué te han dado esta muñeca?—

continuó Julián Mastakovich, bajando más cada vez la voz.

—No sé.

—Pues porque has sido obediente y juiciosa durante toda la semana.

En aquel punto, Julián Mastakovich, más emocionado cada momento, miró otra vez alrededor de sí, y bajando aún más la voz :

—¿Me querrás tú, queridita (le preguntó), cuando yo vaya de visita á casa de tus padres?

Y diciendo así, hizo ademán de besar de nuevo á la niña ; pero el rojillo, viéndola á punto de llorar, la cogió de las manos, y se puso á gemir por simpatía.

Julián Mastakovich se incomodó.

—¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡Anda á la sala con tus compañeros!

—¡Que no! ¡Que no! ¡Él no tiene que irse! ¿Por qué no se marcha V.? (dijo la mozuela.) ¡Déjelo V.! ¡Déjelo! Iba á llorar.

Se oyó ruido á la puerta. Julián Mastakovich irguió con terror su majestuosa estampa. Pero el rojillo tuvo más miedo que él ; abandonó á la niña, y pegado á las paredes, se escurrió al comedor. Para evitar toda sospecha, Julián Mastakovich pasó también al comedor. Estaba encendido como una amapola, y se sintió muy atado al mirarse al espejo. Deploraba quizá su impaciencia. Probablemente se había dejado engatusar demasiado con las cuentas que había hecho por los dedos ; porque ¿no había obrado imprudentemente como un chiquillo? ¡Qué precipitación! ¿Por qué abordar así secretamente la cuestión, cuando no podía haber cuestión real hasta dentro de cinco años lo menos?

Seguí al encopetado personaje al buffet, y allí asistí á

un espectáculo extraño. Julián Mastakovich, rojo de despecho, hacía gestos espantosos al rojillo, que, alejándose más cada vez, no sabía ya dónde esconderse.

—¡Vete! ¿Qué haces aquí? ¡Vete, miserable! Estás robando las frutas, ¿eh? ¡Vete, miserable! ¡Mocoso! ¡Anda á buscar á tus compañeros!

El chico, tomando una resolución desesperada, trató de ocultarse debajo de la mesa. Entonces su verdugo, en el colmo de la exaltación, sacó el pañuelo, y empezó á darle zurriagazos.

Hay que advertir que Julián Mastakovich era algo grueso; de suerte que sudaba, resoplaba y se congestionaba terriblemente. En resumen: la indignación, y ¿quién sabe? acaso los celos, lo ponían furioso.

Yo solté la carcajada.

Julián Mastakovich se volvió, y á pesar de todo su empaque, no pudo ocultar cierto embarazo.

En ese trance entró por la otra puerta el amo de la casa.

El chico salió de debajo de la mesa, encogido de piernas y de brazos. Julián Mastakovich se llevó el pañuelo precipitadamente á las narices.

El dueño de la casa nos miró á los tres con sorpresa. Pero, como hombre listo, aprovechó la coyuntura que se le ofrecía de una conferencia á solas con su huésped.

—¡Á propósito! (dijo, señalando al rojillo): éste es el muchacho de quien he tenido el honor de hablarle.

—¡Ah!— exclamó Julián Mastakovich.

—El hijo del aya de mis niños (prosiguió el dueño de la casa en tono de súplica). Una pobre mujer, viuda de un honrado chinovnik....; conque...., Julián Mastakovich...., si es posible....

—¡Ah! ¡No, no! (exclamó vivamente el interpelado). ¡No! Dispéñeme, Felipe Alexeievich. No puede ser. Me

he informado ; no hay vacantes, y, aunque las hubiese, existen ya diez candidatos que tienen más derecho que él. Lo siento mucho, lo siento muchísimo.

—Es lástima.... Es un niño modoso, reservado.

—¡Una buena pieza! Lo he observado ya (dijo Mastakovich). ¡Vete, chiquillo! ¿Por qué te quedas ahí? Anda con tus compañeros.

En este momento no pudo menos de mirarme con el rabillo del ojo. Tampoco yo pude contenerme, y me reí en sus barbas.

Julián Mastakovich se volvió en seguida, y preguntó en voz muy alta á Felipe Alexeievich :

—¿Quién es ese joven tan extravagante?

Luego se pusieron á hablar bajo, y salieron de la habitación. Los seguí con la vista : Julián Mastakovich escuchaba, moviendo la cabeza con aire desconfiado.

Después de haberme reído á mi sabor, volví á la sala. Allí el alto personaje, rodeado de padres y madres de familia, y de los dueños de la casa, hablaba animadamente con una señora, que tenía de la mano á la niña de la muñeca. Á la sazón Mastakovich alababa la belleza, la gracia y la educación de la angelical criatura.

La madre lo escuchaba con lágrimas en los ojos ; el padre sonreía. Todo el mundo simpatizaba con aquella alegría de familia. El juego de los niños se había interrumpido. La atmósfera se impregnaba de gravedad.

En seguida la madre de la interesante niña, alterada por la emoción, rogaba á Mastakovich que le concediese la honra de frecuentar su casa. ¡Con qué entusiasmo aceptó él la invitación!

—¿Es casado este caballero?—pregunté en alta voz á un conocido mío, que se encontraba al lado de Mastakovich.

El aludido me clavó una mirada penetrante y furiosa. —No,—respondió mi amigo, muy dolido de mi torpeza.

Pues, señor : hace pocos días pasaba yo por delante de la iglesia de.... Me llamaron la atención el gentío y los coches. Hablaban de un matrimonio. El día era triste. Hacía frío. Por distraerme, seguí á la multitud hasta la iglesia, y vi á los recién casados. El novio era un hombrecillo panzudo. Corría haciendo eses de acá para allá, dando órdenes. Por fin se esparció la voz de que había llegado la novia. Yo me colé al través de la muchedumbre, y divisé una maravillosa beldad de diez y seis años á lo sumo. Pero aquella beldad estaba pálida, triste y distraída. Me pareció que tenía encendidos los ojos, como si acabara de llorar. La severidad á la antigua de todas sus facciones daba á su persona una expresión solemne, casi grave. Pero, al través de aquella gravedad y aquella tristeza, se transparentaba aún el candor de una fisonomía infantil, y parecía que aquel rostro de niña pedía merced silenciosamente.

Después de haber contemplado con atención á la recién casada, reconocí de pronto á Julián Mastakovich, á quien no había visto hacía cinco años justos. Miré entonces á la joven.... ¡Dios mío! Salí á toda prisa de la iglesia. Por entre la gente se decía que la novia tenía quinientos mil rublos de dote.... *¡Y tanto para alfileres!*

«El cálculo era exactísimo», pensé al tiempo de salir.

TH. DOSTOIEVSKY.

HEGEL Y SU CORRESPONDENCIA



No se conocía más que una parte de la correspondencia de Hegel. En un volumen de sus *Misceláneas* habían aparecido varias de sus cartas; Rosenkranz había citado otras al escribir la biografía de su maestro; algunas más hallábanse esparcidas en las obras póstumas de Knebel y en diversas partes. La colección publicada por Karl Hegel, hijo mayor del gran pensador, encierra muchas inéditas y de sumo interés. No se alabará bastante el esmero con que las ha anotado, para suministrar al lector todas las aclaraciones necesarias. Es imposible ser á la par más sobrio y más completo, y la conciencia con que ha cumplido este piadoso deber merece ofrecerse como ejemplo á más de un editor (1).

No figurará nunca Hegel entre los grandes escritores epistolares. Para escribir cartas bien, la primera condición es escribirlas á gusto, y él no tomaba la pluma sino á remolque, haciendo desear mucho tiempo sus respuestas. Esperaba para pagar su deuda tener libre el es-

(1) *Briefe von und an Hegel*, herausgegeben von Karl Hegel, in zwei Theilen, 2 vol. en 8.º: Leipzig, 1887; Duncker y Humblot.

píritu, y envidiaba la felicidad de los hombres de negocios que, después de despachar uno, no vuelven á pensar en él, y pasan á otro. El filósofo tenía su gran asunto, que lo ocupaba de continuo, pero no gran humor de hablar de esas cosas.

«He aquí, mi querido amigo, —decía á Cousin el 1.º de Julio de 1827, —la carta que le escribo después de tanto tiempo. Me encuentro hundido en una bancarrota general, tanto por lo que hace á mis trabajos literarios, como por lo que se refiere á mi correspondencia; apenas sé todavía cómo salir del paso. Miro como privilegiado su crédito de V., y por él principio para liquidarlo antes que todos los demás.»

Ese suabo, de carácter concentrado y de genio circunspecto, no gustaba hablar de sí. Á un fondo bondadoso, á una naturaleza feliz, juntaba la prudencia de la serpiente, y sabía que las palabras tienen alas y vuelan, en tanto que lo escrito subsiste.

Nació en Stuttgardt el 27 de Agosto de 1770, y empezó á filosofar en un tiempo en que la policía era muy desconfiada y los consistorios muy recelosos; en un tiempo en que no se toleraba la filosofía, como decía él, sino á condición de ser absolutamente inofensiva; en un tiempo en que las cátedras de Metafísica se reservaban ante todo para los preceptores de los ministros de Estado, cuando quedaban fuera de servicio y habían perdido sus últimas ilusiones con sus últimas canas. Hegel se prometió desde temprano no ser juguete ni mártir en el gran juego de la vida. Adquirió, pues, la costumbre de velar sus pensamientos, y tan bien lo conseguía á veces, que resultaban desconocidos. Un día escribía á su amigo Niethammer que al nuremburgués le cuesta mucho trabajo decidirse; que, cuando se le exponen elocuentemente todas las razo-

:

nes que puede tener para comprar un caballo, se resuelve á regañadientes á comprar una cola de caballo ; pero, como el caballo es inseparable de la cola, se ve obligado á comprarlo también, y hasta construir una cuadra para alojarlo. Hegel se ha pasado la vida vendiendo colas de caballo ; si vosotros tomabais el caballo además, él no era responsable. « Yo os doy principios — decía ; — si os escandalizan las consecuencias, no me las imputéis á mí ; vosotros sois los que las habéis sacado. »

No soltaba prendas, no salía de su fría reserva sino cuando se entendía con personas que le inspiraban entera confianza ; así se notarán en sus cartas los relatos llenos de abandono que dirigía á su mujer durante sus viajes. Se casó tarde, y en poco estuvo que no se casase nunca. Como ha advertido Rosenkranz, aún imperaba la añeja preocupación de que el verdadero filósofo, á ejemplo de Descartes, de Spinoza, de Malebranche, de Leibnitz, de Wolf, de Locke, de Hume, de Condillac, debía morir soltero. Verdad es que Fichte y Schelling se habían casado ; pero Hegel tenía sus ideas particulares sobre el matrimonio, y lo estimaba un compromiso demasiado grave para que en él se mezclara la pasión.

Aunque no era de una naturaleza muy inflamable, tuvo sus debilidades : se enamoró. Contábase que en su juventud, cuando acababa sus estudios en Tubinga, había experimentado un afecto muy vivo por la hija de un profesor de Teología, la señorita Agustina Hegelmeier. Habitaba la joven con su madre en casa de un panadero que tenía despacho de vinos. Era guapa y coqueta : los estudiantes daban bailes en su honor, y el 7 de Septiembre de 1791, uno de los condiscípulos de Hegel le escribía en francés : « Mi querido amigo : Durante algunos días hemos hecho muchas locuras de amor. Supongo que se-

guirás acordándote con placer de las noches que hemos pasado juntos en casa del panadero , bebiendo vino de cuatro *batzen* (¹) y comiendo *Butter-Brezel* (²).» Pronto olvidó á la bella Agustina, pero siempre le gustaron las caras bonitas , y en Bamberg se gastaban bromas á propósito de sus galanteos con la señora de Jolli, mujer de un capitán, la cual asistió una noche á un baile de máscaras disfrazada de diosa de Chipre. Hegel , por su parte , se puso la librea de un ayuda de cámara con su peluca empolvada, y empleó todo el tiempo de la cena, que duró tres horas, en platicar agradablemente con su deidad. Pero profesaba el principio de que, si es lícito disfrutar de la sociedad de mujeres lindas, es indigno de un sabio casarse con ellas sólo porque le agraden ; miraba el matrimonio como un sacramento civil, que no tenía nada que ver con el apetito de los ojos , y pensaba que un filósofo no debía renunciar al celibato sino para dar más dignidad á su vida, y, á ser posible, más dulzura y sosiego.

«Pronto cumpliré cuarenta años, y soy suabo. Yo me pregunto si debo apresurarme á pasar el vado, porque dentro de poco será demasiado tarde, ó si es que se hace ya sentir en mí el efecto de mis cuarenta años suabos». Todavía esperó dos años más, y al fin se decidió. Ese cuadragenario se regocijó de poseer una temprana flor primaveral: en el otoño de 1811 se casaba con la hija de un barón, señorita María de Tucher, perteneciente á una de las más antiguas familias patricias de Nuremberg, pero sin fortuna, y que no le llevaba más que su canastilla de boda y 100 florines de renta. Era linda, y estaba dotada de toda la gracia de sus veinte años; tierna y apasionada

(1) Moneda de 15 á 20 céntimos. (N. del T.)

(2) Rosquillas de manteca. (N. del T.)

á la vez, soñadora y alegre, tenía una imaginación móvil, y así gustaba de las emociones del mundo como de los viajes por las regiones etéreas. Él la reconvenía por tomar las cosas demasiado á lo vivo, y dejar intervenir á veces el sentimiento donde no hacía falta; pero añadía que le iba tan bien con sus defectos, que sentiría mucho que los perdiese. En la época de su noviazgo tuvo la ocurrencia de decirle que no había que buscar la felicidad en el matrimonio, que había que «contentarse con la satisfacción». Ella se dolió profundamente de esa ofensa, y poco faltó para que retirase su palabra. Reconquistó él su corazón escribiéndole en seguida una carta tan bella como conmovedora, que ya conocíamos. Se casaron, y les fué bien, porque, á pesar de la diferencia de edades y caracteres, pasaron juntos veinte años en una dulce satisfacción que se parecía mucho á la felicidad.

María Hegel, á quien Cousin siempre llamaba «esa excelente señora Hegel», fué toda la vida una buena cristiana muy ortodoxa, y su marido la respetaba demasiado para molestarla en sus creencias. Ella, á su vez, amaba demasiado la gloria de su filósofo para admitir que hubiese nada de sospechoso en sus doctrinas, aunque no presumía comprenderlas. Estaba firmemente convencida de que él expresaba en otras palabras, y en un lenguaje particular, sus propios pensamientos: «Él sabe (decía), y yo creo». Y es seguro que á cierta altura todos los grandes corazones se encuentran.

Cuando estaba de viaje, Hegel escribía á su mujer largas cartas, que no se tomaba el trabajo de revisar. Le describía la catedral de Colonia, que le ha inspirado una página admirable; le contaba las maravillas de la ópera italiana de Viena, hablándole de Rubini y de Lablache, cuya voz comparaba «á un vino de oro y de fuego»; le

refería los dos días que pasó en Weimar al lado de Goethe, sus excursiones en compañía de Cousin al través de este gran París que fatigaba sus piernas, y las inquietudes que le causaba su ingenioso cicerone, que á todo lo que él le proponía respondía : « Convenido », y un instante después cambiaba de idea ; pero también hablaba de sus comidas, de la hora de acostarse, de sus buenos y malos encuentros, y de la manera cómo le iba en cada etapa del viaje : « En Herzberg he dejado que un pastor de aldea me imponga la compañía de una sobrina suya, á quien tengo que llevar á Dresde. No es fea, pero sí talludita, y tan insignificante y aferrada á la cortesía sajona, que apenas tengo más ganas ni más ocasiones de hablar que si estuviese solo ; no pienses, pues, nada malo de este acompañamiento. Si yo fuese inglés, me habría negado en redondo á cargar con el mochuelo ; pero como uno es siempre alemán por un lado ó por otro, toma gato por liebre, como dicen nuestros suabos, y resulta que he hecho una adquisición que no es precisamente mala, pero sí muy mediana ».

Lo más interesante de la correspondencia íntima del filósofo es que en ella se abandona, y nos ofrece ocasión de comparar al hombre con el pensador. El primer deber de los filósofos es ser consecuentes, pero no lo son todos. Schopenhauer, que despreciaba la vida y predicaba el *nirvana*, tenía gran apego á su cara y menospreciable persona, y por escapar del cólera hubiera huído hasta el fin del mundo. Un filósofo que, como Hegel, hace profesión de creer que « todo lo que es racional es real, y que todo lo que es real es racional, » está obligado á no alterarse gran cosa por los tropiezos, contrariedades é injusticias que sufre, y á no blasfemar de la vida. Hacía de esto una ley ; cuando andaba á mal con el destino, se conso-

laba con ironías, y, según su gran máxima, se amoldaba á las cosas haciéndose superior á ellas.

Nadie es perfecto. Era huraño á veces, y cuando se incomodaba lanzaban llamas sus ojos pardos; pero no le duraba el enfado mucho tiempo. Él mismo ha dicho que el único medio de librarse de la hipocondría es amar algo más que á sí propio. La fatuidad tiene sus delicias, pero delicias engañosas, mezcladas de crueles disgustos; para que el fatuo fuese completamente feliz, sería preciso que el mundo se ocupase de su persona tanto como él mismo, y el universo tiene tantas cosas en qué ocuparse.... Hegel pensaba que el secreto de la felicidad estriba en alejarse uno de sí propio, y esta clase de ejercicio era más fácil para él que para el común de los mártires. Á más de su metafísica, cultivaba con igual ardor la literatura griega y el cálculo infinitesimal, las ciencias naturales y la historia; amaba la pintura, la poesía y la música; se interesaba apasionadamente por la política del día. «No seas poltrón, — ha escrito en alguna parte; — vive siempre despierto. Los poltrones son mudos y ciegos. Cuando tienes los ojos abiertos, lo ves todo, y dices á cada cosa lo que es. Esa es la función propia de la razón, y por ella posee el mundo.» Tenía además todas las aficiones que ayudan á pasar el tiempo: le gustaba el teatro, el whist, la conversación con mujeres hermosas, y, cosa admirable, sabía sacar partido de las gentes enojosas; causaba asombro muchas veces el placer que parecía encontrar en el trato de hombres muy medianos. Jamás hubo filósofo más universal y que mejor supiese acomodarse al mundo sin entregarse á él.

En las cartas que escribió á su amigo Niethammer, de 1808 á 1816, es donde se revelan sobre todo las altiveces y los lados varoniles de su carácter. Niethammer, á quien

con razón llamaba el rey de sus amigos, y cuya ayuda solicitó más de una vez en sus angustias y apuros, era un wurtembergués que, después de ejercer el profesorado en Iena y en Wurzburg, entró en la administración bávara á título de consejero de la sección de estudios. Los comienzos de Hegel no habían sido fáciles ni gratos. Desde la edad de veintitrés años tuvo que ganarse la vida, y durante siete fué preceptor, primero en Berna, y luego en Francfort. «Para los que tienen dinero en el bolsillo, —decía, —siempre va bien el mundo.» Pero su bolsillo estaba vacío con frecuencia. Su padre, modesto burgués y modesto funcionario, murió en 1790, y el hijo no heredó de él sino poco más de 3.000 florines. Los empleó en establecerse en Iena, donde fué *Privatdocent*, y después profesor extraordinario, con un sueldo irrisorio de menos de 400 pesetas.

Cuando la invasión francesa hizo inhabitable á Iena, para no morir de hambre, se resignó á tomar la dirección de un diario político de Bamberg, que era un simple boletín de noticias. En 1808 el amable Niethammer, á falta de otra cosa mejor, le proporcionó la plaza de rector del mísero gimnasio de Nuremberg. Esas funciones, tan esclavizadoras como modestas, no tenían ningún aliciente para un hombre de genio, cuyo primer libro había hecho mucho ruido, y en quien buenos jueces saludaban ya al primer pensador de la época. Las aceptó en seguida; no despreciaba nada, se interesaba en todo lo que hacía. Preceptor, periodista ó rector de gimnasio, cumplió siempre sus deberes con asombrosa probidad; y ese caballo de raza, enganchado á una carreta, jamás se revolvió entre las varas. Con el tiempo fué rey y pontífice de Berlín, y Cousin le escribía en 1825: «Su alma de V., Hegel, está en paz; la mía sufre.... Pero no olvido

que no estoy con V. á solas, de noche, en su canapé; y trescientas leguas de distancia no son lo más á propósito para que podamos hablar íntimamente. Las penas se encarnizan conmigo; no se encontrarán con un cobarde». Hegel tenía el derecho de responderle el 5 de Abril de 1826: «He creído notar algo sombrío en una de sus cartas, y no me maravilla. Si opone V. á su tristeza la paz de mi alma, confieso que poseo quizá alguna más que V.; pero no olvide que es más joven, y, por consiguiente, no tan avezado aún en el hábito de las renunciaciones voluntarias».

Mejor hubiese pasado el tiempo en Nuremberg, si le hubieran puesto á la cabeza de un establecimiento próspero y floreciente; pero le encargaron que transformara en liceo moderno un antiguo colegio de mala muerte, y sin concederle los recursos necesarios, se esperaba que montase la máquina y la pusiese en movimiento. Baviera acababa de entrar en la Confederación del Rhin, y había en París un hombre terrible que exigía que todo se renovase, se rejuveneciese y despertara. Soplaban como un cierzo de Marzo sobre aguas estancadas, que tan sólo anhelaban dormir. Por complacer á ese amo imperioso, ocupado en organizar el mundo á su manera, se procuraba organizar muchas cosas; era la expresión de moda, y había en Nuremberg un sombrerero, que había inventado un nuevo género de sombreros, llamados sombreros de la organización, á lo cual observaba Hegel que hubiera debido encargarse también de organizar las cabezas.

La reforma de la instrucción pública, que acababa de decretarse en Munich para aparentar que se hacía algo, tenía el carácter de una improvisación precipitada, y el liceo de Nuremberg había surgido en una noche, como un hongo. Había profesores y hasta alumnos, pero no había locales convenientes, y faltaban fondos. Ni cortinas, ni

postigos en las clases, donde el sol cegaba alternativamente al pastor y al rebaño; y, lo que era más grave, nada de retretes. «Por amor de Dios (escribía el nuevo rector á Niethammer), denos V. dos retretes; pero no los decrete: hágalos. Hasta ahora me veo precisado á preguntar á los padres que me traen sus hijos si los han enseñado á pasarse sin instituciones de ese género. Es una rama de la enseñanza pública cuya importancia empiezo á sentir en toda su extensión.... Si se obstinan en no hacer nada ni proveer á nada, vamos á parecer un mochuelo posado en su rama, que espanta á la gente por su siniestra traza y que volará el día menos pensado.» También suplicaba que se le procurase un bedel capaz de descargarlo de una parte de su insípida tarea de escribiente, que le mataba la vista. No le satisfacían mucho los maestros precipitadamente elegidos, de que tenía que responder. Él había visto la antigua Baviera en la Universidad de Altorf, donde acababa de pasar algunas horas, y que no tardó en ser suprimida. Allí encontró profesores con pelucas de rizos y coleta, y un jardín de plantas que no era más que un huerto. Pero la joven Baviera, representada por el gimnasio de Nuremberg, no hacía un papel más brillante. «Nos anuncian la visita del príncipe real. Las mujeres se encargan trajes de corte; nosotros no tenemos todavía uniforme. Varios de los individuos de mi cuerpo docente tienen una estampa más que mediana de gotosos, como conviene á maestros de escuela; y los fraques negros con guantes blancos son el traje que nos sienta mejor, aunque al desfilarse corremos grave riesgo de asemejarnos mucho á una procesión de sepultureros.»

Lo peor es que les costaba mucho percibir su sueldo; para obtener una cantidad á cuenta, había que bullir, negociar, conferenciar, batallar. Los reclamantes iban de

Herodes á Pilatos , es decir , de una caja á otra , y todas las cajas estaban vacías. «Se ha cumplido la frase de la Escritura : Los abismos llaman los abismos.» Se bromeaba , pero rabiaba. Su miserable asignación subía á mil florines , y era tanto más duro no poder cobrarlos , cuanto que se acercaba el día de su matrimonio. «Dentro de dos semanas llegará á Nuremberg la familia de mi futura ; todo está fregado y lavado , y puesto á cebar el pavo de la boda ; pero nada de dinero , nada de matrimonio , y el pavo reventará de gordo.

En ese purgatorio pasó cuatro años , sin que padeciesen su salud ni su buen humor. Él sabía , no obstante , lo que valía. Varios años antes Niethammer había pensado proponerle un buen negocio , invitándolo á escribir una *Lógica elemental* y un *Catecismo razonado* para las escuelas. Rehusó , declarándose incapaz de escribir un catecismo , y , sobre todo , un catecismo razonado. «Aleje V. de mí ese cáliz (exclamaba) ; acuérdesese de que he pasado años sobre la roca donde anidan las águilas , y que estoy acostumbrado á respirar el aire de las montañas». Al leer sus cartas á Niethammer creemos ver , en efecto , un águila enjaulada ; no puede extender las alas , pero no lucha con los barrotes. Verdad es que las águilas cautivas tienen consuelos que no conocen los gorriones ni los pardillos.

La política ocupa algún lugar en la correspondencia de Hegel , política que no hará mucha gracia á ciertos doctores alemanes , que enseñan que la Revolución francesa fué una empresa fallida ; que Napoleón I no era más que un brutal tirano , y que , á su caída , Alemania entera lanzó un grito de alivio y de libertad. Á principios de este siglo había á orillas del Rhín , del Ilm y del Saale , gentes del talento , y entre ellas algunos hombres de genio ,

que juzgaban muy de otra manera la pieza y los actores. Hegel había sido en su juventud ferviente partidario de la Revolución francesa, y había seguido con interés apasionado todas sus fases. Su *Fenomenología* contiene un admirable capítulo sobre la metafísica del Terror, y eso que no le entusiasmaban á él los terroristas; pero entendía que nunca debe juzgarse una cara según su caricatura, por parecida que sea, y no confundía 1793 con 1789, que ha mirado siempre como una fecha memorable y decisiva en la historia de la humanidad.

Algunos días después de la batalla de Iena escribía á Zellmann, hijo de un aldeano sajón y uno de sus primeros discípulos: «La filosofía es de humor solitario, y no gusta correr por calles y plazas; pero no trata de apartarse de los actos humanos, y hace V. bien en estar atento á la historia del día. Nada hay más á propósito para convencernos de que la civilización está destinada á prevalecer sobre la barbarie, y que el espíritu que piensa dará buena cuenta siempre de la presunción que no piensa.... Esa historia nos enseña también á no quedarnos con la boca abierta delante de los acontecimientos, á no atribuirlos al azar de los accidentes ó al talento de un hombre, á no hacer depender los destinos humanos del olvido de ocupar una colina.... La nación francesa se ha librado por el baño de su revolución de instituciones añejas que convenían á la vida de la humanidad tanto como á los pies de un adulto los zapatos de un niño. Añádase á esto que los individuos han aprendido, como la nación, á desprenderse de la vida por costumbre y á familiarizarse con la muerte; es el secreto de las victorias que nos asombran.» Él excitaba á los alemanes á estudiar en la escuela de sus vencedores, para colocarse en situación de superarlos un día.

La entrada de los franceses en Iena le causó muchos sinsabores. Habían saqueado algo, y pudo temerse que de un momento á otro se comunicase á toda la ciudad el incendio iniciado. Después de disputar vivamente con los soldados que violaban su domicilio, Hegel tuvo que desalojar é irse á buscar asilo en cualquier parte, llevándose consigo lo más precioso que tenía : las últimas hojas del manuscrito de su *Fenomenología*, á la cual acababa de dar la última mano. No tenía un céntimo en el bolsillo: Goethe, adivinando sus apuros, encargó á un amigo común que le diese en su nombre diez escudos. No por eso dejaba de escribir á Niethammer : « He visto al Emperador, ese alma del mundo ; ha atravesado la ciudad para ir á hacer un reconocimiento. Es una sensación prodigiosa contemplar, montado en un caballo y no ocupando más que un punto en el espacio, al hombre que tiene en su mano el mundo ».

Había reconocido el obrero del destino en ese conquistador que ponía en fuga á los reyes, y que decía como el Señor de los ejércitos : « ¡ Que lo que ha de separarse se separe! ¡ Que lo que debe morir vaya á la muerte! » Sabía que ese misionero de una nueva fe haría salir algo del polvo viejo que levantaban los cascos de su caballo, y esperaba el rejuvenecimiento de Alemania del que llamaba también « nuestro gran profesor de derecho público ». No era el único que así razonaba. El 7 de Octubre de 1808 le escribía Knebel que en Weimar Napoleón había encantado y seducido á todo el mundo ; que ese hombre de grandes pensamientos y acciones rápidas había conquistado todos los corazones. « Su semblante, donde lleva impresa esa vaga melancolía que, según Aristóteles, es la señal de todos los grandes caracteres, revela, no sólo el poder de su espíritu, sino una verdadera bondad de corazón,

que ni los acontecimientos ni las duras labores de su vida han podido destruir. En resumen : hay entusiasmo por el gran hombre. Ha hablado dos veces bastante largamente con Goethe, y quizá ha querido dar un buen ejemplo á los soberanos alemanes, y enseñarlos á honrar los grandes talentos.»

En aquella época Alemania se hallaba tan mal gobernada como mal administrada. El poder era misterioso, insolente y entrometido, y las clases privilegiadas estaban dispuestas á permitírsele todo con tal que no suprimiese ningún abuso. «No hay en ninguna parte—decía Hegel—ni justicia, ni garantías de ninguna especie, ni espíritu público ; yo no veo dondequiera más que el régimen del capricho y decisiones arbitrarias.» Había injusticia y había confusión ; existía la centralización, como en Francia, pero se agregaba el desorden. «No hay entre nosotros—seguía diciendo—ninguna autoridad que tenga una esfera de acción delimitada. Los altos funcionarios se creen obligados á hacer por sí mismos lo que deberían dejar hacer á sus subalternos. De lo alto á lo bajo de la escala, no tenemos ni ese espíritu de sacrificio que concede algo á los inferiores, ni ese espíritu de confianza que asocia á todo el mundo á la obra común, y sin el cual no hay libertad posible. Francia nos ha dado ya muchas lecciones ; somos tardos, pero acabaremos por formarnos.» No era exigente : un poco de aire, un poco de luz, un poco de publicidad ; he ahí todo lo que pedía. Deseaba que los príncipes alemanes, á la manera del Gobierno francés, tuviesen á veces conversaciones con su pueblo sobre sus intereses comunes, que se tomasen el trabajo de explicarle de cuando en cuando el estado de sus asuntos y de su hacienda, sus rentas y sus deudas, la organización de los poderes, y que hubiese un diario oficial, una *Gaceta*.

Deseaba también que los reyes y los grandes duques englobados en la Confederación del Rhin aprendiesen del reino de Westfalia y de su constitución, y adoptasen los principios del Código civil. «Hace algunos meses me entretenía en hacer rabiar al Sr. de Welden, que, en su calidad de propietario de bienes de nobles, tiembla de ver introducir el Código Napoleón. Yo le objetaba que los príncipes alemanes no pueden dispensarse de adoptar para su uso particular el librito en que ha trabajado el mismo Emperador, y que mira como su obra más personal; que es un deber de cortesía que tienen para con él, máxime cuando ya les ha hecho algunas insinuaciones á este propósito. Pero los alemanes son tan ciegos aún como hace veinte años, y por mucho que hagan, siempre faltará la gracia á sus acciones.»

Enrique Heine decía que los liberales alemanes, demasiado generosos para hacer la corte á Napoleón, y para aliarse con la dominación extranjera, habían guardado mucho tiempo un silencio profundo; que, cuando él cayó, se los vió sonreír, pero de tristeza. «No tomaron ninguna parte en el entusiasmo patriótico que, con el permiso de las autoridades superiores, hizo explosión entonces en Alemania; sabían lo que sabían, y siguieron callando.» Hegel amaba á su país; pero él también sabía lo que sabía, y dejó á los que no sabían nada «el cuidado de festejar á los libertadores, á esos centenares de millares de cosacos, de basquires, de patriotas prusianos», cuya llegada se anunciaba. Les debió, sin embargo, un gran servicio; no se aguardó á que llegaran para pagarle todos sus atrasos. Se quería hacer el vacío en las cajas para que no encontrasen nada que tomar; más valía procurar la felicidad de un profesor alemán que la alegría de un basquir. «Yo he visto numerosas caras de libertadores

(decía); seré completamente dichoso, cuando vea la cara de un alemán verdaderamente emancipado.» Creía, no obstante, que en el porvenir el café sería menos caro y mejor; que se le echaría menos cantidad de achicoria; que los pasteles de Nuremberg no tardarían en recobrar su antiguo esplendor; que los organizadores no organizarían ya nada; que los nurembergueses se verían libres «de todas sus tribulaciones de escuelas». «La canalla se lisonjea de ver volver los buenos tiempos. En lo sucesivo (decía uno), se podrá dar una bofetada á cualquiera, como bajo el Gobierno precedente, pagando 12 batzen. —Y ganar 12 batzen recibéndola», —decía otro.

Era más serio cuando escribía á Niethammer, el 29 de Abril de 1814: «Han pasado á nuestro alrededor grandes cosas : es un extraño espectáculo ver un genio enorme trabajando en perderse; es la tragedia por excelencia, τὸ τραγικώ-τατον. La imbecil y enorme medianía pesa con su peso de plomo, sin tregua y sin piedad, hasta que vea á sus pies al coloso que la ofuscaba. El secreto de su victoria es que un día el gran hombre, á quien aborrece, dé motivos para que lo vituperen, y se destruya á sí mismo». Toda su vida conservó estos sentimientos. En 1822, visitando el campo de batalla de Waterlloo con su amigo Van Ghert, fué presa de una emoción súbita: «¡Qué caída! (exclamó.) ¡Y qué hombre! Lo que más he admirado en él siempre es la fuerza invencible con que mantenía la autoridad de las leyes, que había sabido hacer respetables.» Ese águila tuvo siempre ternura para aquel león. Gustábale ver flotar su melena, oír su rugido, y le perdonaba muchas cosas.

Estaba en su naturaleza reconciliarse pronto con los acontecimientos y descubrir su lado bueno. No creía en la vuelta del tiempo pasado, y desde la primera hora

creyó en la impotencia de la reacción. No se concedieron á los pueblos las libertades y las cartas que se les había prometido para levantarlos contra el dictador de Europa ; y antes de que Alemania viese desaparecer los últimos restos del régimen feudal y sus últimas servidumbres, antes de que conquistase la igualdad civil, fué menester que Francia hiciese otras dos revoluciones. Pero, aun conservando los antiguos medios de gobierno, se comprendió que había que conceder algo á los nuevos tiempos, al espíritu de progreso, y se desplegó cierta coquetería en favorecer la enseñanza superior. Se vigilaban las Universidades, pero se ofrecían cátedras á los hombres eminentes. En 1816 Hegel fué llamado á la Universidad de Heidelberg, donde se le aseguraba un sueldo de 1,300 florines, acompañados de cierto número de fanegas de trigo y espelta. En 1818 llegaba á Berlín, é iban á empezar sus días de gloria. Gracias al poderoso apoyo de un ministro de Instrucción pública muy ilustrado, el barón Altenstein, pudo tener á raya la malevolencia y la suspicacia, y le fué permitido publicar en 1820, sin ser molestado, su *Filosofía del Derecho*, libro magistral, lleno de ideas profundas, algunas de las cuales, á pesar de todas sus precauciones, podían parecer entonces insolentes y peligrosas.

Pero, por segura que fuese su situación, sentía la necesidad de estar muy sobre aviso, y de año en año se hacía más prudente. Cuando sus discípulos celebraron su Santo en 1826 con brillo inusitado, se sintió muy conmovido, pero participaba á su mujer que él cuidaría de que no se hiciese demasiado, porque sabía bien cuánto indisponen con el público y con las gentes de posición el exceso de las manifestaciones. La prudencia es una hermosa cualidad, pero no hay como los imprudentes para escribir

cartas sabrosas, y desde que tuvo el cabello gris, Hegel redobló la circunspección en su correspondencia. De todos los puntos de Alemania y de todos los países extranjeros, las personas que tenían dudas que resolver se dirigían á él como un nuevo oráculo de Delfos, y le preguntaban como Pilatos á Cristo: «¿Qué es la verdad?» Él les respondía sobre poco más ó menos: «La he dicho en estilo sibilítico en mis libros, que han aparecido en casa de Cotta, ó en tal otra parte. Si tiene V. alguna inteligencia, sírvase de ellos».

Cousin era el primero que trataba en vano de hacerle hablar. «Hegel, dígame la verdad; luego trasladaré yo á mi país lo que pueda comprender. Convenido esto, hable V., hable, amigo mío; soy todo oídos, y mi alma está abierta para V. Si no tiene tiempo de escribirme, dicte á sus secretarios d'Henning, Hotho, Michelet, Gans, Forster, algunas páginas alemanas en caracteres latinos, ó haga V. redactar su pensamiento, como el emperador Napoleón, y corrija la redacción que me envíe.» También le escribía el 7 de Abril de 1828: «Me hace falta, aun para aquí, un poco de éxito en Alemania. Vea, pues, Hegel si no sería posible que *Proclo*, *Platón*, *Descartes*, ó los *Fragmentos*, obtuviesen en su diario un articulito. De V., señor, sería demasiado; pero haga escribir algunas páginas sobre esto al Sr. Gans ó al excelente Hotho.» Hegel no escribió el articulito, ni dictó nada al excelente Hotho. Respondía, sin embargo; pero no entraba en sus miras explicar á Cousin en lengua vulgar sus pensamientos ocultos, ni agitar con él ningún problema de Ontología. Se contentaba con decirle que el curso de Augusto-Guillermo Schlegel sobre las bellas artes había tenido poco éxito entre las señoras, ó que su amiga común, la célebre cantante Milder, estaba buena.

«Su hermosa voz, que hace un año parecía resentirse un poco, ha recobrado toda su fuerza y su brillo.... Me encarga le diga que en el mes de Agosto la encontrará V. en Wiesbaden, y en el mes de Septiembre en Ems; persiste en ser su amiga.» Si volviese al mundo, leería con un placer extremo el librito que M. Jules Simón ha consagrado á la memoria de su maestro (1), verdadera obra maestra de respeto irreverente, de malicia sin maldad y de gracia felina. Diría: «He ahí mi hombre; razón tenía yo para desconfiar un poco, gustando de él mucho».

De año en año se volvía más reservado y autoritario. Se lisonjeaba de haber dado una constitución definitiva á la filosofía alemana; no admitía que se retocase. Y, sin embargo, había enseñado en sus libros que la contradicción es el secreto de la vida, el motor oculto, el resorte misterioso que hace andar el universo; que los contrarios engendran fatalmente los contrarios; que por lo mismo nada subsiste, sino que todo está en un flujo continuo; que el mismo Dios es el eterno *devenir*; y él había descrito la evolución de la idea en la naturaleza, las laboriosas é inevitables metamorfosis de la conciencia humana al través de los siglos. Pero al envejecer se inclinaba á pensar que el destino había dicho su última palabra; que el género humano había llegado, como él, á su última etapa; que no faltaba ya sino instalarse en el mejor de los mundos posibles y pasarlo allí bien. Él, que en otro tiempo había pedido á los gobiernos muchas garantías para sus súbditos y mucha publicidad de sus actos, empezaba á creer que el silencio es oro y que los amantes de reformas son espíritus mal formados é inquietos. «Hegel,—ha dicho Heine,—es el filósofo más grande que ha

(1) *Les grands écrivains français*: Victor Cousin, por M. Jules Simón. París, 1887; librería Hachette.

producido Alemania desde Leibnitz. Se hizo coronar en Berlín, y desgraciadamente se hizo ungir algo también.» Había llegado al puerto, estaba contento, y quería que todo el mundo lo estuviese. Ese poderoso condensador de nubes, ese Júpiter olímpico, había dejado el rayo y decretado el bien inmutable. Cuando se oyeron á lo lejos los primeros zumbidos de la revolución de Julio, exclamó airado : «Pero, ¿quién se permite tronar allá?» Los más grandes espíritus tienen sus límites ; él había encontrado los suyos, y cuando murió del cólera el 14 de Noviembre de 1831, había acabado su tarea y agotado su genio.»

Después de haberle erigido altares, Alemania reniega de él. Los ortodoxos han decidido hace tiempo que claudicaba ; los liberales reprueban su quietismo político ; los patrioterios censuran su imparcialidad universal y serena ; los empíricos le echan en cara haber dado al mundo un sistema más ; los positivistas le reconviene por haber dicho con demasiada frecuencia : «Eso es, porque debe ser». Pero no faltan detractores suyos que practican clandestinamente el método que inventó, y los que afectan menospreciarlo disimulan cuidadosamente lo que toman prestado de él. Su obra no era de las que se desploman por completo. Siempre se admirará en ese suabo transplantado á Berlín un espíritu de un raro poder, de una extensión prodigiosa, y el más gran sembrador de ideas, sin duda, que este siglo ha conocido.

VÍCTOR CHERBULIEZ.

EL CONGRESO PENITENCIARIO

INTERNACIONAL DE SAN PETERSBURGO.

(De *La Nuova Antologia*.)

II Y ÚLTIMO.

1. Problema sobre los límites entre las facultades disciplinarias de las autoridades de las prisiones y la jurisdicción penal. — 2. Temas de la sección segunda del Congreso: Trabajo penitenciario y trabajo libre. — 3. Otras cuestiones tratadas. Prisión preventiva. — 4. Estadística penitenciaria y recompensas á los detenidos. Modo de aplicar las penas. — 5. Cuestiones sobre los incorregibles. — 6. Observaciones ulteriores sobre este tema. — 7. Conclusiones de la Asamblea. — 8. Temas de la sección tercera. Sociedades de patronato é infancia abandonada. — 9. Objeciones contra el patronato y respuestas. — 10. Exposición penitenciaria. Sección italiana. — 11. Secciones francesa, finlandesa y rusa. — 12. La deportación en la sección rusa. — 13. Secciones de Bélgica y del Imperio austro-húngaro. Otras secciones. — 14. Acogida dispensada á los miembros del Congreso. Honores, banquetes y excursiones. — 15. Conclusión.

EL último tema discutido por la primera sección del Congreso fué el de los límites entre la jurisdicción de los tribunales y la facultad disciplinaria de las autoridades de las prisiones sobre los delitos cometidos por los detenidos durante la expiación de la pena, excepto los casos especialmente previstos por las leyes y reglamentos disciplinarios de las prisiones. La sección rechazó las conclusiones del ponente Scheglovitow, afirmando que no había lugar á sustraer á la jurisdicción de los tribunales ordinarios los delitos de derecho común

cometidos por los detenidos durante su encarcelamiento. Elegido por la sección el que esto escribe para informar ante la Asamblea general sobre dicho punto, la Asamblea adoptó las conclusiones que expuse. No se comprendería, en verdad, qué motivo existe para establecer una nueva jurisdicción especial ó excepcional, que sería la peor de todas las jurisdicciones excepcionales, en cuanto ejercida por los que serían frecuentemente jueces y partes, y aplicada dentro de una prisión sin garantías de publicidad, sin ministerio defensor, sin derecho de apelación ó recurso y sin las formas de un juicio solemne. Los delitos que cometen los reclusos no están exentos de la sospecha de que puedan producirse por ultrajes y arbitrariedades; y las mismas autoridades de las prisiones son las primeras interesadas, para conservar la confianza pública, en que hechos que directa ó indirectamente casi siempre se relacionan con su conducta y con el régimen de las prisiones, no se sustraigan, cuando tienen el carácter de verdaderos delitos, á la jurisdicción de los tribunales ordinarios y al examen de la opinión pública. Nada impide que las autoridades disciplinarias apliquen á su vez penas disciplinarias, ya que el delito cometido por el detenido durante la extinción de la condena es juntamente una perturbación de la disciplina interior de la prisión; pero nada justifica las invasiones de la facultad disciplinaria en el campo de la jurisdicción penal común, como si los condenados constituyesen una sociedad ó Estado aparte, sin ningún vínculo con la sociedad ó el Estado común, y como si no tuviesen ningún derecho á las garantías de verdad y de justicia de que disfrutaban todos los demás ciudadanos.

* * *

2. La segunda sección del Congreso tuvo que tratar también cuestiones muy importantes. Fué la primera la del trabajo en las prisiones, de las formas que debería revestir,—si por contrata, ó por administración,—y del modo cómo podría organizarse para no perjudicar á la industria libre.

Se acordó : 1.º, que la forma del trabajo penitenciario, es decir, si ha de ser por administración ó por contrata, ha de resolverse, según los países, de modo que nunca falte obra á los detenidos, y que sea á la vez una obra útil y productiva ; 2.º, que, siendo el trabajo la parte principal de la vida penitenciaria, debe quedar sometido en su organización y ejercicio á la autoridad pública, la cual es la única llamada á cumplir las leyes penales, y no debe abandonar los detenidos á las especulaciones privadas ; 3.º, que, sin imponer una regla absoluta, conviene recomendar el sistema de la administración como el que mejor subordina el trabajo al fin del régimen penitenciario, aunque se puede admitir que la administración, por insuficiencia ó falta de obras públicas, se ayude de las empresas ó industrias privadas ; pero sustrayendo el detenido al dominio del empresario ; 4.º, que al organizar la mano de obra penitenciaria, sobre todo por administración, pueda el Estado reportar beneficios, consumiendo principalmente los objetos que produzca.

En cuanto á las relaciones del trabajo penitenciario con el trabajo libre, se recomendó que aquél se destinase señaladamente á proveer á las necesidades de la población reclusa, y que la elección de las industrias penitenciarias, sus salarios y tarifas, se determinasen de modo que no constituyeran una protección ó un privilegio, ni nada que pudiese perjudicar á las correspondientes industrias libres. El Sr. Herbette, nombrado ponente, sostuvo á

nombre de la sección ante la Asamblea general estas conclusiones y recomendaciones, que fueron aceptadas.

* * *

3. Otra cuestión discutida por la sección segunda se refería á las recompensas que deben darse á los detenidos en interés de la buena disciplina penitenciaria, y al modo cómo pueden disponer de su peculio los reclusos. La tercera cuestión versaba sobre la manera de aplicar las penas que envuelven la privación de libertad, sea á perpetuidad, sea por un tiempo superior á cinco ó diez años. La quinta cuestión miraba al régimen de las prisiones preventivas ó de custodia; la sexta, á la conveniencia de compilar una estadística penitenciaria internacional, y al sistema y límites de la misma. La séptima giraba sobre si puede admitirse que ciertos delincuentes fuesen declarados incorregibles, y, en caso afirmativo, qué medios podrían adoptarse para proteger á la sociedad contra esta clase de condenados.

Las cuestiones precedentes, salvo la última, no dieron lugar á gran discusión. En cuanto á la prisión preventiva, la sección adoptó las conclusiones expuestas por el ponente Verakine, á saber: 1.^a, que la custodia preventiva se ejerza en una casa especial ó bien en un cuartel especial de la prisión común; 2.^a, que se aplique como norma la separación individual, que podrá sustituirse por la detención en común para aquellos que, en razón de su estado ó de su salud, no pudiesen tolerarla, ó para los menores, que deberían ser custodiados en una sección especial del establecimiento de educación ó de corrección. La detención en común no debería reemplazar á la aislada sino á petición del recluso, ó previo per-

miso de la autoridad administrativa. Los encarcelados á título de detenidos no deberían, en fin, estar sujetos más que á aquellas medidas necesarias para mantener el orden, la tranquilidad y la disciplina de la prisión; la obra de la sociedad de patronato debería extenderse también á los condenados puestos en libertad. La Asamblea general adoptó estas conclusiones, sostenidas por el ilustre Stevens, nombrado relator de la sección.

4. En punto á la estadística penal internacional, el ponente de la sección, el ilustre Ivernés, el venerable Nestor de la ciencia estadística, hizo que la Asamblea general adoptase las siguientes conclusiones: 1.^a, en cada reunión del Congreso penitenciario internacional se formará una estadística penitenciaria internacional bajo los auspicios de la Administración del Estado en que el Congreso se reuna; 2.^a, esas investigaciones se extenderán al segundo año posterior al Congreso precedente; 3.^a, la compilación de esa estadística internacional irá precedida é ilustrada por una Memoria que dé á conocer el estado de la estadística penitenciaria en los diversos países. En esta discusión, la Asamblea, á propuesta del consejero Herbette, acordó un voto de gracias á los señores Beltrani-Scalia é Ivernés, por la atención especial que conceden á esta estadística.

En cuanto á los premios que han de darse á los detenidos, acordó la sección que no deben alterar el carácter de la pena, que deben consistir en recompensas morales ó materiales, como la de poder comprar algún libro, enviar algún socorro á la familia, y otras semejantes, á más de la concesión de algún alimento de utili-

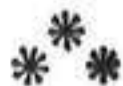
dad higiénica, y de hacerles concebir la seria esperanza de reducir su condena mediante la asiduidad en el trabajo y la observancia de la disciplina. Una parte limitada del peculio debería ponerse á disposición del detenido, formando la otra un depósito entregado á las sociedades de patronato, para que con él ayudasen poco á poco al recluso, apenas salido de la prisión. La Asamblea adoptó estas conclusiones sostenidas por el ponente Galitsyne.

Sobre el modo de aplicar la pena de reclusión perpetua ó por un largo plazo, informó ante la Asamblea general, en nombre de la sección, el Sr. Pagés, haciendo adoptar las siguientes conclusiones: 1.^a, que la expiación de la pena empieza por un período de aislamiento celular absoluto; 2.^a, que el aislamiento celular sea nocturno en el segundo período, en el cual el recluso debería ser admitido al trabajo en común; 3.^a, que este trabajo se haga en lo posible al aire libre, evitando el contacto con la población libre; 4.^a, que se conceda la libertad condicional con mucha circunspección, y como último premio de la buena conducta del recluso; 5.^a, que se instituyan sociedades de patronato por iniciativa privada ó por obra del gobierno, con el fin de vigilar sobre la conducta de los que disfruten libertad provisional. Se aplazó, en fin, para el futuro Congreso la cuestión de la pena perpetua.

5. El tema relativo á las medidas que deben adoptarse contra los incorregibles suscitó un debate empeñado, en que tomaron parte Skouses, Herbette, Spassovicq, Leveillé, Prins, Blanc, Stevens, Foinitsky, Salomón, Starke, Alimena y Brusa. Esta cuestión ocupó dos

sesiones , y en la segunda intervine yo , proponiendo que se suprimiese de la legislación penal la palabra *incorregible* , y sólo se hablase de reincidentes, los cuales deberían sujetarse á un régimen especial , según los países, siempre que hubiese reincidencia por tres ó cuatro veces en la misma especie de delito. Hacía yo notar que no podía hablarse ni de *incorregibles* , como sostenía Prins, ni de *no corregidos* , como sostenía Herbette, toda vez que la corrección es un hecho interno, que no puede ser sometido á examen por una ley positiva. Ésta no debe ver sino el hecho del hombre que recae frecuentemente en el delito , sin que la pena haya tenido la virtud de fortificarlo ; es decir , debe ver el reincidente habitual, sin pronunciar ningún juicio respecto de su alma , ni para decir que no ha sido susceptible de enmienda, ni para declararlo absolutamente incapaz de enmendarse. El que recae á menudo en el delito es un ser moralmente débil , pero sin que por eso desaparezca la esperanza de que pueda fortalecerse ó de que pueda disminuir su debilidad. No es tanto el número de caídas ó recaídas lo que debe considerarse como la naturaleza de las mismas. Resbalar ó caer muchas veces en un camino escurridizo es un mal menor que precipitarse en una profunda sima. Caer , aun por tercera ó cuarta vez, pero sin dejar de andar , y haciendo toda clase de esfuerzos por sostenerse ; caer en un camino lleno de zarzas y maleza, no es lo mismo que abandonarse sin resistencia y ceder al más ligero tropiezo en una vía llana y expedita. Es ya una corrección haber podido combatir ó resistir á la tentación durante algún tiempo antes de caer. Un antiguo proverbio italiano dice que *el mal entra por libras y sale por onzas* , y así no puede decirse que un individuo *no se ha corregido* , ni menos aún que *sea incorregible* , por el solo hecho de una ter-

cera ó cuarta recaída, que habrán podido sucederse con grandes intervalos y en circunstancias muy diversas.



6. El reincidente por costumbre debe ser sometido sin duda á un régimen especial, y su pena debe ser más grave que la del reincidente común ú ordinario ; pero esa pena no puede ser nunca la reclusión perpetua, ni ninguna otra condena larga encaminada á garantizar á la sociedad contra nuevas recaídas, sin consideración á la índole y al carácter del hecho. Recaer por cuarta vez en un simple hurto, siempre será un mal y un daño menores que desvalijar á mano armada á todos los viajeros de una diligencia en medio de un camino. Á pensar de otro modo, el salteador que ha realizado una hazaña que le permite pasar cómodamente toda la vida, será un ser corregido si, expiada la pena, no vuelve á lanzarse á los caminos reales; mientras que no se habrá corregido, y hasta será incorregible, el que por vivir se ha entregado muchas veces á la industria del hurto. No se puede, en nombre de la seguridad social, condenar á este ladrón á una pena larguísima, como si sus cuatro hurtos, ó, mejor, como si el hurto cometido después de haber sido condenado varias veces por la misma causa, debiese pesar en la balanza de la justicia tanto como el asalto en los caminos. Yo bien sé que hoy se quiere despojar á la justicia social de la balanza para dejarle solamente la espada. Esa balanza, no obstante, es necesaria siempre, aun cuando puedan estar divorciadas la seguridad social y la justicia social. «Si se asigna una pena igual—decía Beccaria—á dos delitos que ofendan desigualmente á la sociedad, los hombres no encontrarán mayor inconveniente en

cometer el mayor delito, si á él encuentran unida la mayor ventaja. El que vea señalada la misma pena de muerte, por ejemplo, para el que mata un faisán y para el que asesina á un hombre, ó falsifica un documento importante, no establecerá ninguna diferencia entre estos delitos ; y por tal pendiente llegarían á destruirse esos sentimientos morales, obra de tantos siglos y de sangre tanta, lentísimos y difíciles de producirse en el alma del hombre, y para cuyo nacimiento se creyó precisa la ayuda de los motivos más sublimes y un gran aparato de graves formalidades (1).»



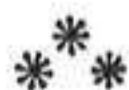
7. La sección acogió favorablemente la idea de suprimir la palabra *incorregible*, y hablar sólo de reincidentes habituales. Propuso, sin embargo, á la Asamblea las siguientes conclusiones : 1.^a, sin admitir que, bajo el aspecto penal y penitenciario, haya delincuentes absolutamente incorregibles, convendría adoptar medidas especiales contra los individuos que la experiencia presente como rebeldes á la doble acción penal y penitenciaria, y que tornen al delito por oficio ó por costumbre ; 2.^a, sin mengua del carácter peculiar de las diversas legislaciones penales y de los medios de que puedan disponer los diversos Estados, sería oportuno encerrar en casas ó establecimientos de trabajo obligatorio á los individuos de ciertas categorías, como vagabundos, mendigos y otros semejantes ; 3.^a, para estos delincuentes habituales se debe adoptar una prolongación de la prisión, y también la aplicación á las labores del suelo, con la posibilidad

(1) *Dei delitti e delle pene*, § XXIII.

de obtener la libertad definitiva, previo el ensayo de la libertad condicional. Nombrado ponente Skouses, sostuvo estas proposiciones, que adoptó la Asamblea general.

Así se creía á los *incorregibles* dignos del premio de la libertad condicional, que se da, no sólo á los condenados en vías de corrección, sino á los condenados corregidos. El régimen especial que yo deseaba para los reincidentes habituales no era enteramente conforme con el votado por la Asamblea. Ó se trata de reincidentes habituales en los delitos graves, ó en los delitos leves. Á lo primero proveen suficientemente las leyes penales, las cuales, acrecentando de un modo especial la pena ordinaria, ya grave de suyo como el delito, ofrecen á la sociedad una indudable garantía con la reclusión del delincuente por un largo plazo, que en realidad coincide frecuentemente con la duración de la vida. Y si se trata de reincidentes en los delitos leves, como la mendicidad, la vagancia, los fraudes, los hurtos sencillos, en los cuales es posible lo que se llama el oficio ó la profesión del delito, no creo que se necesiten penas sin ninguna proporción con la poca gravedad del delito. Sin caer, pues, en las exageraciones de aquellas leyes que mandaban colgar al reo de tres hurtos, podrían sustituirse las penas de reclusión breve por otras más largas, pero de menor intensidad, como el confinamiento en algún territorio ó isla, con la aplicación á un trabajo obligatorio. Por lo demás, en lo que toca á remover los peligros de nuevos delitos, no es la justicia penal la llamada á hacerlo todo. Una grandísima parte está reservada al arte de buen gobierno y á las instituciones sociales preventivas. Por último, no huelga advertir que no es empresa humana conjurar todo peligro. Hasta en el interior de las prisiones, ó en el taller penitenciario, puede volver á delinquir

el reincidente. Fuerza es contentarse en todo con el menor mal posible, porque lo óptimo en las cosas humanas es lo menos malo.



8. La tercera sección del Congreso tuvo que tratar cuestiones menos difíciles. Se ocupó, en primer término, del modo de dar mayor eficacia á las instituciones y sociedades de patronato en lo que afecta á las relaciones internacionales entre las mismas, y de la conveniencia de organizar las comunicaciones y el acuerdo entre las administraciones penitenciarias y las de policía, seguridad pública, beneficencia é higiene pública. Se formuló el voto de que los representantes de estas diversas instituciones se reuniesen en sociedades ó congresos, y celebrasen conferencias para marchar de acuerdo hacia el cumplimiento del fin común. Se afirmó también la conveniencia de que las leyes definiesen las facultades de las sociedades de patronato ó de los establecimientos públicos y privados que tuviesen este fin, y que el Estado, las provincias ó los municipios favoreciesen la obra de las sociedades de patronato, instituyendo casas de trabajo. Formuló estos votos como ponente el barón de Buxhoeveden, y la Asamblea general los adoptó.

Sobre el segundo tema, ó sea el relativo á la acción de las sociedades é instituciones de patronato sobre las familias de los condenados, se acordó que el patronato podía extenderse excepcionalmente á dichas familias, en el caso de que la detención hubiese acarreado graves perjuicios á viejos, enfermos ó niños pertenecientes á las mismas, y que el patronato debía procurar cultivar en los sometidos á él el espíritu de familia y los afectos

domésticos. El pastor Riggerbach, elegido ponente, sostuvo estas conclusiones ante la Asamblea general, que las adoptó.

La cuestión del Patronato se trató también, con motivo de otro tema, bajo un aspecto diverso: el de su acción sobre los condenados puestos en libertad provisional. La sección adoptó las conclusiones propuestas por Voisin, consejero del Tribunal de Casación de Francia, que fué nombrado ponente. He aquí las conclusiones : 1.^a, que el patronato debe ejercer su influjo con el concurso del servicio de seguridad pública ; 2.^a, que es contrario á la obra de la rehabilitación el divulgar las noticias sobre los condenados puestos en libertad, al transmitir las al negociado de policía ó al registro judicial ; 3.^a, que cuando el patronato asume frente á la policía la responsabilidad de la vigilancia de los condenados puestos en libertad, la policía no debe hacer averiguaciones respecto de ellos en los talleres ó cerca de las personas á que prestan un servicio.

La Asamblea general hizo suyos estos votos y estas proposiciones.

Había otra cuestión, concerniente á la infancia abandonada. La Asamblea adoptó también las conclusiones de la sección, sostenidas por el ponente, profesor Taverni. Consistían estas conclusiones en hacer los siguientes votos : 1.^o, que se colocase á los niños moralmente abandonados, bien en una institución, bien en el seno de una buena familia ; 2.^o, que se tratase de alejar de las instituciones la llamada educación de regimiento, distribuyéndolas, al contrario, en secciones, según el principio del régimen familiar ; 3.^o, que se cuidase de la elección de las familias, como de la elección de los niños por colocar, de suerte que éstos no corriesen ya moralmente

riesgo ninguno. La acción del patronato debería extenderse también á la vigilancia de estas familias y á dirigir las en su obra educadora.

La Asamblea aprobó é hizo suyos los votos formulados por la tercera sección en lo tocante al último punto de su programa, acerca del modo de ilustrar al público sobre el verdadero carácter é importancia de las cuestiones penales y penitenciarias, y de las reformas á que conducen para librar del mal á la sociedad. El conde Skarbek, elegido ponente de la sección, indicaba cuatro elementos para resolver el problema: 1.º, el principio religioso, mediante el concurso de los ministros de las diversas religiones, los cuales deberían hacer entender, como se practica en los Estados Unidos, que la caridad penitenciaria es una virtud y una obra de beneficencia, que, sirviendo para la rehabilitación del culpable, y alejando los peligros de los delitos, contribuye á la seguridad social; 2.º, que la prensa debe cooperar con la religión á esta obra, interesándose en dichas cuestiones, y examinando las instituciones sociales que con ellas se relacionan; 3.º, que debe ensancharse la esfera de acción de las sociedades de patronato, haciendo de modo que sean instituciones populares, favorecidas por el concurso de todos los hombres de caridad y de buena voluntad.

9. Las instituciones de patronato, y ese estímulo eficaz que en general debe comunicarse á los institutos de reforma penitenciaria, parecerán una gran injusticia á los que consideran al delincuente como una fiera que es menester perseguir para derribarla y matarla. Parece extraño hablar de protectoras y protectores, cuando se

trata de los que han dañado á la sociedad, y que la caridad evangélica, que se quiere elevar á caridad social, no deba tener entrañas cuando se trata de los que luchan con la miseria y resisten á las tentaciones del vicio; que se deba cuidar de las familias y de los hijos de los condenados, y dejar en el olvido á las familias y á los hijos de aquellos á quienes el delito ha privado de jefes y dejado en la miseria; que se deba andar buscando trabajo para los que han merecido estar en prisión, olvidando al obrero honrado, que en vano se recomienda en nombre de su virtud y de sus hijos hambrientos; y que, por añadidura, haya de haber sociedades que se propongan, entre otros fines, el de extender el manto de la caridad sobre los que han ofendido á las leyes sociales, casi para hacerles entrar de contrabando, ó disfrazados, en el seno de las familias ó de los talleres, acreditándolos de personas honradas, mientras se debe ejercer la mayor vigilancia sobre los demás obreros antes de otorgarles la facultad de vivir trabajando.

Tales voces se dejan hoy oír, cuando se habla de penitencia y de instituciones penitenciarias. No se considera, sin embargo, que la obra penitenciaria es una obra preventiva, la cual, si se dirige á los que han expiado la pena de un delito, y que podrían recaer en él, no olvida á los que luchan por no caer en el vicio y en el delito. El mal moral y económico que aflige á las sociedades humanas es un prisma, como el bien; y no porque haya enseñanzas, instituciones ó personas que lo miren por un lado, se quiere que se olviden los otros lados. La lucha contra el mal social ha de librarse con todos los medios y por todas partes; y así como es justo que haya instituciones ó personas que salven de los peligros al obrero laborioso y honrado que carece de trabajo, justo es tam-

:

bién que haya instituciones ó personas dedicadas á combatir los peligros que originan la ociosidad del que sale de la prisión, ó las dificultades que encuentra á su regreso á la sociedad libre. Bien es que la caridad pública y privada concurren con la ley á reparar los males causados por el delito, pensando principalmente en las criaturitas á quienes el delito de otro dejó huérfanas ó pobres. No significa esto, sin embargo, que sean indignos de compasión y de caridad otros, huérfanos y pobres á causa del delito, sólo por ser hijos del que lo cometió y ha perdido la libertad, cuando ya pagan bastante la pena inmerecida de su pecado original con la vergüenza de su nombre.



10. Y ahora, llegado al término de los trabajos del Congreso, diré alguna cosa de la Exposición penitenciaria, y de la grata y honrosa acogida que se nos dispensó. Abrióse la Exposición penitenciaria el mismo día de la inauguración del Congreso. Todos los Estados representados en este último habían adornado sus secciones con las respectivas banderas y colores nacionales. Hasta el lejano Japón, representado por su embajador en San Petersburgo, no quiso faltar al llamamiento de las naciones civilizadas, y no sólo hizo someter al Congreso algunas cuestiones sobre el trabajo penitenciario, sino que quiso tener su sección correspondiente en la Exposición. S. M. la emperatriz de Rusia se detuvo en ella largo rato, y compró casi todos los objetos que la componían. La Exposición fué visitada por SS. MM. el Emperador y la Emperatriz con toda la corte, poco después de inaugurado el Congreso. Los delegados de los gobiernos reci-

bieron á SS. MM. en las respectivas secciones. En cada sección estaban expuestos los productos del trabajo penitenciario en tres divisiones : trabajo en la celda, trabajo en común, y trabajo de los institutos de corrección de menores. La sección italiana, bastante bien organizada, gracias á los cuidados del comendador Beltrami-Scalia, que en unión con el profesor Pessina, el senador Canonico, el profesor Brusa, el caballero Bernabò-Silorata y el que esto escribe, representaba al Gobierno italiano en el Congreso, ofrecía hermoso aspecto con la exposición de los productos de nuestras colonias penales, sobre todo la de Castiades en Cerdeña y la de Pianosa en el archipiélago toscano. Nuestro Gobierno envía allí, desde hace algún tiempo, los condenados en el último período de su condena. Había expuestos vinos, quesos, granos, manteca, pastas y limones. Representaban los productos del trabajo en común principalmente los objetos que nuestro Estado hace confeccionar por cuenta propia, como los uniformes de los guardianes de las prisiones y de los guardias de seguridad pública, otros objetos por cuenta de los diversos ministerios, y los productos de nuestras tipografías penitenciarias por cuenta del Estado. Se admiraba mucho las esculturas en madera procedentes de la penitenciaría de Ancona y de la de Portoferraio y de Fossano, los trabajos en mosaico, y los productos de la industria sobre las conchas. Las damas de la corte admiraban con vivas exclamaciones de asombro los encajes procedentes del instituto correccional femenino de Venecia, según los antiguos y célebres dibujos, que ha sabido introducir la señora Semjun, empresaria de estos trabajos. También estaba expuesto el modelo en relieve de la penitenciaría construida en las Tre Fontane, juntamente con el trabajo de los condenados ; y de la colonia penal

del mismo nombre, sólo el modelo en relieve del manicomio criminal ó asilo de condenados dementes, que ha fundado el Gobierno en la Ambrogiana. Un álbum representa los tipos de las celdas, galerías, salas de trabajo y demás partes de la penitenciaría ya adoptadas por el Gobierno.



II. La sección francesa comprendía cinco divisiones, en las cuales se admiraba principalmente las fotografías referentes á los tipos de las antiguas prisiones y de los antiguos suplicios de Francia. Entre otras cosas, se veía el plano en relieve del cuartel destinado á los condenados á la pena de muerte en la *Grande Roquette* de París. Francia exponía los productos de sus numerosas colonias agrícolas para los jóvenes de los establecimientos penales centrales y de sus colonias transatlánticas.

También Francia destina el trabajo de sus condenados á los servicios del Estado, y la sección francesa presentaba sus productos. El Gran ducado de Finlandia, que, como es sabido, pertenece á Rusia, á la cual está ligado por la unión personal, pero que posee gobierno, moneda y aduanas aparte, tenía una sección especial de sus productos penitenciarios. El establecimiento central de Helsingfors había enviado una gran colección de juguetes y tapices bastante hermosos. El de Pavastehns exponía tejidos y uniformes de militares. Todos los tejidos se vendieron, y se hicieron encargos particulares para confeccionar otros. Los tejidos de los establecimientos penales de Finlandia han sido premiados en varias exposiciones, como las de París, Berlín y Edimburgo. También eran admirados los trabajos en metal y madera de la

penitenciaria de Willmanstrand y los del establecimiento correccional de menores de Tosby y de la colonia agrícola de Käyra.

La sección rusa era importantísima por los hilados y tejidos, y por las sedas blancas confeccionadas en las prisiones de Taschkent. Se admiraban las obras de paja y de corteza de árbol, los instrumentos y máquinas agrícolas, y los trabajos en mosaico procedentes de los diversos establecimientos penales, entre los cuales figuraba la reproducción en madera de la penitenciaría de Vibourg, construida con todas las reglas recomendadas para la seguridad, la disciplina y la higiene.



12. Una parte importantísima de la sección rusa es la referente á la pena de deportación á Siberia, la cual no se destina sólo á los condenados políticos, muchos de los cuales, por lo demás, son encerrados en las prisiones de San Pedro y San Pablo de Petersburgo, sino principalmente á los condenados por delitos comunes. Políticamente, la deportación á Siberia tiene en gran parte el caracter de una medida de seguridad pública, como nuestro señalamiento de residencia á los sospechosos de tramitar revoluciones, y en tal caso, los relegados quedan sujetos á un régimen especial, diferente de aquel á que están sometidos los condenados á trabajos forzados por sentencia de magistrado. Yo siempre fuí adversario de la pena de deportación, por los graves sufrimientos, dispendios y peligros que la acompañan, y puedo decir que esta idea va abriéndose camino en Rusia, especialmente á consecuencia de recientes hechos que han suscitado los

clamores de la prensa europea. Debo añadir también, en honor de la verdad, que el Gobierno ruso ha enviado al mismo director general de las prisiones, nuestro presidente Galkine Wraskoi, á hacer una investigación y una inspección sobre el terreno.

Sean los que quieran los resultados de esta investigación y los hechos que la han motivado, lo cierto es que la exposición demostraba que el gobierno ruso se ha preocupado de disminuir los males de esta pena, facilitando los transportes, que ahora empiezan á verificarse por vía fluvial más bien que por la fatigosísima de tierra. Se ven, en efecto, los modelos de las grandes barcas de transporte por los ríos de Siberia y del Volga, con todos los objetos de primera necesidad ó exigidos por la higiene. Se veía también el modelo del gran vapor *Nijni-Novgorod*, destinado á la conducción de los deportados á la isla de Sakhaline, además de los modelos de las llamadas casas de estación para los transportes por tierra, y un gran número de fotografías representando escenas relativas al transporte. Rusia ha expuesto un gran panorama de piedra, que reproducía al natural con mucha originalidad y en todos sus pormenores, los trabajos forzados en las minas de plomo argentífero de Agaltchi en el distrito minero de Nertchinack. Se veían asimismo las reproducciones de dos grandes pirámides formadas con el oro y la plata extraídos mediante el trabajo forzado desde 1709 á 1889 de las minas de Nertchinak.

La vida del minero no es ciertamente la más envidiable del obrero; pero, puesto que la hacen tantos obreros libres, no hay que extrañar que la puedan hacer también los condenados. Nuestros antepasados romanos trabajaban sus minas con los condenados *ad metalla*. En fin, en la sección rusa estaban expuestos los diversos artículos

destinados á satisfacer las necesidades de los condenados, como el te, la galleta y otros semejantes.



13. Nos llevaría muy lejos hablar circunstanciadamente de todas las secciones. Diré algo de cada una. La sección belga era notable por los trabajos de hierro fundido del establecimiento penal de Gante, por los magníficos tapices procedentes de la casa especial de reforma de Namur, y por los trabajos en hierro y los productos agrícolas de la casa de Saint-Hubert. Hungría presentaba los productos y la reproducción en relieve de la bella colonia agrícola de Aszod, y del establecimiento correccional de Kolosvnt; Austria, las famosas *sillas de Viena*, procedentes de la penitenciaría de Gross-Stecklitg; Bohemia se distinguía por los productos y la reproducción en relieve del castillo de Kostomlaty, transformado en prisión de jóvenes pervertidos. Grecia, España y Portugal tenían también sus respectivas secciones con los productos de la industria carcelaria. En todas las secciones había expuestos además numerosos documentos, memorias, estadísticas, á más de los que cada Estado presentó al Congreso, y á más de las respuestas á los diversos cuestionarios formulados por la comisión organizadora, sobre todo el relativo á los jóvenes rebeldes ó abandonados, respecto de los cuales se ha reunido una abundante colección de materiales. Así el Congreso, al lado de sus discusiones, presentaba el campo de sus experiencias juntamente con los frutos que la ciencia penitenciaria ha recogido hasta ahora, y que son esperanza de más fecundo porvenir.

14. El Congreso de San Petersburgo vivirá en la me-

moria de todos por la cordial acogida con que fuimos recibidos. No se trataba sólo de esa hospitalidad para el extranjero, tan natural y familiar en los pueblos del Norte. Se veía claramente que Rusia, no sólo su Gobierno, se sentía lisonjeada por esa reunión de sabios de todas las naciones y de representantes de los Estados. El proverbio italiano que dice *acaricia al ruso, y encontrarás el oso*, no podía recibir mentís más solemne, porque dentro del ruso habíamos encontrado todos el más cumplido caballero y el más cordial amigo.

En la frontera fuimos recibidos por funcionarios del Gobierno, que tenían el especial encargo de facilitar nuestras relaciones, y darnos á conocer á los empleados de la aduana, del ferrocarril y de la policía. En San Petersburgo el municipio hizo espléndidamente los honores de la casa en nombre de la ciudad. Se imprimió expresamente para nosotros una guía de la ciudad con su correspondiente plano, y con importantes noticias estadísticas é históricas. La ciudad dió un suntuoso banquete en el palacio municipal (Douma), á más de una serenata en el mismo palacio el primer día del Congreso. El alcalde de San Petersburgo, Likhatschow, el cual es nombrado por el Gobierno de una terna propuesta por el consejo municipal, que es electivo, habló, brindando entusiasta y cariñosamente por Italia y por Roma, asiento del último Congreso. El Gobierno y la corte no fueron menos que el municipio. Los delegados oficiales, en el mismo día de la apertura del Congreso, fueron invitados á subir á la tribuna imperial, y presentados á SS. MM. el Emperador y la Emperatriz, que tuvieron para cada uno una palabra amable, pidiendo noticias ó recordando los respectivos países. SS. MM. dieron además una gran comida en honor de los congresistas el 10 de Junio. Los coches de la

corte, con cocheros á la Dumont, llevaron á los numerosos huéspedes extranjeros y á sus familias á Peterhoff (el magnífico y rico Versailles del Czar, donde se conservan los preciosos recuerdos de la vida doméstica de Pedro el Grande), recorriendo el parque encantador y los umbrosos paseos interrumpidos por surtidores, juegos de agua y fuentes adornadas de estatuas.

S. A. el príncipe Oldemburgo y S. A. I. la princesa Eugenia, su mujer, recibieron á los congresistas en nombre de la corte, les ofrecieron un rico buffet, y pusieron á disposición de los invitados dos botes de la marina imperial para el viaje de ida y vuelta. El Sr. Dournow, ministro del Interior, recibió en los salones de su ministerio á los delegados extranjeros que le fueron presentados, y los saludó en un elocuente discurso. SS. AA. el príncipe y la princesa de Oldemburgo dieron también una gran comida á los delegados, después de haberlos recibido días antes en los salones de su rico palacio. La princesa de Oldemburgo ha estado en ocasión semejante en Italia, y recordaba con cariño los días pasados en Florencia, donde había muerto su madre, hija del emperador Nicolás, en la histórica *villa* de Quarto, que con ricas colecciones de mayólicas y de cuadros supo ella transformar en un verdadero museo.

La primera excursión, verificada en dos vapores del Gobierno, fué á Finlandia, para visitar las cataratas del Imatra y el lago de Saim. La ciudad de Helsingfors dió un suntuoso banquete á los congresistas. Un tren expreso imperial los llevó á visitar la ciudad de Moscou, y tampoco faltaron aquí los más gratos y espléndidos honores.

Hubo, en fin, un cambio de cortesías entre los congresistas extranjeros y la comisión organizadora del Congreso. Los congresistas dieron un banquete en honor

de la última, y la comisión quiso darles á ellos á su vez una comida de despedida, á la cual fueron invitados también los miembros del cuerpo diplomático y los altos funcionarios del Estado. En esa solemnidad se regaló á los delegados extranjeros una medalla conmemorativa de plata. No he de pasar aquí en silencio la manera cómo acogieron á los delegados italianos el embajador de Italia barón Marochetti y su señora la Baronesa, dama cultísima y que goza de grandes simpatías en los salones aristocráticos de la capital rusa. Dieron en honor de los delegados italianos un almuerzo, á que fué invitado también el presidente de nuestro Congreso.



15. Siempre recordaremos con cariño los días pasados en San Petersburgo, y sus *Blancas noches*, que derramaban sobre las altas cúpulas doradas de las iglesias y sobre las fachadas de los majestuosos palacios una luz plateada, mientras las ondas del Neva brillaban imponentes en su profundo y silencioso curso á la claridad del crepúsculo vespertino que daba la mano al de la mañana. Alfieri, en su viaje á Rusia, maldijo estos crepúsculos, porque, «cansado de ver siempre aquella triste luz, no sabía ya ni en qué día de la semana, ni en qué hora del día, ni en qué parte del mundo me encontraba; tanto más cuanto que las costumbres, los trajes y las barbas de los moscovitas me representaban tártaros mucho mejor que europeos». Habla con desprecio de la ciudad de San Petersburgo: «¡Ay! Que apenas puse el pie en aquel campamento asiático de barracas alineadas, acordándome al punto de Roma, de Génova, de Venecia

y de Florencia, no pude menos de sonreír (1)». Alfieri visitaba á San Petersburgo en 1770, cuando se sentaba en el trono de los Czares Catalina II. Sin embargo, él mismo confesó que, lleno como tenía el pecho de odio contra la autocracia, su resolución de no querer ver á nadie, y el sentir *antipatía hacia todo, excepto las barbas y los caballos, fué pura intolerancia de un carácter inflexible y odio acérrimo á la tiranía*. Alfieri, dejando á un lado las ideas políticas, no habría hablado así si hubiese visitado hoy á San Petersburgo. Su organización municipal y su sistema electoral administrativo rivalizan con los de los países más libres. Su biblioteca es una de las primeras del mundo, y cuenta más de un millón de volúmenes. Su *Erémitage* es la pinacoteca y el museo más rico de Europa. Las *barracas alineadas* se han transformado en palacios que reproducen la arquitectura de Florencia y de Siena; sus templos son ricos en columnas monolíticas de los mármoles más preciosos, extraídos de las canteras de los montes Pojas y de Finlandia; sus plazas y jardines están adornados con grandes estatuas de bronce que recuerdan las glorias militares y civiles de Rusia. Yo no podré cerrar mejor esta reseña que recordando las palabras pronunciadas por el alcalde de San Petersburgo al brindar ante los congresistas en el banquete dado en su honor por el municipio: «Al recorrer nuestras calles, al visitar nuestras instituciones, al inspeccionar nuestros establecimientos, dignaos recordar, señores, que estáis en la capital más joven de Europa. Nuestro gran poeta Pouschkine, tan venerado en su patria y tan apreciado en el extranjero, ha dicho que Petersburgo era una ventana que daba á Europa, abierta por Pedro el Grande.

(1) *Vita di V. Alfieri, scritta, etc.*; cap. ix, pág. 93-95.

¡Señores! Hoy esa ventana se ha convertido en una puerta, que abrimos de par en par á nuestros huéspedes extranjeros». Cuando un país abre de este modo sus puertas, no á nosotros, sino á la luz de la civilización; cuando, al lado de sus progresos en las bellas artes y en las ciencias, se ven sus inmensos progresos en la industria, bien se puede decir que Rusia marcha, y formar los más lisonjeros vaticinios sobre su suerte futura.

PEDRO NOCITO.

EL ARTE DE LA EDAD MEDIA

EL ESTILO GÓTICO.

CÓMO se formó ese extraordinario estilo, que durante cerca de cuatrocientos años cubrió la Europa latina de construcciones marcadas por una originalidad tan profunda? Deben abandonarse en absoluto las antiguas hipótesis, ya de una influencia oriental, ya de un origen germánico, bien de un pretendido tipo xilóidico (arquitectura de madera). El estilo gótico salió del románico por virtud de un desarrollo natural, ó, si se quiere, á favor del trabajo de hombres de genio, que sacaron con lógica inflexible las consecuencias del arte de su época : fué la continuación de un estilo anterior, creado hacia el año 1000, y deducido á su vez de las leyes que hasta entonces habían presidido en el Occidente á la construcción de los templos cristianos.

Todo el mundo está conteste en reconocer que las iglesias anteriores al siglo XI, á excepción de las que se edificaban bajo el influjo directo bizantino, no eran más que pobres imitaciones de las antiguas basílicas del tiempo de los emperadores cristianos. El techo se hallaba sostenido por una armadura que se veía desde dentro; el

trabajo las más de las veces era defectuoso y carecía de estilo. El extraordinario movimiento de construcción que siguió en el año 1000, produjo en la arquitectura cristiana el cambio de más entidad que ha sufrido nunca. No se añadió nada esencial á la antigua basílica, pero se desarrollaron todos sus elementos. Á la armadura reemplazó la bóveda; para resistir las presiones se adosaron contrafuertes á los muros; se agrandaron las proporciones de altura y amplitud. Al propio tiempo todo adquiría estilo, y ese estilo se trocaba á poco en elegancia. La columna se aplica como decoración á la pesada pilastra; el capitel tiende á copiar el corintio ó el compuesto, aun siendo historiado. La forma de la iglesia aparece claramente determinada: es una cruz latina trazada por una nave alta, flanqueada de otras inferiores. Dos torres, cuadradas de ordinario, y con ventanillas de arco de medio punto á diversas alturas, decoran la entrada. Completa la fachada un rosetón, por lo menos rudimentario. El coro se alarga un poco, y á veces queda rodeado de naves laterales. Las ventanas son estrechas, y á menudo aparecen divididas por en medio. En la unión de la nave y del crucero se eleva una cúpula central. La ejecución revela un progreso no menos visible. Preocupa la duración. Por dentro aspírase ante todo á una gran riqueza; los muros y pavimentos se revisten de incrustaciones coloreadas; las columnas ofrecen una brillante policromía. Parece que se quiere modelar la iglesia á imagen de la Jerusalén celeste, resplandeciente de oro y pedrería.

Así nació el estilo llamado *románico*, que en el siglo xi y en la primera mitad del xii cubrió á Francia de edificios llenos de armonía y de majestad: Saint-Etienne de Caen, Saint-Sernin de Tolosa, Notre-Dame de Poi-

tiers, etc.—Estudiando bien esas iglesias, se ve que el momento en que aparecen es la fecha á que se remonta el acto verdaderamente creador de la arquitectura de la Edad Media. Son ya iglesias góticas por su forma general, por su disposición interior, por el juego de las naves y tribunas. Está sentado el principio, y sólo falta ya desenvolverlo. El Mediodía, el Poitou, la Auvergne, procedieron tímidamente en ese desarrollo. La Provenza y el Languedoc siguieron construyendo á la usanza románica hasta el siglo xiv. El Norte, por el contrario, no se detuvo. Sea que allí las iglesias románicas estuviesen menos bien construidas y que gran número de ellas se arruinaran á comienzos del siglo xii, sea que esa parte de Francia obedeciese á más elevadas exigencias de imaginación, el hecho es que el movimiento arquitectónico prosiguió sin tregua, y que el estilo románico sufría una profunda modificación ciento cincuenta años después de su nacimiento.

Cosa sorprendente debió ser el trabajo abstracto de donde salió esa metamorfosis. Por una parte, los maestros de obras del Norte advirtieron que las iglesias románicas tenían un aspecto algo pesado y achaparrado; vieron que se podían aligerar mucho, y que cabía emplear bastantes menos materiales. Frecuentes accidentes demostraban, por otro lado, que en las iglesias del siglo xi se había calculado mal el empuje de la bóveda; y se pensó en remediar este defecto. Siguiendo esa doble tendencia, se llegó á sustituir la bóveda de cañón por la de arista y á preferir el arco apuntado al de medio punto. El primero tenía la ventaja de producir una desviación mucho menor y de dirigir el esfuerzo sobre puntos aislados y ciertos. Este cambio no fué sistemático al pronto. La ojiva (para emplear el nombre, bien impropio, que se da

en nuestros días al arco apuntado) adoptóse para los arcos grandes que hacen mucho tiro ; para los pequeños, que tiran poco ó nada, se conservó el de medio punto. Buscóse á más una amplia compensación en los botareles y contrafuertes, sobre los cuales van á reunirse todas las presiones. Las iglesias románicas los tenían, pero disimulados y poco considerables. Aquí pasaron á ser la parte primordial, y permitieron atrevimientos inauditos. Los vacíos aumentan en una espantosa proporción. Los potentes riñones que sostienen esas masas vacilantes están por fuera, y llegó á realizarse la idea singular de un edificio sostenido por armazones exteriores, ó, si vale decirlo, de un animal con la armazón ósea colocada alrededor.

Desde entonces parece como si un soplo poderoso penetrase la basílica románica y dilatase todas sus partes. Tornándose aérea en cierto modo, la iglesia nada en la luz, y la apaga y colora á su albedrío. Los muros llegan al último grado de delgadez. Las columnas, afinadas y divididas en columnillas, parecen no estar allí más que de adorno. La iglesia semeja el despliegue de un haz de cañas. El estilo románico, que mira ante todo á la solidez, no propende á alturas extraordinarias ; ofrece más llenos que vacíos ; sus ventanas son pequeñas ; sus columnas, macizas. El gótico extrema hasta la locura la pasión por la ligereza. Las estrechas ventanas pasan á ser huecos enormes, que convierten el edificio en una especie de jaula. Las tribunas rudimentarias del estilo románico llegan á ser iglesias superpuestas. Á las líneas horizontales reemplazan las verticales ; á las superficies lisas los planos entrantes y salientes. El artista, ávido más que nada de despertar un sentimiento de asombro, no vacila en recurrir á la ilusión y á la fantasmagoría. Disimula sus me-

dios de solidez, por lo menos bajo ciertos perfiles. Aquella bóveda parece reposar sobre columnillas, cuando en realidad descansa sobre los muros laterales. Esos mismos muros espantan por su poca masa, pero fuera, como frecuentemente se ha dicho, hay un bosque de muletas para suplir su insuficiencia. Aquellas ventanas debajo de la bóveda producen una especie de terror; pero esa bóveda está sostenida por otros medios. Los débiles apoyos que parecen sustentarla no sirven más que para distraer la atención y engañar la vista sobre la dirección verdadera de los efectos de la gravedad.

Así nació la iglesia llamada *gótica*. No tiene nada más ni nada menos que la iglesia románica. Es la antigua basílica, abierta, adelgazada, llena de aliento y de alma. La basílica de la Edad Media era completa antes de la adopción de la ojiva. En otros términos: la ojiva no es una nota de estilo; es aplicable á todos los estilos. Constantemente la emplean iglesias puramente románicas, como la de Saint-Maurice de Angers ó la de Saint-Gilles cerca de Arlés. Con frecuencia se usó simultáneamente el arco de medio punto y la ojiva, y bastante tiempo después del triunfo de esta última siguióse empleando el primero en los campanarios. Hay, en fin, multitud de iglesias, no sólo en la región que fué cuna de la ojiva, sino en Guienne, en Normandía, que oscilan entre los dos procedimientos, y pueden llamarse casi indistintamente románicas ó góticas. Así, pues, de la basílica romana á la basílica cristiana del tiempo de Constantino, de la basílica de Constantino á las iglesias de los siglos ix y x, de la iglesia de los siglos ix y x á la basílica románica, y de la basílica románica á la iglesia gótica, no hay una sola solución de continuidad. Por poca semejanza que ofrezcan á primera vista construcciones como Saint-

:

Paul-hors-les-Murs y Notre Dame, no es menos cierto que la una procede de la otra mediante una serie no interrumpida de desarrollos.

Nadie niega que Francia no haya recibido en los siglos x y xi un influjo griego bastante poderoso ; sin embargo , entró por poco ese influjo en el gran movimiento de nuestro arte nacional. Produjo á Saint-Front de Périgueux y algunas iglesias de Quercy y del Angoumois ; pero no es ciertamente por ese lado por donde ha de buscarse el origen del arte gótico. Aún debe hablarse menos de las cruzadas y de la influencia árabe. La arquitectura gótica y la árabe tienen analogías, pero esas analogías provienen de la semejanza de sus puntos de partida. La una sale del románico , la otra del bizantino. Ahora bien : el románico y el bizantino eran hermanos, nacidos ambos, por degradación, del arte antiguo. De ahí que llegaran á resultados semejantes, mas sin deberse nada el uno al otro , y representando tendencias profundamente distintas. La ojiva ha existido siempre en Oriente en estado esporádico, y el Oriente mismo adoptó su uso general antes que el Occidente ; pero no fué de allí de donde la tomaron los grandes constructores del siglo xii. Llegaron á ella por sí mismos, sin recibir nada prestado de fuera.

Un solo desarrollo, pues, ha dado origen á las iglesias románicas y góticas. Todo se encadena en el movimiento de construcción que, partiendo del año 1000, produce nuestras hermosas iglesias románicas, introduce la ojiva hacia 1150, y llega hacia 1200 á un tipo maduro, fijo, perfecto á su modo, que no varía ya hasta el siglo xv. Una sola gran revolución—el reemplazo de la armadura por la bóveda—ha engendrado, merced á deducciones hasta cierto punto necesarias, todas las transformaciones que

llenar el intervalo comprendido desde el siglo xi hasta el xiv. La producción del estilo gótico fué perfectamente lógica; no supone la introducción de ningún elemento extraño. La ojiva, empleada excepcionalmente en el siglo xi para dar solidez á los arcos de un gran vuelo, pasa á ser la regla á partir de 1150; pero puede decirse que la encerraban en germen las exigencias íntimas del arte anterior. Algunas partes de las nuevas basílicas—los ábsides, por ejemplo,—la reclamaban casi forzosamente. En fin, prestábase á efectos que hablaban mucho á la imaginación, y respondían mejor al sentimiento religioso de la época. Para acabar: pasó en arquitectura una cosa análoga á lo que sucedía en la lengua y en la poesía. Con los elementos antiguos, rotos, trastocados, recompuestos según sus ideas y sus sentimientos, la Edad Media se creaba un instrumento enteramente diferente del de Roma. Nuestras iglesias son al arte antiguo lo que la lengua de Dante á la de Virgilio: bárbaras, y de segunda mano, si se quiere, pero originales á su manera, y correspondientes á un genio religioso totalmente nuevo.

Como todos los grandes estilos, el gótico fué perfecto al nacer. Demasiado acostumbrados á juzgarlo por las obras de su decadencia, olvidamos á menudo que, antes de las exageraciones de sus últimos tiempos, tuvo un momento clásico, en que conoció la medida y la sobriedad. Los pequeños edificios, levantados en algunos años, y de una unidad perfecta, nos ilustran en este sentido mucho mejor que las grandes catedrales, acabadas casi todas en el siglo xiv. La iglesia de Saint-Leu de Esserans, cuya rara elegancia ha tenido el mérito de revelar, si no me engaño, M. Vitet; la de Agnetz, cerca de Clermont; la sala de Ourscamps; la bella iglesia cisterciense

de Longpont, y aun la de Saint-Yved de Braine, son modelos excelentes, tan puros y de una unidad tan asombrosa como el más bello templo griego. También brillan por su severidad las iglesias levantadas en Palestina por los cruzados. Nunca se ensalzarán bastante esas sencillas y grandiosas construcciones del primer estilo ojival. Las líneas verticales no impiden que se dibujen líneas horizontales enérgicas. Los capiteles, semejantes todos entre sí en un mismo edificio, y compuestos de elegantes hojas, recuerdan todavía el galbo corintio. Las bases son redondas, y están adornadas de sencillas molduras; todo el aspecto de la columna es antiguo y de una justa proporción. La ojiva, cuya agudeza se exagerará más tarde, apenas es sensible; el ábside de Saint-Leu parece á distancia enteramente románico. No se buscan más que alturas moderadas; el edificio parece bastante amplio; las ventanas son de dimensiones medias, y apenas ofrecen divisiones interiores. Toda la construcción respira una rectitud de juicio, un sentimiento de lo justo, que no tardará en abandonarse.

¿Cómo, después de haber llegado á una especie de tipo clásico, á un *orden*, si cabe expresarse así, donde ya no había puesto para el capricho, el arte gótico faltó de repente á sus promesas? ¿Cómo no consiguió durar y venir á ser el arte de los tiempos modernos?

Á la verdad, no era movimiento ni talento lo que faltaba. Al contrario, es una cosa prodigiosa la actividad que reinó entre los arquitectos de esa época. Su género de vida, encerrados en una especie de colegio ó de sociedad aparte, mantenía entre ellos una ardiente emulación. Para que tales hombres se preocuparan poco de la fama, menester es que encontrasen dentro de su cofradía un motivo poderoso, capaz de hacerlos indiferentes á cual-

quier otra cosa que la estima de sus pares. ¡Qué lejos nos llevan de aquellos esfuerzos impersonales del siglo xi y del siglo xii, en que la individualidad del artista queda completamente en la sombra! Aquí cada artista tiene un nombre, y lo inscribe en la iglesia de que se ufana y donde se hace enterrar. Consérvanse, ora en pergamino, ora en piedra, muchos planos de los siglos xiii y xiv. Aunque todos de una geometría elemental, que no emplea más que arcos de círculo, revelan un gran trabajo de reflexión. En fin, eran ordinarios los concursos. La catedral de Strasburgo guarda en sus archivos los dibujos presentados á un concurso que se abrió para su fachada. Las leyendas sobre las rivalidades de los artistas recuerdan las que corrieron en Italia en las épocas en que era allí más viva la atención á las cosas de arte.

Pero los defectos que minaban ese gran sistema se desvelaban con una fatalidad espantosa. La unidad de los edificios se hace imposible; no se ven ya dos capiteles semejantes; las ventanas se recargan de dibujos interiores tan ligeros, que parecen caprichos de la imaginación; se raya en la exageración y en lo imposible; no se para hasta dejar en vilo el inconcebible coro de Beauvais, y esos edificios que, si no nos fuesen conocidos más que por dibujos, pasarían seguramente por quiméricos. El sentimiento de todos es un asombro profundo; la obra parece sobrehumana, y sólo por un pacto con el diablo se concibe que pasase del mundo de los sueños al de la realidad.

El siglo xiv persistió en esas tendencias, extremándolas. La arquitectura gótica del xiii estaba llena de defectos; pero cada uno de esos defectos era á su manera una fuente de bellezas sorprendentes y raras. No sucederá así muy pronto. Exagerando aún la altura de las bóvedas, la arquitectura gótica traba una especie de desafío con la

gravedad y el espacio. Algunas veces gana la apuesta, como en Beauvais ; pero frecuentemente las justas exigencias de la razón en el arte de edificar se vengaron de ser tratadas con tan pocos miramientos. Las torres se lanzan á alturas desmedidas ; sus esbeltas formas y sus calados dejan una impresión dudosa entre la imaginación que se recrea y el juicio que reprueba. La suma riqueza de pormenores trae consigo exceso de formas angulosas ó salientes, estatuas coronadas por doseletes y pináculos, arcos trilobados, galerías caladas, todo un bordado de piedra, que, como dice Vasari, parece hecho de cartón. En general, la unidad del edificio queda sacrificada : ya no se quieren superficies lisas ; la adición de las capillas, que en casi todas las catedrales data de ese siglo, demuestra que la atención concedida á las subdivisiones y pormenores triunfa sobre el efecto del conjunto. El aspecto general tiende por doquiera á la pirámide ; todo se corona de triángulos agudos y de tabernáculos. Las líneas horizontales, que aún tienen amplitud en el gótico del primer tiempo, desaparecen completamente. La única preocupación es subir de continuo y revestir el edificio sagrado de galas deslumbradoras que lo asemejen á una desposada. ¡Ay! Entretanto, el mal progresaba interiormente, y se preparaba con lentitud la ruina de esos bellos sueños concebidos en un momento de entusiasmo.

El mal del estilo gótico está efectivamente en que, nacido del entusiasmo, no podía vivir más que de entusiasmo. La iglesia de los siglos XII y XIII había sido elevada literalmente por amor. Léanse los relatos encantadores referentes á la construcción de la catedral de Chartres y de la basílica de Saint-Denis. En el siglo XIV anda de por medio la idea de carga, de obligación, de castigo. Se erigían iglesias por penitencia ; no se soste-

nían más que á fuerza de imposiciones , y merced á medidas administrativas. Y no es que disminuyera la fe que había creado esas maravillas ; al contrario , bajo ciertos respectos hallaba en los espíritus menos dudas y objeciones , porque el siglo XIV piensa mucho menos libremente que el XIII ; pero había perdido su sencilla espontaneidad : era un estrecho formalismo , una rutina torpe y grosera. La arquitectura gótica padecía del mismo mal que la filosofía y la poesía : la sutileza. El arte no era ya más que un alarde de fuerza prodigioso , que no podía dejar detrás de sí más que la impotencia. La antigüedad pudo descansar durante siglos en el estilo de arquitectura que Grecia había creado ; los órdenes griegos han venido á ser una especie de ley eterna , porque el estilo griego es la razón misma , es la lógica aplicada al arte de construir. Aquí , al contrario , todo porvenir era imposible ; hasta tal punto se habían apurado desde el principio las últimas consecuencias. La decadencia era en cierto modo obligada ; en balde se pregunta uno cuándo hubiera podido detenerse un arte tan atormentado en un punto estable para fijar su canon y ofrecer una base al arte del porvenir.

La consecuencia de ese complicado sistema de arquitectura , dígase lo que se quiera , fué una falta general de solidez. El edificio griego y romano , si no se le destruye , es eterno. No necesita ninguna reparación. El edificio gótico pende de condiciones tan múltiples , que se viene abajo en seguida , á menos de cuidados perpetuos. Mirando al efecto , ocultando más de una negligencia en las partes sustraídas á la vista del espectador , todas las construcciones góticas padecen dos enfermedades mortales : la imperfección de los cimientos y el empuje de las bóvedas. Una simple alteración en el sistema de deslice de las aguas basta para echarlo á perder todo. El Parte-

nón, los templos de Pœstum, los de Baalbek, que no aspiraban más que á la solidez, estarían intactos á estas horas, si hubiese desaparecido la especie humana al día siguiente de su construcción. Una iglesia gótica, en las condiciones dichas, no hubiese vivido cien años.

Esas iglesias han sido cuidadas y reedificadas; habrían desaparecido todas en nuestro siglo, si no nos hubiese llevado á restaurarlas un celo inteligente. En las ciudades donde hay edificios romanos y edificios góticos, los segundos parecen ruinas comparados con los primeros. Cuando no haya una iglesia gótica en el mundo, las construcciones griegas y romanas seguirán asombrando por su carácter de eternidad. Ya sé lo que puede responderse. «El Partenón cubre cuatrocientos metros; la catedral de Amiens, siete mil. Si los griegos hubiesen tenido que construir un edificio cubierto de esas dimensiones, no lo hubieran hecho tan sólido como el Partenón.»—No censuramos la tentativa; nos limitamos á consignar las consecuencias inevitables á que arrastraba. En ninguna cosa son tan sensibles como en arquitectura las condiciones limitadas á que están sujetas las obras del hombre, condenadas á perder en un sentido lo que ganan en otro, á elegir entre la medianía sin defectos ó la sublimidad defectuosa.

Al par que la arquitectura gótica encerraba en sí misma un principio de muerte, tuvo la desgracia de perjudicar mucho á las otras artes plásticas, reduciéndolas á un papel subalterno. Así como la teología mataba la ciencia racional, condenándola al papel de satélite, la arquitectura gótica, constituyendo por sí sola todo el arte, hacía imposible el progreso de la pintura y la escultura. ¿Qué hubiera dicho Fidias, si se hubiera visto sometido á las órdenes de arquitectos que le hubiesen pedido una

estatua destinada á colocarse á doscientos pies de elevación? Quedando así fuera de juego las grandes bellezas, el artista debió ceñirse á pormenores insignificantes y fáciles, de poco valor en sí propio cada uno, y que, no estando distribuidos con medida, producen un efecto de trivialidad.

Sin participar de la cólera de Vasari contra esas malditas fábricas que han envenenado el mundo (*questa maledizione di fabbriche.... che hanno ammorbato il mondo*), sin mirarlas, á ejemplo de él, como un puro caos bárbaro y monstruoso, una loca invención de los godos, que no pudieron llevarla adelante sino después de haber destruido previamente las obras romanas y matado á todos los buenos arquitectos, bien puede admitirse que no va descaminado cuando echa de ver en ella una falta general de proporción y de razón. No es la arquitectura lógica; se sale de las condiciones humanas. Nació de un esfuerzo de abstracción, de un trabajo de razonamiento demasiado prolongado sobre puras líneas. Ebrios con sus planos, los arquitectos iban alambicando incesantemente las masas; sus croquis en pergamino los cegaban, y les hacían perder de vista las exigencias de la realidad. Á eso se debe que el dibujo de una iglesia gótica sea más bello con frecuencia que la iglesia misma, porque en el dibujo no existen los artificios necesarios para acomodar el plano á las condiciones de la materia.

Paradoja arquitectónica de un brillo sin igual, el gótico fué una exageración de un momento, no un sistema fecundo; un alarde de fuerza, un desafío, no un estilo durable. Por eso no ha tenido continuación sino merced al gusto que lleva á nuestro siglo á copiar alternativamente los diversos tipos del pasado. Detenida de pronto por el Renacimiento, no sobrevivió esa arquitectura al

golpe recibido sino por un compromiso singular ; me refiero al gótico adornado de detalles griegos que se ve en Saint-Etienne-du-Mont, en Saint-Eustache ; luego desapareció para no volver. Se han hecho cargos á los artistas del siglo xvi por no haberlo desenvuelto ; nada más injusto : era un estilo agotado, imposible de reanimar. De sobra lo prueban las imitaciones del siglo xix. Los esfuerzos para dar apariencias de razón á una paradoja, aires de cordura á un momento de embriaguez, han demostrado con su ineficacia que la arquitectura de los siglos xii y xiii debe clasificarse entre las obras originales que es glorioso haber producido y prudente no imitar.

ERNESTO RENÁN.

Sección Española.

LA CUESTIÓN SOCIAL

Y LA PAZ ARMADA.

III Y ÚLTIMO.

EL Sr. Castelar llama al Congreso de Berlín *Concilio ecuménico de las ideas socialistas*, y le considera como una reacción hacia la esclavitud: no nos parece ni lo uno, ni lo otro, sino una señal de los tiempos dada por un hombre vulgar (es de suponer que Guillermo II lo será), que son los que dan estas señales.

La coincidencia de un Emperador que invita á todos los gobiernos del mundo para tratar de la cuestión obrera, y del movimiento de todos los obreros del mundo para tratar de esta misma cuestión, es un hecho sin precedente en la historia, un hecho de un alcance inmenso, que sólo personas ligeras tratarán con ligereza, y que no puede ridiculizarse sin ponerse en ridículo. Dice el señor Castelar que Guillermo II resulta el emperador Constantino de las ideas socialistas. ¿Y qué resultará la República Helvética, que antes que él tuvo la idea de un Congreso internacional para tratar de la cuestión obrera? ¿Caerá

el Sr. Castelar en la vulgaridad de llamar socialistas á todos los que intentan mejorar la condición de los trabajadores? ¡Hasta ahí podía descender!

Las *sabidas* ocho horas de trabajo, como dice el señor Castelar, ya sabemos que no pueden decretarse por los gobiernos, en todos los casos, y como regla general; pero de que no se pueda hacer *todo*, repetimos, ¿es racional concluir siempre que no se debe hacer nada? Concretándonos á España, la ley podía y debía intervenir en muchos casos; por ejemplo:

Cuando se trata de la seguridad pública, como respecto á los empleados en ferrocarriles y maquinistas, conductores de tranvías, etc., que especialmente en ciertas épocas del año no tienen tiempo para dormir lo indispensable: más de una desgracia atribuida á un descuido, tiene origen en la falta del preciso descanso de los que no pueden vigilar, porque no duermen lo necesario. En la mar sucede lo mismo: muchas catástrofes de las más terribles, los choques de un barco con otro, son consecuencia de que el serviola iba dormido, é iba dormido porque no se le deja tiempo para dormir. Este mal grave no es de fácil remedio, porque la cuestión es internacional; pero así como todos los barcos de todos los países tienen obligación de llevar dos luces si son de vela, y tres si son vapores, podría intentarse algo respecto al número de tripulantes relativamente al tonelaje. Las primeras tentativas serían inútiles; pero teniendo constancia, es probable que con el tiempo se consiguiera algo, ó mucho.

Los serenos es sabido que se duermen. ¿Cómo han de vigilar y ser centinelas si no tienen relevo?

Los carteros en las grandes poblaciones enferman por exceso de trabajo.

En estos y otros muchos casos que se conocerían si se abriera una información, la ley debería intervenir, en nombre de la seguridad pública unas veces, y otras para que el Estado diera el debido buen ejemplo y se ajustara á los principios de justicia y de humanidad ; lo cual podría hacer sin recargar el presupuesto, y sólo con suprimir algunos centenares de los miles de empleados que no trabajan.

¿Quién sostiene con razones que el trabajo de los niños y de los adolescentes no debe, según los casos, ser condicionado ó prohibido por la ley?

¿Quién sostiene con razones que la ley no debe intervenir para que todos los trabajos sean lo menos insalubres y lo menos peligrosos que fuere posible, y no ha de limitar su duración, cuando de prolongarlos resulta con evidencia la pérdida de la salud ó de la vida? Este protectorado de humanidad, si no hay quien lo ejerza, el Estado debe ejercerle; las víctimas de los procedimientos industriales inhumanos, ó ignoran el peligro, ó no pueden sustraerse á él; dos agentes de la autoridad están de centinela para que los suicidas no se precipiten por el Viaducto de la calle de Segovia de Madrid; ¿y no se ha de hacer nada para evitar la muerte de los que se matan trabajando por las malas condiciones del trabajo, que pueden modificarse? Hay principios de justicia que no están universalmente admitidos; hay otros que se admiten, pero cuyas consecuencias (todas al menos) no se sacan ó no se ponen en práctica.

Conviene tener muy presente que los efectos de las leyes no son todos directos; á veces los indirectos tienen á la larga mayor importancia. Voluntades no muy rectas, conciencias dormidas, inteligencias obtusas, sensibilidades embotadas, actividades poco enérgicas, nece-

sitan la iniciativa y admiten la influencia del mandato legal, que es como la determinación y la consagración de lo que sintieron y comprendieron á medias. Hay más: aunque la ley se aplique solamente á un caso concreto, la opinión pública la va haciendo extensiva á los análogos, se va penetrando de principios de humanidad, de justicia, y comprendiendo que el obrero no debe ser considerado como una bestia que se carga y se arrea hasta que cae. En el teatro, todo el mundo se pone de parte del que tiene razón; en el mundo, si se han desvanecido los errores y no hay intereses que extravíen, sucede lo mismo. Los cargadores de los Docks de Londres, cuando se negaron á trabajar si no se mejoraban las condiciones del trabajo, no estaban asociados, no tenían cajas de resistencia, ni medios de vivir muchos días sin jornal: eran de lo más desvalido entre los desvalidos; y, no obstante, sostuvieron la huelga, y sacaron ventajas de ella. ¿Por qué? Porque la conciencia pública simpatizó con ellos: en muchas tiendas les daban alimentos al fiado ó regalados; recibieron donativos en dinero, y personas y personajes influyentes se pusieron de su parte. La opinión influye en los hechos y en las leyes; las leyes y los hechos influyen en la opinión, y el precepto legal que protege al obrero, saneando su trabajo y haciéndole menos peligroso, contribuye á que se le aprecie más, á que no se le mire como *carne de máquina*.

Esta influencia indirecta de las leyes á veces es, no sólo moral, sino también material; determina, y determina en breve plazo, cambios en la esfera económica. Una de las causas de que los jornales hayan bajado, ó no hayan subido en la proporción de la carestía de los mantenimientos y de las viviendas, es el trabajo de los niños: prohibido éste hasta cierta edad, y reglamentado des-

pués, la medida redundará en beneficio de los padres

No hay, pues, que confundir las cosas imposibles con las hacederas; no hay que barajar los errores y las verdades para condenarlas con ellos; no hay que suponer que porque no es posible correr, no se puede andar; no hay que desdeñar ninguna ventaja, por pequeña que parezca, ni ante toda pretensión justa que no agrada á los que perjudica en sus intereses ó contraría en sus ideas, clamar: «¡Socialismo! ¡Comunismo!» Los que esto hacen, no ven el peligro de su exageración; porque si confunden los *sociabilistas* con los socialistas, van á parecer tantos, que por su multitud se crean omnipotentes, y amedrenten á sus contrarios. Lo imposible no se hará; pero ¡cuántos dolores, cuántas lágrimas, cuánta sangre puede costar el intentarlo!



¿Cómo tratar de la cuestión social, sin recordar la universal manifestación de Mayo, sin congratularse de que haya sido tan grande y tan pacífica, y de que en España no haya costado una gota de sangre?

Es también motivo de consuelo ver que en este movimiento se ha prescindido de revolución y liquidación social, y de transformaciones portentosas é instantáneas, y de dogmatismos y de metafísicas; que de todo había á veces en los programas y discusiones de la Internacional de trabajadores. Ahora se ha tratado un punto concreto: mejorar las condiciones del trabajo, principalmente respecto al tiempo empleado en trabajar.

Limitándonos á los obreros españoles, quisiéramos darles algunos consejos, que, como hijos de la buena voluntad, si no son atendidos, esperamos que no sean menospreciados.

Primeramente, persistir en la actitud pacífica: los pocos anarquistas que promovieron los alardes de la fuerza pública han hecho mucho daño; el medio más seguro de tener el peor gobierno posible, es la pretensión de no tener ninguno. Es menester que la gente pacífica, honrada, imparcial en el fondo, no *tenga miedo* de los obreros, y vaya comprendiendo y diga que *tienen razón*. Esto se consigue exponiéndola con mesura, con calma, con buenas formas, tan fáciles á los obreros españoles, y bien puede decirse con verdad, tan comunes en ellos. Cada época tiene sus hábitos, sus errores, sus aciertos, sus predilecciones y sus antipatías: hace cincuenta años, el tumulto y los desmanes no eran, ni con mucho, tan generalmente repulsivos como ahora: no es ocasión de analizar las causas; pero el efecto es, que el ruido y el alboroto y el motín previene contra el que le promueve, *tenga ó no tenga* razón el que grita y alborota: este es el hecho. La generalidad de las gentes, se preocupa menos de *lo que* piden los obreros que de *cómo* lo piden.

Una persona amiga de los pobres, pero enemiga de novedades sociales, censuraba las manifestaciones que no *servían para nada*.—Pues es el único modo de evitar los tiros, le dijimos.—¿El único?—Sí, el único.—Entonces....

En este *entonces* había incredulidad, pero á la vez era sanción de todo lo que pudiera evitar los tiros: esta persona representa una clase numerosa, poderosa, sana; los obreros deben atraérsela, y pueden hacerlo sin más que continuar usando buenas formas y rechazar á los que recurran á la violencia. Los que les dicen que se *hagan temer* los engañan, los extravían; sus verdaderos amigos les aconsejarán que se hagan *respetar*.

Respecto á sus exigencias, considerando que las co-

sas cuando *son*, si no razón, tienen *causas* de ser, no deben dejarse fascinar por los que les prometen grandes é instantáneas ventajas si cambia esto ó se varía lo otro. Tratándose de horas de trabajo, si no pueden rebajarlas á ocho (que en muchos casos no podrán, no *se* podrá), que sean nueve, nueve y media, y hasta la rebaja de un cuarto de hora aceptaríamos en su lugar; tal es nuestra persuasión de que una ventaja, por pequeña que sea, prepara otras.

Si está mal desdeñar pequeñas ventajas, está peor intentar imposibles: toda huelga que no tiene fundamentos razonables, es un golpe en vago, un fracaso, con el inevitable descrédito que los fracasos llevan consigo, y un perjuicio muy grave, sobre todo para los huelguistas.

Antes de declararse en huelga, los obreros deben distinguir:

- 1.º Si la industria en que trabajan tiene que sostener competencia con el extranjero.
- 2.º Si la competencia es nacional.
- 3.º Si es solamente local.
- 4.º Si cualquiera que sea la industria, deja ganancia bastante para pagar más el trabajo, que á esto equivale disminuirle sin reducirle el jornal.

Sobre este último punto, conviene tener noticias exactas, conforme con la realidad, y que no sean eco de errores ó declamaciones. Hay llamadas industrias, que no lo son verdaderamente, como dejamos dicho, sino negocios, y no limpios, que proporcionan ganancias verdaderamente escandalosas; pero las industrias verdaderas no suelen ser tan productivas, y muchas dejan beneficios tan módicos, que el aumento de jornal ó la disminución de horas de trabajo los arruinaría. Los obreros deben, pues, investigar hasta dónde es hacedero lo que piden,

:

porque de pedir lo imposible resultará daño para todos, para ellos principalmente.

Cuando la competencia es nacional, es más fácil estudiarla y saber si, á pesar de ella, la industria puede sostenerse reduciendo las horas de trabajo.

Si la competencia es local, el problema se simplifica mucho.

Hay casos en que es evidente la posibilidad de reducir las horas de trabajo, como, por ejemplo, para los que sirven en ciertos establecimientos públicos, como peluquerías, tiendas, etc., que pueden cerrarse los domingos, siquiera al mediodía, sin perjuicio de nadie, porque no es preciso que á todas horas de todos los días del año, y muy entrada la noche, pueda todo el mundo cortarse el pelo, y comprar abanicos y puntillas, etc., etc.; á este lujo egoísta de comodidad para el público, y á otros parecidos, se sacrifican miles de trabajadores, verdaderos esclavos, cuya salud se altera, y cuya vida se entristece y se abrevia por falta de aire, de reposo y de libertad. En estos casos, y otros análogos, la huelga procede, y si está bien preparada, dará resultado.

Los que trabajan en la prensa periódica son también víctimas del egoísmo de los empresarios, combinado con el del público, siendo de notar que los trabajadores no lo son solamente de trabajo material, sino intelectual, y que la competencia que tienen que sostener no es extranjera, ni nacional, sino local solamente. Para ellos no hay horas ni días; trabajan de noche, trabajan los días festivos, con excepción de tres ó cuatro al año. Los periódicos que pueden llamarse locales, que salen en poblaciones de poca importancia, y apenas circulan fuera de ellas, suelen no publicarse los días festivos; pero los de gran circulación no dejan á los trabajadores tregua ni descanso. Aquí pro-

cedía la huelga también; y aun transigiendo con el hábito y el egoísmo, dar los domingos una hoja con los telegramas y alguna noticia que pudiera interesar más.

En estos casos y otros análogos, la redención de verdaderos esclavos del trabajo podría realizarse sin contradecir ninguna ley económica, ni lastimar interés legítimo.

La reducción de horas de trabajo (cuando es excesivo) no reduce en proporción su efecto útil, y hasta lo contrario se ha probado alguna vez. En España, donde el obrero está tan mal alimentado, que en general come *para vivir*, no *para trabajar*, menos que en ninguna parte aumenta el trabajo en razón del tiempo que el operario está trabajando. Las últimas horas del día y los últimos días de la semana, el hombre cuyas fuerzas están agotadas mueve la herramienta, se fatiga mucho, pero trabaja poco. Si en vez de observar horas ó días, se observan años, se verá que el trabajo excesivo, abrumando á los hombres, debilita las generaciones y degrada las razas. Insistimos en que el *exceso* de trabajo no es una cosa absoluta, sino que, en gran parte, está en relación con el alimento; muchos obreros españoles trabajan *demasiado* porque no comen *bastante*.

Otra circunstancia que debe tenerse en cuenta es el trabajo inútil, empleado con el fin (que no se consigue las más veces) de embellecer los productos, ó de llamar la atención, que tampoco se llama, al menos de la manera exclusiva de que pudiera resultar alguna ventaja. ¡Qué de respuntes inútiles en una prenda de ropa barata, y de cintas y de cromos en las cajas de almidón, y para envolver telas que valen muy poco, etc., etc.! Sería un estudio utilísimo el de estas inutilidades, al frente de las cuales podrían figurar dignamente *les jolies surprises*

de los paquetes de tapioca : al abrirlos sale un insecto de plomo, un alfiler que la cocinera desdeña, ó alguna otra baratija, que si hay niños, la recogen las primeras veces, y después ya no la quieren. Estos detalles parecerán menudencias insignificantes á los grandes teóricos, á los grandes dogmáticos; pero es lo cierto que la suma de trabajo inútil no es cosa para desdeñada, y que cuando se empiece á no desdeñar al obrero, como ahora se procura á toda costa disminuir gastos, también se procurará economizar trabajo, y que esas baraturas fabulosas de cosas innecesarias, que suele pagar caras el que las proporciona, no se realizarán á expensas del trabajador.

Aunque el movimiento de Mayo no ha sido materialmente inútil, porque algunas ventajas materiales ha producido ya para los obreros de ciertas localidades, su grande importancia está en su espontaneidad, que parece efecto á la vez de resorte interno y de sacudimiento eléctrico; algo que todos sienten *en sí*, y que todos ven *fuera de sí*, ó como ahora se dice, subjetivo y objetivo. ¿Puede desconocerse que esto es hondo y extenso? Parece que no; pero aun así, ó porque es así, y para el bien de todos, urge que los obreros se asocien.

Las antiguas agrupaciones que oprimían y protegían, cayeron por lo que tenían de opresoras, y el obrero se ha encontrado solo, aislado, cuando más necesitaba la fuerza que da la unión, para no ser moral, y casi materialmente, triturado por las poderosas máquinas, los omnipotentes capitales y las desenfrenadas compañías. El aislamiento es la esclavitud; hay que asociarse, suprimiendo la tiranía del gremio, pero conservando la protección. Esto no es quimérico; en otras partes se ha hecho y se está haciendo, y el mejor ejemplo son las asociaciones de obreros en Inglaterra. Una vez asociados y dis-

ciplinados, pueden extender su acción más allá de las horas de trabajo y de los céntimos de jornal, y llegar á que con el tiempo caiga ó se modifique todo lo que en su daño y contra justicia prevalece. Es necesario que las fuerzas *instantáneas* se hagan *continuas*; que los obreros, en vez de *reunirse*, se *asocien*, no para *asustar* un día, sino para *influir* los trescientos sesenta y cinco del año.

CONCEPCIÓN ARENAL.

MEMORIA

RELATIVA Á LA ESCULTURA



I. El arte y la ciencia. — Oriente y Grecia. — Pericles. — Fidias y Praxíteles. — Decadencia del arte escultórico en Grecia. — II. Roma. — Influencia del cristianismo en la Escultura. — Nicolás de Pisa. — III. Renacimiento y Jacobo de la Quercia. — Ghiberti, Leonardo de Vinci y Miguel Angel. — Donatello y sus obras principales. — Verrochio. — Benvenuto Cellini, su Perseo y paralelo con Miguel Angel. — Juan de Bolonia. — Bernini. — Canova. — Thorwaldsen. — Tenerani y Berruguete. — Juan Montañés y Alonso Cano. — Conclusión.

I.

EL arte y la ciencia han seguido en todas las edades el mismo camino en sus peregrinaciones por el universo; ambos pasaron de la naturaleza ó mundo exterior, llamado Oriente, al hombre de Grecia, y del hombre á Dios, al iniciarse la era cristiana.



En los primeros tiempos del Oriente, el arte es monótono y extraño; acumula grandes masas de piedra, produce caprichosas esfinges, curiosas representaciones en los muros, y sonidos que carecen de armonías.

El arte clásico griego y romano, sucede al oriental y simbólico. La transformación ha sido grande, debién-

dose, á no dudarlo, á que la Grecia es libre, porque convirtió la idea de la libertad en verdadera religión. En Oriente domina la casta ; en Grecia el hombre. Allí el paria, á quien no se reconoce derecho ni sobre la piedra donde reclina su cabeza al sentirse rendido por el trabajo, mal alimentado y peor vestido, con las espaldas heridas por el látigo de sus señores, ha levantado esos gigantes monumentos, amasados con las lágrimas de sus ojos, el sudor de su frente y la sangre de sus venas ; en Grecia, el artista, ser privilegiado de la sociedad, hombre altivo por su propia gloria, crea obras ideales, magníficas y perfectas, concepciones que son eternas composiciones, y creaciones que perduran con los siglos y patentizan el sentimiento estético del pueblo más inspirado de la tierra. Para estudiar su arte, inútil sería dirigirse á Esparta ; es menester fijarse en Atenas, porque en ella alcanza la idea artística su edad de oro, y todo el apogeo de su eterno valimiento.



Atenas llegaba á establecer su hegemonía, coronada con los laureles conquistados en los campos de Maratón y con los triunfos conseguidos en el golfo de Salamina. Apareció entonces el diseño comenzado por la arquitectura bajo la valiosa protección del gran Pericles, el cariñoso amigo de Fidias.

Desde luego manifiéstase este arte, tan matemático en el todo como en las partes, así en el interior del templo como en sus pórticos, y de igual manera en sus columnas y capiteles, al presentar en la piedra el ideal armónico á que los helenos aspiraban. La columna cilíndrica fué el distintivo y máspreciado elemento de la ar-

quitectura clásica, cuya aparente sencillez y rica variedad se desarrollaba en tres estilos ó formas principales : el dórico, el jónico y el corintio.—El estilo dórico se halla más cerca del arte oriental ; el jónico representa en cierto modo aquella emancipación del espíritu humano que es la virtualidad del pueblo griego ; el corintio es el uso del derecho armónico conciliado con las costumbres. Los tres estilos se relacionan con cada una de las fases de la civilización griega. Los habitantes de las colonias asiáticas, según refiere el gran Vitrubio, erigieron un templo á Júpiter Peonio, y, no sabiendo los maestros de la fábrica la proporción que habían de dar á las columnas, aplicaron á éstas las formas del cuerpo del hombre. Los jonios del Asia proyectaron también edificar un templo, tal vez el de Éfeso, é imitaron en su elevación las esbeltas proporciones de la mujer, produciendo de este modo el estilo jónico. El escultor Calímaco inventó en el siglo v (antes de Jesucristo) el estilo corintio. Aunque dejara de prestarse fe á estas afirmaciones, corrientes en la Historia, sería siempre evidente que semejantes hipótesis dan exacta idea de la severidad, esbeltez y elegancia de los tres estilos de aquella gran arquitectura ; pero puede tenerse como averiguado, y recibido por doctrina indiscutible, que la escultura fué el arte cultivado con más perfección por los griegos.—Cuando Pericles llenaba de suntuosos edificios arquitectónicos la Grecia, recibía vivificador aliento el inanimado material escultórico, merced al prodigioso cincel de Fidias, á quien un insigne repúblico encargaba las principales obras de estatuaria. En las estatuas del celebrado artista late la vida, como en misteriosa encarnación ; bajo la materia palpita un pecho, y en la inerte cabeza se vislumbra una poderosa inteligencia. La estatua de marfil y oro representando á Jupi-

ter en Olimpia, causó tal impresión en el ánimo de los griegos, que se creían felices los que lograban contemplarla, y desdichados si hubieran muerto no habiendo gozado de su vista. De las demás obras de Fidias, bastará citar la Minerva que se colocó en el gran templo de Palas, ó Parthenon; por ella se consideró á su autor como el primer artista de Grecia y el escultor más ilustre de todos los tiempos. Obra suya se cree también la Venus de Milo, encontrada en la isla de este nombre el año 1820, y actualmente depositada en el museo del Louvre.

Á los discípulos de tan preclaro maestro, que llenaron de estatuas las plazas y los templos de las ciudades griegas, oscureció Praxíteles, quien, como Fidias, se dedicó especialmente á esculpir estatuas de dioses, entre las cuales sobresalen sus Venus de Cos y Gnido. La Venus de Médicis, encontrada en Tívoli en 1680, y que al presente adorna el museo de Florencia, se atribuye á Cleömenes, pero en ella se ha creído ver una reproducción de la Venus de Gnido. Más admirada era esta última; pues, según dice Plinio, de todos los confines de la tierra se iba á Gnido para contemplar la diosa.

Las dos estatuas de la cortesana Frinea eran perfectas por la elegancia de las formas, la gracia del movimiento y la esbeltez del modelo.

Los discípulos de Praxíteles no se separaron de la escuela que creara artista tan distinguido, cifrándose la diferencia entre su estilo y el del ilustre autor de la Minerva, en que, si bien ambos manifiestan la belleza y el genio de la inspiración en todas sus obras, en el primero se revela con serena majestad, mientras que se caracteriza en el segundo por el sentimiento de cierta sensualidad voluptuosa. Á este estilo pertenece el Apolo de Belvedere,

cuyo autor no ha podido revelar la historia, pero que es una de las producciones más bellas del arte antiguo.



Se cierra el preferente ciclo de la escultura en Atenas á la muerte de Praxíteles y de su contemporáneo Scopas; época desde la cual comenzó la decadencia, según lo atestigua el famoso grupo de Laocoonte encontrado en Roma el año 1512; obra menos creída auténtica que copia de igual grupo descrito y celebrado por los escritores antiguos.

La escultura llegó á adquirir en Grecia gran desarrollo, y, merced al dibujo escultórico, pudo la pintura, que es el arte por excelencia del dibujo y del color, hacer grandes progresos en el pueblo helénico.

Las artes y el pueblo griego, con la especie de cautiverio originado por la dominación romana, reciben duro golpe en Atenas, desapareciendo la espontaneidad, la belleza, el ideal, y la gracia encarnada en sus obras de arte. Al morir el pueblo griego, deja de sus grandiosos templos ruinas solamente; de las estatuas de los dioses y de los héroes, fragmentos; la pintura borrada de los muros, sólo permitirá adivinar su antigua grandeza en labores de mosaicos, en barros, en cueros y en iluminaciones de manuscritos.

II.

Hereda Roma, con el mando del universo conocido, la perfección de las artes plásticas. Son caracteres generales de su arquitectura la magnificencia y suntuosidad, la tendencia á la combinación científicamente pensada de

los materiales, la precisión matemática de las formas, la minuciosidad de los detalles y la profusión de los adornos.

Distinguen el arte de la escultura en Roma condiciones de carácter y sentimiento histórico, con referencia á la expresión de la fuerza, de la energía y de la virilidad.

Bastaría recordar la estatua de Nerón, fundida por Zenodoro; los bajo-relieves de la columna erigida en la ciudad eterna para perpetuar los triunfos del emperador Trajano sobre los Dacios, y las estatuas de Antinóo, si pudiera dudarse por un momento del predominio de estas cualidades en la escultura romana. Verdad es que no persisten sin grande alteración hasta el siglo II de Jesucristo, época en que se desvirtúan poco á poco, hasta ser reemplazadas por el oropel y fausto asiáticos, cuando no por la aridez y la pobreza.

Al comenzar las invasiones de los bárbaros, el cristianismo fué áncora de salvación del género humano, produciendo más tarde una revolución inmensa en todos los ramos del saber. El arte, reflejo fiel de la sociedad, así como había manifestado en otros tiempos las alegrías y glorias del paganismo, se señaló luego como revelador de las esperanzas á que la sociedad decadente fiaba su salvación.

El arte necesitaba una fuente más pura, un amor ideal que le inspirase, y no aquel sentido torpe, grosero y sensualista. Las nuevas ideas, alimentándose de amor y fe, elevaron las bellas artes á los puros goces del alma. Aparece entonces en la arquitectura el estilo bizantino, no sin manifestar desde su origen hasta el siglo XII distintos grados de desarrollo é importantes alteraciones.

No menos importante alteración de la arquitectura, aunque más tardía en sus apreciables efectos, fué la ex-

perimentada por la escultura al recibir la influencia del ideal cristiano. Desde el principio de la Edad Media hasta dos siglos después de la época milenaria, la escultura cristiana tiene pocos cultivadores, porque en un principio el conocimiento y práctica de esta bella arte está vinculado en maestros acostumbrados á las formas canónicas del paganismo, y se ve á los primeros estatuarios fieles, aterrados por la persecución de los bandos iconoclastas.

Como objetos notables se conservan en Roma, pertenecientes al siglo v, una estatua del Príncipe de los Apóstoles, y un San Hipólito en el Museo de Letrán, con algunas estatuitas del Buen Pastor y varios sarcófagos. Durante el siglo vii se cultivó la escultura en Rávena, y sobre todo en Bizancio, aunque desde el siglo vii no produce el arte bizantino obras de mérito, á excepción de algunas estatuas de piedra, madera, marfil y metales preciosos, que se contemplan en las iglesias de aquella edad, y que adolecen, por lo común, de aridez en la ejecución y amaneramiento de escuela.

* * *

Abre un nuevo camino Nicolás de Pisa, verdadero genio de artista, que intenta dar á la piedra el movimiento de las formas griegas, aunque alentando su inspiración cristiana, duda, vacila, é impone á todo lo que sale de su mano un carácter forzado é indeciso. Juan y Andrés de Pisa continuaron la gloriosa carrera de su antecesor, y echaron al suelo la semilla cuyo fruto habia de recoger Lorenzo Ghiberti.

España conserva, pertenecientes al siglo x, una estatua pequeña de la Virgen, que se supone fué propiedad de Fernán-González, conde de Castilla, y el crucifijo lla-

mado del Cid; y una Virgen de la primera mitad del siglo XIII, que perteneció á San Fernando. Otras esculturas de piedra tenidas por obras del siglo XIII, que se hallan en diferentes iglesias, como también las que se encuentran en las puertas de los templos, y las figuras de algunos sepulcros, no pueden competir con las que vemos en los propios edificios correspondientes á los siglos XIV, XV y posteriores.

III.

De la Edad Media pasamos á la moderna. Hasta antes de esta época, la escultura completaba la arquitectura, madre de todas las artes, y cincelaba las fachadas de las catedrales.

Cuando la arquitectura dejó de ser el arte total, y las demás artes se emanciparon de la tiranía arquitectónica, la escultura tuvo á Miguel Ángel y á Rafael.

Consideraría la escultura moderna como el primero de sus maestros á Jacobo de la Quercia, si no le hubiera aventajado Lorenzo Ghiberti; quien en el concurso abierto para construir las puertas de bronce del Bautisterio, ó San Juan de Florencia, venció á Quercia, como también á Nicolás de Arezzo, á Francisco de Vandabrina y á Simón de Colle, renunciando á contienda tan honrosa Brunelleschi y Donatello, en vista de la indecisión y perplejidad del jurado. Un siglo después, Miguel Ángel, contemplando esta puerta, que se halla en la fachada oriental, la llamó puerta del paraíso.

* * *

Ghiberti emancipó la escultura de la arquitectura tomando por modelo á los griegos y admitiendo el princi-

pio de buscar en la naturaleza la verdad del arte. Cuando al declinar el siglo xv comenzaron los estudios de anatomía, dejando de ser una profanación el analizar en los cadáveres la constitución del cuerpo humano, apareció la figura extraordinaria de Leonardo de Vinci. Matemático, físico, sabio anatómico, arquitecto, escultor, pintor, músico y poeta; ingenio que lo mismo manejaba el compás que el cincel, ó los pinceles y la lira que la pluma, Leonardo de Vinci, que hizo una revolución completa en las bellas artes, y logró que el realismo sustituyera al misticismo, según aparece en término concreto, y, pudiera decirse, absoluto, en el gran Miguel Ángel. Éste tenía por vocación la escultura, y era el cincel su instrumento favorito. Bajo la protección de Lorenzo de Médicis vivía contento en Florencia, honrado con la amistad de todos los hombres ilustres de su tiempo, y cosechando abundante acopio de laureles. Á la muerte de aquel Príncipe generoso, como su hijo Pedro fuese antipático al pueblo, fué arrojado del trono ducal. Perdido así el apoyo del poder, Miguel Ángel se refugió en Roma, donde permaneció desde el año 1496 á 1501, en ocasión en que Alejandro VI ocupaba el solio pontificio.— Volvió luego á Florencia, donde tranquilamente vivía en 1506, cuando lo llamó Julio II para encargarle la obra magnífica de su mausoleo, y entonces ejecutó la soberbia estatua de Moisés, que, como la imagen de la Virgen que actualmente se halla en el histórico palacio florentino de los Médicis, serán siempre las primeras entre las obras de escultura. Miguel Ángel, como escultor, es único en la historia del arte. Vive en ella para que la humanidad le contemple admirada, no para que nadie le imite ni le siga en su camino. Es tan peligroso imitarle, que precisamente el entusiasmo producido por sus obras fué causa de que se extraviasen

muchos ingenios al sustituir lo vigoroso de su invención por el alarde de conocimientos anatómicos y exagerar las actitudes, de tal suerte, que en los últimos años del siglo xvi sus mismos discípulos fueron los primeros en imprimir á la escultura su movimiento de decadencia.

* * *

Donato, hijo de Nicolás de Bardi, llamado por sus compañeros Donatello, y con este nombre conocido en la Historia, nació en Florencia el año 1303; fué escultor maravilloso y estimado arquitecto. Estudió el arte clásico, viniendo á Roma en compañía de Brunelleschi. Consagrado al profundo estudio del arte clásico, supo demostrar por medio de sus obras que puede dominarse y cultivarse una escuela, sin que el artista pierda los caracteres propios de su individualidad; circunstancia que en su caso resalta en mayor escala, atendidas las exigencias de la época en que vivía. Ghiberti, Orcagna y los demás artistas imitaron servilmente la escuela clásica, pero Donatello dejó en sus obras la inspiración de su escuela; por eso en ellas encuéntrase el estilo clásico hermanado con la inspiración realista, y ambas superadas por el sentimiento cristiano.

La Magdalena de bronce del Bautisterio de Florencia, las dos esculturas representando á San Juan Bautista, una de bronce conservada en el Dervino de Siena, y otra de madera en el templo dei Frari de Venecia, han sido ejecutadas con el mayor realismo; y si el severo juicio de la crítica clásica encuentra en ellas defectos, forzoso es reconocer que, al separarse algo de la absoluta belleza griega, el autor les supo imprimir un carácter místico profundamente sentido. Y es que los tiempos

habían cambiado para aceptar en absoluto implantes antiguos. Débese considerar que las divinidades griegas, inspiradas en el más puro materialismo, reclamaban para la representación de sus dioses formas propias del hombre que vive en la vida terrenal, y el artista sujetaba forzosamente su pensamiento á las exigencias de su época. También los triunfos de la política, los combates, los grandes acontecimientos ó hechos individuales, así lo heroico como lo bello, merecían los honores de la inmortalidad en el pueblo helénico, encontrando en las artes los medios de representarlos; por eso sus obras pueden inspirar, pero jamás ser copiadas por el arte cristiano; pues al inspirarse aquéllas en el materialismo propio de la creencia griega, se aleja de las espirituales concepciones del cristianismo.

* * *

Donatello fué el primer escultor que rindió culto á una divinidad espiritual, en la que no se admira la belleza purísima de la forma, sino la idea reveladora de la nueva doctrina. La escultura griega rara vez puede reflejar el pensamiento cristiano; porque la esperanza, la fe, la caridad, la plegaria, el éxtasis y la piedad, no se encuentran en la escultura clásica; por eso Donatello, con valor jamás bastante aplaudido, al prescindir de la gracia en la forma de sus obras, sella en sus esculturas con la huella del dolor y la mortificación de la carne, los atributos de las imágenes cristianas. Así lo atestiguan el San Jorge que adorna la iglesia Orsammichele en Florencia y el David en bronce del Baroello. Allí están el soldado cristiano y un niño héroe de un poema maravilloso. Son espléndidas estatuas, no tanto por la forma como

por el movimiento y ambiente espiritual que completan la manifestación de la idea. En todas las esculturas de Donatello, distribuidas entre las principales ciudades de la Italia, se reflejan aquellas propiedades. La Judit dedicada á su amigo y protector Cosme de Médicis, es realista en su ejecución; pero se admira en ella la idea de la sencillez peculiar de Donatello, creando una mujer más inspirada que hermosa; su cuerpo de Holofernes moribundo posee una tranquilidad plástica, no alcanzada por otras esculturas de su género.

* * *

Andrés Verrochio, que intentó imitar á Donatello, convierte en dureza lo que en éste era una fácil sencillez. Y ya que de Verrochio me ocupo, fuerza es rendir un tributo de admiración al autor de la admirable estatua de Bartolomé Colleoni, una de las mejores producciones del Renacimiento, cuya obra recuerda siempre la estatua ecuestre de Gattamilata, ejecutada por su maestro; ambas esculturas se asemejan por la riqueza de los detalles, la valentía del estilo y la audacia de la ejecución, pareciendo estar inspiradas por un mismo genio veneciano, alimentado al calor de la escuela florentina.

* * *

Bajo los pórticos «dei Lanzi», al lado de la Judit de Donatello, en Florencia, se halla una estatua que representa el triunfo y el esplendor del genio; es el Perseo de Benvenuto Cellini, el cual, á pesar de los severos juicios de los críticos modernos, es la más alta representación de lo bello, concebido y realizado por el extraño ingenio de Cellini. Por él, la historia del Renacimiento puede condensarse en dos biografías que forman como síntesis :

:

Miguel Ángel Buonarroti y Benvenuto Cellini; ambos, sintiendo y pensando de distinta manera, alimentaron tendencias diversas, pero concurrieron al mismo fin. El primero imprimió al arte su propia y poderosa personalidad; el segundo grabó en sus obras la luz y las sombras de su siglo. Cellini, elevándose á la mayor altura de la actividad humana, se aleja de todos los placeres, y no siente de la belleza más que el grosero instinto animal. Profundos pensamientos filosóficos, ideas de muerte y de juicio, y rudos combates del alma, en cambio, preocuparon á Miguel Ángel. Cellini es el hombre del momento, el reflejo de aquella Italia tan hermosa como corrompida. Miguel Ángel utiliza el arte para concebir elevados pensamientos que conmueven el alma, mientras Cellini pone al servicio del sensualismo todo el ardor de su impetuosa naturaleza; pero Miguel Ángel llega por fin al apogeo de su genio, en la época feliz del Renacimiento. Merecida sanción que el mundo debía dar á su talento.

*
* *

Juan de Bolonia, dedicado exclusivamente á la escultura mitológica, y connaturalizándose con el sentimiento clásico, ejecuta el «Mercurio», la «Venus» y el «Neptuno» de la fuente de Bolonia. Estudia más tarde la arquitectura, y consagrándose después á la literatura antigua, su fantasía imprime á sus obras cierta belleza especial, elegida indistintamente entre la Mitología pagana y la idea cristiana, pero vivificada siempre por su propia originalidad, peculiar de los verdaderos espíritus creadores.

*
* *

Aparece después en el mundo del arte la fecunda y precoz naturaleza de Bernini, que á los ocho años de edad

esculpía en mármol una cabeza de muchacho, conservada actualmente en la iglesia de Santa Práxedes en Roma.

Fué protegido por el Papa Pablo V, y dirigida su educación artística por el cardenal Barberini. La estatua de «David», el grupo de «Philemon y Baucis», otro de «Apolo» y los sepulcros de Alejandro VII y de Urbano VIII, colocados en la basílica de San Pedro, son obras que patentizarán en todas las edades la justa reputación de Bernini. Artista de espíritu activo y de imaginación fecunda, caía frecuentemente en el amaneramiento, y se dejaba guiar por el capricho, pretendiendo exceder los límites del arte, con su mal entendida originalidad.

*
* *

Con Canova se abre una nueva era para la estatuaria. Después de este artista, que procura hermanar las ideas antiguas con los principios modernos, la belleza de Grecia y Roma con el espiritualismo cristiano, aparece Thorwaldsen, á quien se llamaba, por su espíritu imitativo, el sucesor de los griegos.

Siguióle el célebre Tenerani, quien, al romper con la antigüedad greco-romana, demostró que el arte escultórico reúne suficientes, y aun sobrados elementos para hallar fuera del paganismo inspiración, entusiasmo y vida. Después del vigoroso impulso del Renacimiento hacia el año 1520, alienta la España artística Alonso de Beruguete, escultor notabilísimo, cuyas obras se caracterizan, tanto por su excelente dibujo cuanto por la valentía en las actitudes, aunque algunas veces estas últimas resulten exageradas.

*
* *

Á mediados del siglo xvii florecen en Sevilla y Granada dos artistas de extraordinario genio : Juan Martínez Montañés y Alonso Cano.—Ambos son escultores, y algunos de sus discípulos, entre ellos Pedro Roldán, han hecho muchas y primorosas obras, que elevan á notable altura el arte escultórico español de aquella época.

*
* *

Recorrido en esta ligera síntesis el largo camino de las bellas artes, réstame decir algo acerca de los ideales del presente. Nos hallamos, sin duda alguna, en un período de transición : vivimos en una época crítica para el arte. Unos miran el pasado con ferviente amor, sin querer romper los antiguos moldes, mientras otros pretenden prescindir de la antigüedad y hacer una radical reforma en todas las artes. Las ideas de los primeros aparecen absolutas, y las tendencias de los segundos vagas é inciertas.

En los modestos sentimientos que me animan, hallo el pasado lleno de encanto y de hermosura ; pero siento que vivo en la época presente ; tengo fe en los adelantos de las artes, y confío que cada día se dará un paso adelante ; que nuevas formas sustituirán y reemplazarán á las antiguas ; que paulatinamente nuevas manifestaciones del genio iluminarán á los espíritus defensores, tanto de lo pasado como de lo por venir, así á los espiritualistas como á los positivistas, y que unos y otros no pondrán al genio mayor número de limitaciones que las impuestas á la naturaleza humana por la creadora voluntad del Omnipotente.

AGUSTÍN QUEROL.

VERSIFICACIÓN POR PIES MÉTRICOS

II.

LOS ENSAYOS MODERNOS.

XII.

SIN duda nunca será igualmente fácil el versificar con cada uno de estos tres pies. Siempre ofrecerá dificultad considerable la metrificación con el pie dactílico

' - -

al paso que será relativamente fácil la versificación con el anapéstico

- - '

Y la razón es muy sencilla.

La lengua española tiene para este pie (*el anapéstico*) copiosos recursos, mientras que para aquél (*el dactílico*) cuenta sólo con un menguado caudal de voces.

Los versos dactílicos han de empezar con una sílaba fuertemente acentuada; y, por tanto, no puede echarse mano de los artículos ni de las preposiciones, pues carecen de acento. El español es pobrísimo en esdrújulos

trisílabos, y las frases sin artículos no abundan. Por el contrario, nada más hacedero para los anapésticos que el empezar por las partículas, ó utilizar el bien surtido arsenal de voces propias para presentar poderosamente acentuada la tercera de las tres primeras sílabas de cada verso anapéstico.

El pie anfibráquico

- ' -

también cuenta con relativa abundancia de recursos: no tantos como el anapéstico, pero muchos más que el dactílico.

De cualquier modo, la métrica por pies no será nunca accesible más que á los próceres de la versificación; porque para ella no son propias las palabras de muchas sílabas, y el caudal de voces disponible se reduce, por tanto, en gran manera.

XIII.

Cuando se versifica por pies métricos, ES FORZOSO marcar el ritmo desde el principio mismo de cada verso: y, SI ASÍ NO SE HACE, la metrificación no resulta. Por eso el ensayo del endecasílabo de Moratín no le resultó á Iriarte en su fábula *La criada y la escoba*:

Cierta criada la casa barria
 Con una escoba muy puerca y muy vieja:
 «Reniego yo de la escoba (decía);
 Por su basura y pedazos que deja
 Por donde pasa,
 Aún más ensucia que limpia la casa».

Estos versos no aparecen francamente dactílicos, y, por tanto, carecen del atractivo de la cadencia rítmica;

pero (*dejando á un lado el fondo del asunto*), habrían satisfecho á las exigencias de toda métrica por pies, si la primera sílaba de cada verso hubiese aparecido vigorosamente acentuada.

Límpia criada tan sólo tenía
 Sórdida escoba de palmas muy vieja :
 «VÁlgame Dios por la escoba (decía);
 TÁnta basura y pedazos me deja
 DÓNde se pasa,
 QUE ÁUN más ensucia que limpia la casa».

Y ciertamente ni aun así resultaría bien el último verso, por quedar en él todavía acentos obstruccionistas. Para que ese verso sonara bien, sería preciso pronunciar:

cáunmasen súciaque.

Y eso es demasiado exigir del más bondadoso recitador.

Antes de seguir, conviene notar que en estos pies trisílabos perturban poco, y por lo regular apenas perturban, los acentos obstruccionistas, que son los inmediatamente contiguos á la sílaba acentuada de cada pie; ¡notable diferencia respecto de los obstruccionistas de la versificación común, donde son intolerables! Sólo se relajan las comunes exigencias métricas versificando por pies : y únicamente se ofende el oído cuando, además del acento constituyente, hay en el pie algún otro de gran importancia relativa, como en el desdichado esdrújulo

cáunmasen.

Mas, no teniéndola, el oído no rechaza los acentos supernumerarios. Por ejemplo : en la composición *El Triunfo* de MARTÍNEZ DE LA ROSA, el primer pie del verso

- - ' - - ' - - ' - -

«TUYA SOY», pronunciaron sus labios,

no está completamente ajustado á la teoría, porque la voz

tuya

tiene acento en tú.—Pero como tal acento no resulta prominente, el oído pasa por él y lo tolera.

En una palabra : los acentos que ofuscan á los constituyentes de pie son obstruccionistas ; los que no, son tolerables.

David, yá en tu casa
Judá vió en sus montes,

YÁ y VIÓ son pasables por no ofuscar á los constituyentes anfibráquicos VÍD y VIÓ.

* * *

Pero volvamos al punto interesante.

Es tan necesario requisito el marcar los pies claramente al principio de cada verso, dactílico ó anfibráquico, que quien falte á tal condición puede estar seguro del desagrado del oyente ; y esto tanto más cuanto mejor resulten marcados los pies en estrofas anteriores.

Por eso desagradan los versos 4.º y 8.º que siguen, de Espronceda ; porque no es posible cargar en ellos el acento sobre las sílabas marcadas con los tildes acen-
tuales :

Del hondo del pécho profundo gemido,
Crujido del vaso que estálla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oído,
Peró que punzante rasgá el corazón ;
Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesár,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del *que encubre* el alma *ponzónoso* mar.

Es ilícito decir

peróque
 rasgá'lco
 delquécubre
 ponzóñoso.

Otro requisito de la metrificación por pies es la abolición de los hiatos en los hemistiquios (por ejemplo de los dodecasílabos de RENGIFO). Por eso no son buenos los versos 2.º, 4.º y 8.º siguientes, de D. ALBERTO LISTA :

Bendice mil veces , bendice , alma mía ,
 En himno sonoro | al Dios de Israel ,
 Que manso y clemente visita su pueblo ,
 Y fuerte quebranta | el yugo crüel.
 David , ya en tu casa , cual padre amoroso ,
 El cetro temido fijó del poder :
 Judá vió en sus montes , tras largo infortunio ,
 Salud y ventura | al pueblo nacer.

Los hiatos

sonoro | al
 quebranta | el
 ventura | al

son desagradabilísimos, por exigir que casi se pronuncien

sonoro jal
 quebranta jel
 ventura jal,

omitiendo las sinalefas que se harían en la recitación corriente :

sonor ' al
 quebranta ' l
 ventura ' l.

Compárese (métricamente por supuesto, y prescindiendo del sentido), compárese lo que escribió el gran

Maestro, con la placidez rítmica que resultaría si hubiese dicho :

En himnos sonoros al Dios de Isráel,
Y fuertes quebrantan el yugo crüel
Salud y ventura del pueblo nacer.

Por último, debe evitarse hasta la posibilidad de hiatos y sinalefas entre el final de cada verso y el inicio del siguiente:

¡Nueva dificultad de esta nueva metrificaci6n!

En resumen: son requisitos de la métrica por pies trisílabos:

1.º Marcar fuertemente el compás rítmico al principio de cada verso;

2.º Evitar los hiatos donde en la conversaci6n no se cometerían;

3.º Evitar las sinalefas que pudiera naturalmente haber entre la final de un verso y el principio del siguiente, ó bien en los hemistiquios de un verso.

XIV.

Si difícil será siempre la metrificaci6n dactílica, más difícil resultaría todavía la versificaci6n por pies *puros* de dos sílabas; es decir, por

coreos, ' -

y por

yambos, - '

La lengua española carece de suficiente número de monosílabos y de voces bisílabas adecuadas.

Maury dejó alguna muestra de coreos:

' - ' - ' - ' -
' - ' - ' - ' -

Blándamente en módo lídio

Viérte al pécho séd de halágo,

y Espronceda tiene también algunos yambos (por supuesto, más fáciles de construir que los coreos):

- ' - ' .
 - ' - '
 - ' - ' .
 - ' - '

sin péna vivámos
 en cálma feliz:
 gozár es mi estrella,
 cantar y rëir.

El verso endecasílabo ha resultado á algunos versificadores enteramente yámbico, á mi entender sólo por caprichos del azar; pues tengo para mí que ninguno de los autores se propuso hacerlos expresamente así.

- ' - ' - ' - ' .
 Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio.
 Que impéle, vuélto en niéve, el ciérzo frío.
 Mirándo júntos tántos vérsos májos.
 Así cantó el placér de tierra y ciélo.
 Los bósques lléna el áve gráta á Pálas.
 Mi bién, mi amór, mi tódo, ¡quién pudiéra
 De dónde niéves lánza el Bóreas frío
 Y tiémbla en élla el éje ardiénte d'óro.

Estos yámbicos endecasílabos suenan muy pesados. No tienen gracia ni soltura. ¡Qué monótonos! Rara vez aparece alguno con suficiente diferencia en los acentos para que los constituyentes resulten poderosos y preponderantes.

¿ Adónde están? ¿ Adónde el blanco pécho?
 ¿ No existe y vivo yó? ¿ No existe aquélla

Y es que en español no hay materiales á propósito para esta fabricación. Cada lengua tiene los suyos, y á

ellos ha de ajustar su versificación. El latín no habría podido hacer versos con acentos en la última sílaba, por carecer de la inmensidad de vocablos que nosotros poseemos, como

amar	temer	partir
verdad	verjel	pensil
corazón	amor	virtud.



Pero ¡cosa rara! el español, lengua tan pobre en monosílabos, y en la cual parece que no cabe versificación ninguna por pies disílabos, puede, sin embargo, ostentar esta metrificación, y con una abundancia y copiosidad mucho mayor que la de los pies trisílabos.

Y ¿cómo? Mediante un simple artificio, de tan sorprendente originalidad, que no puede menos de admirar cuando se piensa seriamente en él; artificio tan *sui generis* que á ningún otro puede compararse.

Este artificio consiste en suponer mentalmente la existencia del pie que hubiera de aparecer contiguo á un pie franca y decididamente expreso.

Es decir, que el sistema consiste en marcar vigorosamente un pie sí y otro nó. ¡Ritmo *sui generis* compuesto de un elemento perceptible por el oído y de otro puramente mental!

Y ¡cuántos recursos inagotables tiene en tan ingeniosa concepción nuestra riquísima en polisílabos, majestuosa lengua española!

XV.

YAMBOS.—El yambo es un pie disílabo compuesto de
 inacentuada y
 acentuada

' -

Los versos constituídos por yambos son los heptasílabos de la nueva métrica, los cuales se distinguen de los de la versificación corriente en que han de tener fuertemente acentuadas

2.^a y 6.^a.

La cuarta se supone *virtualmente* acentuada; y si por casualidad aparece con acento, el verso entonces resulta yámbico puro.

Al final de verso puede haber dos sílabas más inacentuadas si el verso termina por esdrújulo; así:

- ' . .

ó bien una sola inacentuada si concluye por voz llana.

- ' .

Respecto de obstruccionistas vale lo dicho anteriormente.

Véase el siguiente esquema de la octavilla que sigue:

- ' .	- ' .	- ' .
- ' .	- ' .	- ' .
- ' .	- ' .	- ' .
- ' .	supuesto	- ' .
- ' .	supuesto	- ' .
- ' .	- ' .	- ' .
- ' .	- ' .	- ' .
- ' .	- ' .	- ' .

La nóche está seréna,
respónde alégre Elísa ;
dormída está la brísa
brindándo á pasëár.

Reclínate en la aréna,
¡ oh , amor del pecho mío ! ;
la bárca nó desvíó
del dulce y cáro hogár.

Véase el esquema siguiente :

- /	- /	- / . .
- /	supuesto	- / .
- /	supuesto	- / . .
- /	supuesto	- /
- /	supuesto	- / . .
- /	- /	- / .
- /	- /	- / . .
- /	supuesto	- /

Fulgúra el sól : los cálices
abiértos de las flóres
despiértan á los ósculos
del áura matinál ;

En ráfagas sus átomos
difúnden mil olores ,
y vida espárce pródiga
la lúz primaverál.

El alejandrino por pies disílabos se compone de dos conjuntos heptasílabos, en cuyo hemistiquio ha de hacerse pausa menor que al fin de cada verso, y donde no ha de haber hiato. El alejandrino, *por esta diferencia entre las pausas métricas*, es un verdadero verso, y no un agregado de dos heptasílabos, al fin de los cuales habría que hacer pausas de duración igual.

Yo cártas diáriamenténte picántes recibía
De máscara que lóco me púso el Carnavál ;

Y en éllas ¡ siémpre en búrlas ! mi incógnita decía
Sentir por mí una fiébre « volcánica , infernal » (¹).

¿Quién era aquel demonio que así me mareaba
Con bromas incitantes y estilo asaz cortés (²),
Que á veces de mis cosas más íntimas me hablaba,
Mostrándome, en el fondo, romántico interés (³)?

Dí pasos por *pescarla*, que públicos se hicieron,
Y anzuelos de cien clases burlona me envió ;
Y al ver ella que nada de sí mis pasos dieron,
Holán para enjugarme las lágrimas mandó.

¿Quién era aquella esfinge que tanto me escribía?
¿Tal vez joven y hermosa? ¿Quizá una senectud?
Lo cierto es que , si acaso faltaba carta un día ,
Causábame la falta delirios de inquietud.

Yo gusto algunas veces de entrar en las tabernas,
Por ver algo de un mundo que allí se ve no más ;
Por eso entré en EL TRUENO , la prez de las modernas
En cuartos reservados , con timbres y con gas.

Había allí gran bulla : toreros y manolas ;
Y tísicos gomosos ; y gente muy soez.... ;
Y entró con alta dama , por verse más á solas ,
Adusto magistrado , fanal de rigidez.

Había cuartos mudos , y cuartos de cantares,
Y cuartos de estentórea brutal conversación ;
Y acaso no saliera de torpes lupanares
Cual déllos tanta inmunda beoda interjección.

(1) El esquema es como sigue :

- /	- /	- / .	- /	supuesto	- /
- /	supuesto	- / .	- /	supuesto	- /
- /	- /	- / .	- /	supuesto	- /
- /	- /	- / .	- /	supuesto	- /

(2) El esquema de este verso es :

- /	supuesto	- / .	- /	- /	- /
(3)	- /	supuesto	- / .	- /	supuesto

«¿Tú dices de tu ama? Pues ¿y yo de la mía?
 ¿Caprichos cual los suyos se ven ni se verán?
 ¿Qué piensas que me hizo buscarla el otro día?....
 ¡Anzuelos, hombre!!! —¿Anzuelos? Y ¿á qué?— No sé su plan.

»Los cortos, ¡una riña! Los grandes, ¡un regaño!
 ¡Si estaba como loca!.... Yo, al fin, algo saqué :
 Por verlos se acababa de echar fuera del baño....
 Y ¡qué hombros, caballeros! ¡qué brazos! ¡pues y el pie!»

Así gritando estaba de Cécily el cochero,
 Soez de su señora pintando la beldad:
 Molerle quise á palos por bestia y por grosero;
 Mas.... luz fué en mis tinieblas su vil locuacidad.

Busqué, pues, de mi esfinge feliz fotografía;
 Anzuelo de brillantes al pecho le clavé;
 Até con mi cadena su imagen á la mía,
 Y á Cécily ¡en buen hora! mi símbolo envié.

Tras olas de inquietudes, al fin, afortunado,
 Dejé al corcel sin freno correr de mi pasión;
 Que aquella tarde misma vi á Cécily en EL PRADO,
 Al cuello mi cadena, mi anzuelo al corazón.



COREOS.—El coreo es un pie disílabo compuesto de

acentuada é
 inacentuada

El verso principalmente constituido por coreos es el octosílabo por pies disílabos, distinto del usual en que ha de tener fuertemente acentuadas

3.^a y 7.^a.

En la mayor parte de los casos se suponen existentes los pies

1.^o y 3.^o.

El esquema de este octosílabo completo es como sigue:

' - ' - ' - ' -

y sus variantes pueden ser:

supuesto ' - ' - ' -
 ' - ' - supuesto ' -
 supuesto ' - supuesto ' -

Por de contado, los pies finales pueden constar de una sílaba más siendo esdrújulos,

' - .

ó de una menos si la voz terminal del verso está acentuada en la última sílaba.

He aquí el esquema de la primera octavilla de la parábola siguiente :

' -	' -	supuesto	' -
' -	' -	supuesto	' -
' -	' -	supuesto	' -
' -	' -	supuesto	'
supuesto	' -	supuesto	' -
supuesto	' -	supuesto	' -
supuesto	' -	supuesto	' -
supuesto	' -	supuesto	'

«Véngan, véngan los doctores
 Más famosos de mi império :
 Véngan, véngan el misterio
 De éste mal á descifrar.»
 Y viniéron los doctóres
 Y á la enferma examináron ;
 Mas remedio no encontráron
 Á su rara enfermedad.

Hóy la enferma ocúpa el tróno (1) ;
 Pues nacida en póbre cúna,
 Por su gracia, cual ninguna,
 Fascinó al Emperador.

(1) Coreo puro :

' - ' - ' - ' -

Y áun que lógra cuánto intenta (1),
De fastidio desfalléce....
Náda gústa ni apetéce....
Náda pláce á su ambición.

Y preguntan los doctóres :

—¿Qué sentís?

—Fastidio, tédio (1).

Aplicádme algún remedio....

—No los háy contra ese mal.

—Pues buscádllos. ¡Próntaménte!....

....Los doctóres no hállan náda,
Y la enferma rúge airáda
Y los mánda degollar.

Ni áun el crimen espantóso
Mitigár púdo el fastidio....
Ni emoción tanto homicidio
Cáusa á la álta Emperatríz.
Y.... se muére.... ; porque en náda
Hálla gózo.... y languidéce....
Y consúnta desfalléce....
Y de tédio muére al fin.

Y viniéron más doctóres
De gran ciéncia á embalsamárla,
Que era hermósa, y conservárla
Quiso el álto Emperadór.
Y se vió la cáusa entónce
De su tédio y su fieréza,
Pues tenía en la cabéza
Colocádo el corazón.

La cadencia de los versos por yambos y coreos es tan perceptible y tan agradable, que casi pueden prescindir de la magia de la rima los versos hechos con estos encantados pies disílabos, expresos ó tácitos.

(1) Véase la cita anterior.

Ejemplo de yambos :

Así, cuando yo lanzo mi vista á lo futuro
 Y miro cada día nacer con más calor
 El sol de las idëas de paz y de progreso,
 Más cerca me figuro la muerte del Error.

La savia vificante de sólidas creaciones
 Ha entrado en el torrente del círculo social;
 Y son los evangelios de idëas redentoras
 Los que han de dar al mundo la paz universal.

Temblad, no del martillo brutal é iconoclasta
 Que esgrime la Miseria furiosa en el motín;
 Temblad del triturante tornillo de lo Nuevo,
 Que avanza en las conciencias sin término ni fin.

Ejemplo de coreos :

Paca es reina de la Moda;
 Ódia y ama, canta y ríe,
 Tiene celos y es mujer.
 La duquesa juega en Bolsa,
 Suma y reza, y es estatua
 Del amor por interés.

Con impulsos de ternura,
 De justicia con anhelos,
 Suele Paca palpitar.
 Y en Lucila, la duquesa,
 Siempre vive desvelado
 Del dinero el negro afán.

Paca da cenas al vicio
 Entre aromas sensüales,
 De la infamia sin temor.
 Y Lucila da banquetes
 Sin escándalos al agio
 Y al negocio y la traición.

Paca libre á nadie engaña:
 De Lucila huyó el marido;

Paca da y hace reir;
 Como abismo atrae Lucila:
¿Cuál, don Cándido, en conciencia,
 De las dos es la más vil?

XVI.

Otra fuente de variedad.

De la versificación usual y corriente puede pasarse con facilidad suma á la metrificación por pies, y de ésta á aquélla.

¿Cómo?

Del modo más sencillo. Supongamos que está escribiendo en uno de los metros comunes, y que para dar á un asunto mayor majestad ó más ligereza, ó por otro cualquier motivo, quiera cambiarse inmediata é insensiblemente de metro. Pues no habrá que hacer más sino disponer los acentos potestativos en el verso común de modo que formen el pie métrico al cual quiera pasarse, y en seguida continuar en el mencionado pie.

Y *viceversa* cuando de los versos por pies haya de pasarse á la versificación vulgar ó de acentos potestativos.

La veleta, acto primero:
 El teatro representa,
 Ante una selva opulenta
 Y á la falda de un otero,
 Una preciosa iglesita
 De jardines circundada;
 Y LA ERMITA
 Es la iglesita llamada
 Por los del pueblo frontero,
 Y su cura EL ERMITAÑO;
 Porque antaño,
 Conforme á la tradición,

Hubo una ermita famosa ,
Centro de gran devoción ,
En aquel mismo paraje ,
Y allí en su marcha piadosa
Hallaban los peregrinos
Asistencia y hospedaje.

Al alzarse la cortina
Se oyen los alegres trinos
De los pájaros cantores ,
Saludando
Los albores
Matutinos ;
Y salen luego bajando
La colina ,
Vivarachas
Y gritando
Con acentos argentinos
Dos docenas de muchachas ,
De los rostros más divinos ,
Elegantes ,
De formas gentiles ,
Los cabellos al aire flotantes ,
Ni una sola sobrada de abriles ,
Todas ellas escasas de amantes ;
Al jardín de la ermita cercana
Se van dirigiendo con tal frenesí ,
Porque piensan aquella mañana
Causar un estrago de flores allí.

Sólo un joven de hermosa figura
Con todas bromëa ,
Y es cómplice y causa de tanta locura ;
Y en echarles piropos se emplëa ,
Rompiendo en el acto
Firmísimo pacto
Que juró la noche antes ,
De no decir curserías ,
Cual hacen todos los días
Los Tenorios degollantes.

Que oigamos la misa:
 ¿No oís la campana?
 Venid: para todo de sobra hay mañana.

XVII.

Baste ya.

Entrar en más pormenores sería impropio de este escrito, cuyos dos objetos principales quedan suficientemente cumplidos: manifestar, *por una parte*, lo infundado de la pretensión que, con el mejor fin, han abrigado literatos insignes de ensanchar los límites de la métrica española acudiendo á *largas* y á *breves* no existentes en castellano con el carácter *temporal* en razón

: : 2 : 1

de las griegas y latinas; y, *por otra parte*, dejar demostrado, *con la virtud de los ejemplos*, la posibilidad de dilatar inmensamente los dominios de la versificación, acudiendo á elementos rítmicos, *trisílabos* y *disílabos*, en cada uno de los cuales el acento ocupe una posición predeterminada respecto de las sílabas sin acentuar que entren en la correspondiente combinación.

* * *

Y ahora dos consideraciones para concluir.

Primera consideración.

Los que desde el siglo pasado vienen sucesivamente sosteniendo que la forma poética, es decir, el ritmo, está llamada á desaparecer, olvidan que el PROGRESO no significa aniquilación, sino acúmulo: que el fusil no ha hecho desaparecer á la honda, ni la hélice al remo, ni los modernos alimentos al antiquísimo pan. *Armas* hubo en lo

antiguo y *armas* hay ahora : las de entonces y las de la moderna civilización. *Barcos* en épocas remotísimas y *barcos* en la actualidad ; con remos hoy , como en aquellas centurias , y además con hélices , y con ruedas , y con motores eléctricos , y con todos los portentos de la moderna invención. *Pan* como en los períodos más lejanos de la historia , y *pan* también ahora , higienizado con el ácido carbónico , amasado mecánicamente sin contacto de las manos del obrero y cocido en hornos científicamente contruidos para que en la masa no queden encerrados gases deletéreos.

El RITMO es condición de nuestra vida ; y , por eso , del ritmo derivan nuestros más sentidos goces. Pedir que no haya ritmo es solicitar que no lata el corazón , que no haya compás en la marcha del hombre sano , que no exista isocronismo en el péndulo , que no aparezca ordenada la periodicidad de los giros de los astros ; que la náusea y el vértigo sean nuestro estado habitual. RITMO había en lo antiguo y RITMO hay en lo moderno , y RITMO habrá mientras el hombre viva en el planeta.

Por desgracia , personas *de valer* suelen no ser sensibles al ritmo. El número de individuos que no distinguen de colores es de tres ó cuatro por ciento ; pero el de los daltonianos de la oreja debe ser muy considerable. Pueden hasta tener talento , pero carecer de esa sensibilidad especialísima que hace adorable la cadencia. Sí ; muchos no sienten el ritmo , por más que sostengan ser fanáticos de la música. Se creen dotados de organismo muy sensible , pero inocentemente se denuncian en cuanto recitan aun las más comunes y corrientes quartetas populares , cuyos versos dejan cojos ó mancos con una buena fe que espanta , ó cuando tararean sin compás , esto es , sin misericordia , los aires callejeros de las zarzuelas , democrati-

zados por esos tormentos modernos que se llaman orga-
nillos. ¿Para qué sirven los versos? dicen los que no los
sienten. ¿Para qué sirve el aroma de las flores? preguntan
los que carecen de olfato. Pero ¿no les llama la atención
el que á tantos guste la poesía? ¿No debieran preguntarse
modestamente : es que hay *plus ultra* á mi sensibilidad?

Segunda y última consideración :

Y ¿no hace también reflexionar á los que juzgan próxi-
ma la desaparición de la forma poética el hecho incues-
tionable de que jamás se han compuesto tantos versos
como ahora? Solamente el *Ávuela pluma*, la *Miscelánea
política* y la *gacetilla* de los periódicos, así como las
Revistas de literatura, dan más versos en un año que en
un siglo produjeron todos los poetas existentes desde Fe-
lipe V á Carlos IV. Y estando tan en puerta el momento
en que ha de aparecer el Ángel Exterminador de todas
las métricas habidas y por haber, nadie se da punto de
reposo en acumular tarea, con la mala intención sin duda
de dar mucho que hacer al Ángel percuciente.

Y ¡cosa rara! Precisamente en las postrimerías de la
versificación es cuando se nos descuelgan Moratín, Mar-
tínez de la Rosa, Lista, Maury, Fernández Shaw, Torres
Reina y muchos más, con la evangelización de una mé-
trica enteramente nueva.

¡RITMO! Prepárate á morir.

E. BENOT.

CARTAS AL SR. D. JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS.



IV.

Mi muy respetado señor: Había concluido yo de escribir mi tercera carta, cuando vinieron á mis manos la que ha dirigido á V. el Sr. D. Rafael M. Merchán (1), y parte de un artículo de mi amigo el joven D. Vicente Pallares Peñafiel, publicado en el número 11 de la *Revista Ecuatoriana*. El ilustre literato y crítico cubano y mi inteligente compatriota han coincidido conmigo en la manera de apreciar las doctas *Cartas* con que V. se ha servido honrarme, y han hallado los mismos errores, involuntarios por supuesto, que era preciso no dejar pasar desadvertidos; y si V. no cree que son errores, diré puntos históricos que Merchán, Pallares Peñafiel y yo vemos y juzgamos de diverso modo que V.... ¡Cosa peregrina! Aun hay algunos pensamientos muy parecidos en todos tres, y hemos consultado los mismos autores, cual si hubiésemos conferenciado antes sobre la historia de los indios, la conquista y las *Cartas* de V.

Estuve á punto de romper las mías como ya innecesaria-

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de Abril y Mayo.

rias; pero me detuvo la consideración de que puede haber en ellas tal cual rasguito no tocado por los Sres. Pallares y Merchán; y además había ofrecido á V. escribirlas.

Sigo, pues, discurrendo.

Si hay más poesía que verdad en el verso de Quintana,

Virgen del mundo, América inocente,

quizá igual reparo merecen estos otros:

Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo y no de España.

He dicho en alguna parte, ó he querido decirlo (no lo recuerdo), que no hay mucha justicia en cargar sobre el *tiempo* la responsabilidad de los hombres. Ahora lo repito, aunque sea á riesgo de plagiarme á mí mismo. Es verdad que muchos vicios y crímenes debemos achacar al estado social de un tiempo lleno de sombras y crudeza; pero las malas pasiones viven por desgracia en todos los tiempos, y ellas son las engendradoras de los hechos que escandalizan y espantan, por su monstruosidad, á las almas que se han elevado á la verdadera civilización. Y si no, ¿cómo nos explicamos que los franceses, por ejemplo, hayan hecho á fines del civilizado siglo XVIII cosas iguales ó peores que los antiguos galos? Dícese que éstos, después de haber derrotado á Cepión, arrojaron á un río á todos los prisioneros juntos con los caballos tomados al enemigo; ¿qué diferencia hay entre este hecho bárbaro y los *matrimorios republicanos* de Carrier? Si hay diferencia, está en favor de los galos de ahora dos mil años, que no tuvieron filósofos que los educaran é instruyeran, en tanto que los galos modernos cometían esas atrocidades, después de haberse nutrido de las lecciones de sus

grandes maestros Rousseau y los enciclopedistas. La historia de Italia, Alemania, Inglaterra, etc.,—V. lo sabe mejor que yo,—presenta casos harto suficientes para probar que los hombres cometen injusticias y crueldades, sean cuales fueren los tiempos. Los españoles no han podido ser una excepción de esta como ley que pesa sobre la humanidad para moderar su orgullo. Una vida de ocho siglos de guerra contra los moros cubriólos de gloria, hizolos poderosos, mas contribuyó á conservar en ellos la crudeza y violencia del carácter vándalo y visigodo, á pesar del cristianismo por ellos abrazado con tanta fe y decisión. La América no pudo haber esperado de los españoles mejor tratamiento que el que le habían dado á los Países-Bajos é Italia. Corazones encallecidos en estas guerras y aceros teñidos aún en sangre flamenca y romana, vinieron al Nuevo Mundo á continuar la serie de bárbaras crueldades allá cometidas. Transcurrieron tres centurias; cambiaron los tiempos, no los hombres: la guerra de la independencia vino á probarlo. ¡Qué *españoles* los de esta guerra, Sr. Valera! ¡Cómo demostramos á maravilla que en pleno siglo xix podíamos presentarnos dignos de los conquistadores del siglo xvi! Los españoles de acá teníamos razón de pelear por cambiar de régimen independizándonos; los españoles de allá tenían razón de pelear por mantener la integridad de su grande imperio; pero ¿había razón para ser tan crueles? No: la razón de tanta crueldad estaba sólo en nuestro carácter, sangre y tradiciones de raza. Siempre somos los mismos: después que ensangrentamos el suelo Sudamericano en el primer cuarto de este siglo, Vds. se han degollado bárbaramente en las guerras carlistas, y nosotros en nuestras revueltas diarias. Á Vds., aunque desaparezca la bandera carlista, no les faltarán motivos para

matarse ; nosotros, quién sabe cuándo nos veamos libres del prurito de hacer revoluciones que nos arruinan y deshonran.

Respecto del Ecuador, esta patria mía adorada, sin tomar agua bendita, puedo decir que es también patria de indios desdichadísimos en gran parte, para los cuales los beneficios de la emancipación van siendo asaz tardíos. Ya no existen las mitas, los obrajes, tributos y repartimientos, con tan negros colores pintados por D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa en sus *Noticias Secretas*; mas no por eso dejan de sufrir pesado yugo de parte de muchos hacendados y de muchas autoridades, dignos del tiempo en que el rey encomendó á aquellos sabios peninsulares el examen del estado social y político de las colonias americanas. En mis escritos, en las legislaturas á que he concurrido, en los empleos que he desempeñado, he sido defensor constante de los indios, contra las preocupaciones y los abusos de la gente de mi raza ; pero los abusos y las preocupaciones han sido más poderosos que todos mis razonamientos y mis esfuerzos. Tuvo razón Montalvo cuando dijo que podría escribir un libro que haría llorar á todo el mundo ; pero no cuando echó toda la culpa á los españoles que nos dejaron al indio «humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y de la suerte»; porque si ellos nos lo dejaron así, «hecho y derecho», nosotros participamos de esa terrible culpa conservándolo como nos lo dejaron. Es verdad que algo ha mejorado en algunos puntos la suerte de los indios ; pero ese algo, muy pequeño en comparación del cúmulo de sus desgracias, no puede satisfacer á quienes, como yo, quisieran verlos levantados en el orden moral y social, y gozando las libertades y garantías que dan á todos la constitución y leyes de la República.

Ya ve V. hasta dónde va mi franqueza, Sr. Valera; hasta rayo en durillo. Pero, ¿qué quiere V.?, es mía su máxima, acogida también por el Sr. Merchán: «La verdad ante todo, por amarga que sea». ¡Ah, si supiera V. qué coscorriones y azotainas he sufrido por adorador de la verdad! ¡Y qué incorregible he sido y soy en esta materia!

«No he de callar, por más que con el dedo
Ya tocando la boca, ó ya la frente,
Silencio avises, ó amenaces miedo.

.....

»En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.

»Pues sepa quien lo niega y quien lo duda
Que es lengua la verdad de Dios severo,
Y la lengua de Dios nunca fué muda.»

Quisiera ser yo autor de estos versos, ó que D. Francisco de Quevedo los hubiese escrito por mí.

Excusa V. los desafueros y barbaridades de los conquistadores españoles con los que otros han cometido en iguales circunstancias; pero el pecado ajeno ¿puede minorar la gravedad del propio? Concretemos el punto de comparación, y vengan los conquistadores ingleses. Mi sentir acerca de ellos, y sin duda también el de V., son iguales al de toda persona amante de la justicia y la moral y que conoce la historia de la India desde que los hijos de Albión asentaron en ella su pesada planta. La política egoísta ó insidiosa de estos conquistadores los llevó hasta la tiranía, que es tanto más cruel y repugnante, cuanto más calculada. Dupleix, lord Clive, Warren Hastings y otros llevan sobre sí terribles cargos de inhumanidad. Hastings, sobre todo, no merece absolución. No por esto se ha de negar que los pueblos asiáticos conquistados por

los ingleses, como otros que conservan su autonomía, se hallaban como los americanos (y aún se hallan muchos) necesitados de que la civilización europea los regenerase. Pero la civilización que va precedida por el interés mercantil y metida entre fardos no es muy fecunda. El elemento religioso entre los católicos hace prodigios llevado á la conquista; entre los protestantes es nulo, porque sus sacerdotes hacen también de la misión un negocio: ganar dinero es para ellos cosa igual, si no superior, á ganar y salvar almas. El misionero católico lleva en una mano la cruz y en otra el breviario; el protestante lleva su biblia y su libro de caja. El misionero católico reza, el protestante calcula.

La ambición y la codicia han sido siempre los móviles de los conquistadores á mano armada, y los crímenes y atrocidades que han cometido no dejan de serlo porque sean comunes á los ingleses y franceses, españoles y portugueses; ni hay circunstancias que puedan atenuar tampoco los ejecutados por la gente que rabia ó gime so el yugo extranjero. Horrible fué el hecho de nuestros indios de Logroño que abrían la boca á los españoles y les echaban oro derretido, para que saciasen la sed que de él tenían, como fué horrible el hecho de los soldados de Surajah-Dowlah que encerraron á los prisioneros ingleses en un reducido aposento para que muriesen sofocados por el infernal calor de un verano de Bengala. Conque, condenemos, pues, lo malo donde quiera que se encuentre, y si aplaudimos las partes buenas de la conquista española en América, no nos empeñemos en quitar á nuestros abuelos el sambenito que merecieron por sus malas acciones. No sé quién inventó aquello de: «Con razón ó sin ella, acá de los nuestros»; mas quienquiera haya sido, á fe que no entendía de moralidad.

Respecto de la destrucción de la cultura moral y material de los indios, y hasta de los monumentos que habrían servido para estudios históricos y científicos hoy en día, el Sr. Merchán, con más talento y erudición que yo, ha dicho lo necesario. Añadiré solamente dos cosas, ya que V. recuerda la cita que hice de «el auto de fe que de muchos manuscritos ó pinturas simbólicas hizo el arzobispo D. Juan de Zumárraga», y ya que el literato cubano trae á cuento un hecho igual del obispo Landa. Apenas terciado el siglo anterior, esto es, cosa de doscientos años después de los Ilmos. Zumárraga y Landa, vino á México el caballero Boturini Benaduci, y después de largos años de fatigosas indagaciones, logró coleccionar gran número de documentos, así indígenas como españoles, de los días de la conquista. He leído el catálogo de esos documentos en el libro de Boturini *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, y aunque juzgo que Prescott tuvo razón cuando creía que el autor no tenía el despejo y la discreción necesarios para aprovechar su riquísimo museo de antigüedades mexicanas, creo también que es lamentable la pérdida de éstas. Pero ¿por qué se perdieron? El infeliz Boturini quiso hacer uso de una facultad pontificia coronando solemnemente la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; la Bula no había obtenido el pase del Consejo de Indias, y esto bastó para que el piadoso italiano fuese preso y su tesoro de documentos confiscado y puesto en un cuarto húmedo del palacio del Virrey. Las reclamaciones de su dueño, y de sus herederos más tarde, fueron inútiles, y cartas jeroglíficas, calendarios, manuscritos, instrumentos diversos, todo desapareció podrido ó robado algunos años después. «Cuando el barón de Humboldt visitó México, dice Prescott, ya no existía ni la octava parte de este

:

inapreciable tesoro»; y añade: «Si entro en todos estos pormenores relativos al pobre Boturini, es sólo porque no conozco ejemplo más notable de los serios obstáculos y de las persecuciones que toda empresa literaria relativa á las antigüedades nacionales ha sufrido por cualquier causa en la Nueva-España.» Es también digno de notarse que el espíritu religioso español se mostrara dormido en este punto, pues además de que Boturini quería hacer un acto que debió ser muy del gusto de los mexicanos, cual fué la coronación de la Virgen de Guadalupe, entre los documentos confiscados y luego perdidos se hallaban los que había colectado para comprobar la verdad de la milagrosa aparición de Nuestra Señora. Échase de ver en esto con qué severidad ejercía su poder el Consejo de Indias, poder cuya extensión y fuerza se penetra al recorrer las numerosas leyes concernientes á dicho Tribunal en la *Recopilación de Indias*; y también puede notarse la influencia del regalismo en las ideas y sentimientos de la católica sociedad española, desarrollado y crecido cual en ninguno otro siglo en el xviii, en el sentir del Sr. Menéndez y Pelayo. Cuando hablaba el rey ó se hablaba en su nombre, no había sino que guardar silencio, aunque Dios se pusiera delante á reclamar sus derechos. Un caballero piadoso quiso coronar la imagen de la Virgen, Benedicto XIV le dió su consentimiento, el Consejo de Indias, á nombre de Felipe V, le dijo *no quiero*, y los mexicanos no dijeron tenemos lengua, y agacharon la cabeza. Pero es necesario recordar en justicia que Boturini, aunque no se le devolvió su tesoro científico y literario, que no quería cambiar por «todo el oro y la plata y todos los diamantes y perlas del Nuevo Mundo», fué al cabo absuelto y puesto en libertad, se reconoció su mérito, y hasta fué agraciado con un empleo, según

lo refiere el escritor bastoniano á cuyo testimonio he acudido más de una vez. Pasadera fué la reparación ; pero Boturini no aprovechó de ella, porque murió en esos días. Bien pudo haber ordenado á su testamentario que le pusiera como epitafio el final de la fábula : « Al asno muerto.... »

Mas ¡para sólo decir que las autoridades españolas fueron culpables de la pérdida de los documentos de Boturini, me he extendido tanto! Ya dije á V. que no era difícil fuesen mis cartas charla y nada más, y que temía se fastidiase V. con ellas.

La otra cosa que me propuse añadir es la siguiente reflexión : si fueron destruidos ó no se quisieron conservar los objetos materiales, muchos de ellos de grande utilidad práctica como los caminos y acueductos, ¿qué interés pudieron haber tenido los conquistadores en recoger y guardar objetos intelectuales? El oro del alma nada les importaba, y lo único que ansiaban era el oro de los templos, los palacios y las minas. Fácil es, pues, explicar por qué los doctos no nos han conservado « las odas, los dramas, las filosofías y teologías del Perú y del primitivo reino de Quito » ; pero los mismos doctos nos aseguran que todo eso existía, y tenemos que creerles. No se puede negar que los indios alcanzaron alguna ciencia, aunque sea rudimentaria : pruébanlo los calendarios mexicanos y las proporciones geométricas que se observan en las ruinas de sus edificios. En el Cuzco y en Quito había columnas gnomónicas que servían á los *amautas* para sus observaciones astronómicas. Prescott dice : « Los conquistadores españoles derribaron estas columnas juzgándolas idolátricas », y añade con acrimonia : « ¿Cuál de los dos pueblos merece más justamente el nombre de bárbaro? » En cuanto á la literatura, creo que

en el Perú y Quito los *quipus* servían sólo para conservar sus leyes, cuentas y todo lo relativo á la administración pública ; pero los hechos históricos y piezas poéticas se conservaban por medio de la enseñanza oral, fiel y prolija, en cuyo caso era muy fácil que desapareciese todo desde que la conquista hizo cesar esa manera de instrucción. Se ha observado que los indios tienen generalmente muy buena memoria, y es de creer que antes fuese mejor por el ejercicio á que se la obligaba. ¡Quién sabe! Tal vez en cada indio noble y educado á su modo que se moría ó le mataban en los días de la conquista, desaparecía un tomo de poesías, una crónica, un relato interesante cualquiera.

Puede quizá hallarse en muchos casos motivos de disculpa á las injusticias y barbaridades de la conquista, ya se atiende á lo arduo de la empresa, ya á una costumbre salvaje que se creía deber extirpar con una crueldad, ya á la sed de oro, que es de suponer haya sido más violenta en esos días para almas no acostumbradas á las riquezas, etc. ; pero no acierto á disculpar á quienes continuaron oprimiendo y martirizando á los indios cuando estaban ya establecidas las colonias y los aborígenes no podían levantar cabeza ni rehacerse. Bajo este aspecto pesa mayor responsabilidad sobre los colonos que sobre los conquistadores. Nunca serán bastante alabadas las Leyes de Indias. Desde los días mismos en que Hernán Cortés, Pizarro, Jiménez de Quezada, Benalcázar y otros sometían la América á la corona de España, los reyes miraban con ojos paternales y tendían los brazos á los indios para protegerlos. Ninguna nación conquistadora posee monumento más honroso que la Recopilación de Indias, que enaltece tanto al Gobierno español. Éste no sólo cuidaba de la libertad de los indios y de castigar á los

que los esclavizaban, como se echa de ver en la Ley 1.^a, tít. II, lib. VI y otras, sino que daba disposiciones para traerlos á la vida social y moralizarlos, según se ve en la primera y otras leyes del lib. VI, tít. III, y en la 36 y demás del mismo libro, tít. I. La prudencia y bondad reales llegaron hasta á ordenar que se respetase la libertad aun de los indios que se habían sublevado y cometido crímenes contra los españoles. La ley 14, lib. VI, tít. II, á este respecto, es admirable. La ley 21 del mismo libro, tít. III, demuestra que en la corte se conocía muy bien que en las colonias pululaba la mala gente, perniciososa á los naturales, y corrobora mi juicio desfavorable para los aventureros que se venían de España ó se habían ya avecindado en estas tierras. Por esto juzgo conveniente transcribir algunas palabras de la expresada ley. «Prohibimos y defendemos, que en las Reducciones, y Pueblos de Indios puedan vivir, ó vivan, Españoles, Negros, Mulatos, ó Mestizos, porque se ha experimentado, que algunos Españoles que tratan, tragan, viven, y andan entre los Indios, son hombres inquietos, de mal vivir, ladrones, jugadores, viciosos, y gente perdida, y por huir los Indios de ser agraviados, dexan sus Pueblos, y Provincias, y los Negros, Mestizos, y Mulatos, demás de tratarlos mal, se sirven de ellos, enseñan sus malas costumbres, y ociosidad, y también algunos errores, y vicios, que podrán estragar, y pervertir el fruto que deseamos, en orden á su salvación, aumento, y quietud; y mandamos, que sean castigados con graves penas, y no consentidos en los Pueblos», etc. El celo del monarca, á este respecto, llegó hasta á prohibir que los caminantes se detuviesen más de dos días en las poblaciones indias, y los mercaderes más de tres. Hay otra ley (la 13 del tít. XVII, lib. VI) que revela lo antiguo de un abuso que

alcancé á presenciar cuando yo niño, cual era el de obligar por fuerza á las indias á dejar sus hijos tiernos para que se ocupasen en amamantar los de los blancos. Acontecía muchas veces que moría el indiecillo entregado á extrañas manos y destetado antes de tiempo ; mas también no era extraño que la forzada nodriza matase al hijo de su amo. Felipe III había tratado de cortar estos males desde 1609.

Pero ese mismo celo que tales y otras cosas buenas hizo en favor de los indios, obró también á las veces de manera que, si facilitaba la acción del Gobierno ó le traía provecho, dudo que les hubiese sido beneficioso ; tal me parece, por ejemplo, la orden de que ningún indio pudiese cambiar de domicilio.

Tantas leyes benéficas, acompañadas de disposiciones severas contra los que no las cumplían, eran desgraciadamente con frecuencia—casi siempre—letra muerta, y cuando la caridad cristiana no movía los ánimos,—y lo común era que no los movía—autoridades y particulares continuaban tiranizando á los indios, pues no atendían sino á conservar ó aumentar su granjería. Los que dictaron las leyes protectoras estaban allá, y por allá se quedaron, como lo observa V. ; pero, como añade en seguida, los verdugos codiciosos y empedernidos de los indios, con raras excepciones, por aquí se quedaron para cepa de las familias españolas que han cundido en estas nuevas tierras ; y para vergüenza nuestra (¿por qué no confesarlo ?), la herencia de los vicios y defectos de nuestros abuelos no ha desaparecido del todo entre nosotros, y sirve de rémora, no sólo al mejoramiento de la condición de los indígenas, en buena parte sujetos aún á injusto y duro trato, sino también al progreso de los mismos que nos ufanamos de pertenecer á una raza superior.

Hecha la merecida justicia á las prudentes y humanitarias leyes dictadas por el Gobierno español á favor de los indios, debo observar, de acuerdo con mi amigo el Dr. González Suárez en uno de sus escritos, que la política de la madre patria se inspiraba más en el provecho particular de ésta que en el de sus colonias, y si quería que las colonias progresasen, y para ello daba disposiciones adecuadas, era para que refluyese todo en propio beneficio. Del estudio de las mismas Leyes de Indias podía sacarse la prueba de lo dicho; v. gr.: para proteger los intereses de la Península, se puso restricciones al cultivo de la viña, y aunque por fuerza se lo consintió en el Perú, el vino que producía era de introducción vedada en Panamá, Guatemala y otros puntos. Las mismas trabas tenían la fabricación de paños y otras industrias. Hay en Ambato, mi tierra natal, la tradición de un hecho curioso, que demuestra cómo procedían las autoridades españolas en obediencia á las leyes y órdenes de la Metrópoli. Á principios de este siglo, un señor Égüez había plantado en su quinta unos pocos pies de morera: consiguió, no se sabe cómo, algunos huevecillos de gusano de seda; los sometió á la incubación, y logró sacar preciosos capullos. Alentado por el buen éxito del ensayo, pensó en formalizar la industria y darla extensión; pero lo supo D. Bernardo Darquea (español muy honrado y tronco de una estimable familia), á la sazón corregidor de Ambato, y, aunque admiró los capullos y aplaudió la habilidad del Sr. Égüez, le dijo: «Amigo mío, que esto no pase de travesura. V. no tiene ni puede tener permiso de seguir con sus gusanos y sus moreras». Y ahí se quedó el industrial ambateño con su excelente proyecto, y, sin duda, con sus halagüeñas esperanzas.

Aun bajo otros respectos, la Recopilación mencio-

nada tenía leyes nada á propósito para el adelanto de las colonias. Recordaré una, por parecerme muy sustancial. Además de las trabas, comunes á todos los dominios de España, impuestas á la impresión y circulación de libros, se dictó para la América la ley 4.^a, título xxiv, libro 1, que decía: «Porque de llevarse á las Indias libros de romance, que traten de materias profanas y fabulosas historias fingidas se siguen muchos inconvenientes: Mandamos á los Virreyes, Audiencias y Gobernadores, que no los consientan imprimir, vender, tener ni llevar á sus distritos, y provean que ningún español ni indio los lea». ¡Mire V. cómo hasta al famosísimo *Don Quijote de la Mancha* se le cerraban las puertas del Nuevo Mundo!

Es digno de notarse, á mi juicio, que los mismos que hacían buenas leyes para las Indias (suponiendo que todas fuesen buenas), siquiera sea para que en su mayor parte queden de hecho anuladas so el poder de las costumbres y del interés egoísta de los colonos, — anulación en que, por cierto, el legislador no tenía culpa ninguna, — es digno de notarse, repito, que, no solamente no se impidiera que viniese gente mala para acá, sino que nos la enviaran exprofeso, cuando de este modo era natural que se dificultase más y más la consecución de los sanos propósitos del Gobierno. Si mal no recuerdo, los señores Juan y Ulloa se quejaban de este errado proceder en sus *Noticias Secretas*, como asimismo de que muchas veces influyera el valimiento de los cortesanos en la provisión de los empleados de Ultramar en personas indígenas y nada á propósito para trabajar en bien de las colonias. El comerciante quebrado, amigo del conde Fulano; el zapatero del duque Zutano; el marido de la costurera de la Marquesa tal, conseguían buenos acomodos en América, adonde venían con el único objeto de enriquecerse. Ni

sería difícil hallar algún calavera de la nobleza española, de esos que Jovellanos flagelaba en sus sátiras, ocupando la silla de un virreinato. Además de las necesidades que el tiempo trajo á la sociedad americana, los desaciertos mismos del Gobierno de la metrópoli prepararon la emancipación de las colonias.

La legislación española permaneció vigente hasta muchos años después de la independencia en nuestras Repúblicas. Ahora cada una de ellas tiene sus leyes propias. Yo no conozco sino las de mi patria, que generalmente son buenas, y ojalá los ecuatorianos fuéramos menos descontentadizos y amigos de reformar nuestros códigos; no hay Congreso que no los manosee y quite ó ponga algo en ellos, á riesgo de que con justicia se aplique á los innovadores el refrán: «Tanto hizo el diablo á sus hijos, hasta que los dejó tuertos». Fr. Gerundio decía en su *Teatro social*: «La prueba de la corrupción de un pueblo es la abundancia y la complicación de sus códigos y de sus leyes». Parece que los ecuatorianos tenemos empeño en mostrarnos corrompidos, y, á la verdad, las luces que hemos adquirido no nos han hecho perder todavía en el todo la sencillez y pureza de las costumbres, para que se nos pueda aplicar la tétrica reflexión de Chateaubriand, de que las conquistas de la civilización van á una con la decadencia de las costumbres, «cual si la balanza estuviese destinada á hacer imposible la perfección entre los hombres».

Si puedo escribir á V. la quinta carta, he de decirle algo sobre el estado de cultura en que está el Ecuador, y, sobre todo, he de hablarle un poco acerca de nuestra literatura de 1868 para acá.

De V. atento y seguro servidor.

J. LEÓN MERA.

POETAS



EL día en que Larra murió, en la tarde nublada y triste en que se dió sepultura al cuerpo del gran crítico, nacía al borde de su tumba la gloria de Zorrilla. Aquel mozuelo imberbe, de rostro aniñado y de ademanes tímidos, era el gran poeta; el que había de sintetizar en sus estrofas el modo de sentir y creer de su generación; el que había de trasladar las cresterías góticas de nuestras viejas catedrales y los alicatados árabes de las mezquitas de Córdoba y Sevilla á las páginas perfumadas de sus poemas.

Zorrilla ha sido el poeta de la leyenda, y su pluma ha trazado las siluetas más gallardas y hermosas del carácter español. El héroe de las guerras de Flandes, el caudillo de la Reconquista, el descubridor de tierras ignoradas, el mártir de la fe, son las grandes siluetas que ornán las diversas fachadas del alcázar erigido por Zorrilla. Á través de sus ventanas de gótica ojiva vemos desfilar miríadas de figuras: hadas y gnomos, gigantes y endriágos; *Margarita la tornera*, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos puestos en el cielo, y el

Cristo tenebroso de la Vega de Toledo, con su mano derecha extendida sobre el Evangelio; el mago y el astrólogo consultando las combinaciones de las estrellas para deducir de las figuras que trazan el sino de las personas, y destilando en sus retortas, enrojecidas por el fuego del hornillo, el elíxir de la vida; gentiles pajes y engalanadas doncellas enlazadas por la cadena de flores del amor; el cenete muslime cabalgando en el overo de pies ágiles, adornado de cintas de colores que hacen más fantástico su pergenio y más linda su traza, y el monje austero que en solitaria ermita, sin más compañía que una calavera y un crucifijo, endereza al cielo su vida y sus oraciones. El mundo de la historia y el de la leyenda, los conquistadores y los vates, los que pueblan las páginas de la crónica medioeval y los que palpitan en la leyenda saturada de la fascinación de lo maravilloso, hacen de las obras de Zorrilla prodigioso y caótico mundo que vibra y late de continuo.

Devorar en rápida lectura la poesía del viejo ilustre; recorrer los millares de páginas escritas por él en labor fecunda y fácil; asistir á los cambios y las modificaciones de su estro; verle hoy postrado con su lira de oro ante el altar de María Virgen entonando el himno de la pureza, mañana golpeando con su nervioso puño la cubierta de piedra del sepulcro gótico donde yace el caballero de la cruzada; contemplarle en el bosque conversando con los pájaros que le ayudaban, sin duda, á trazar sus idilios; mirarle luego apoyado en los muros de la catedral toledana, fascinado con la lluvia de colores que cae de la ventana ojival y del rosetón calado, como si intentara (y si así no era lo lograba sin intentarlo) apoderarse de aquellos matices impalpables, de aquellas coloraciones mágicas para combinarlas con sus palabras, realizando

el ideal que por imposible tenía Becquer, de que su oda fuese al mismo tiempo

«Suspiros y risas, colores y notas»;

verle conteniendo con Ciuti, admirando á *Don Pedro el Cruel*, dando al noble sentimiento de patria del pueblo godo el más propio lenguaje en el romance enérgico y brioso; visitando el castillo y sorprendiéndole en todo el esplendor de su vida guerrera y venatoria; subiendo al claustro donde la doncellez cristiana se guarda de los peligros sociales y se agrupa en místico ramo de blancas azucenas; descendiendo á los tugurios del vicio y del crimen para pintar con vívida y sangrienta nota de color las escenas de embriaguez en que se mezclan los denuestos y las cuchilladas, y en que al mismo tiempo se derraman el tinto vino de la Rioja y el licor de la vida; ir detrás de él en su voluble carrera, causa tanta sorpresa y tanta admiración, cuanto que es el único poeta, entre todos los que existieron, que al mismo tiempo y con igual dicha cultiva géneros tan diversos.

Suave, tenue y delicado cuando habla de las flores y del amor; enérgico y brutal cuando refiere lances de guerra; entonado y gallardo cuando expresa los sentimientos públicos propios de la Edad Media; místico y elevado cuando de cosas religiosas trata, es en todas y en cada ocasión grandioso y admirable. Su inmensa obra es de las que no parecen compatibles con la brevedad de la vida de un hombre, y menos aún con la diversidad de aptitudes repartidas entre todos ellos. Él creó nuevos géneros, abrió nuevos derroteros; su musa prodigiosa y fecunda, llena todos los cauces, y allí donde se vertió, nacieron ríos rumorosos de poesía. Ningún otro de cuantos en castellano escribieron puede provocarle com-

petencia, y entre los extranjeros, Víctor Hugo y Alfredo Musset pueden llamarle hermano.

Aún no nos le ha arrebatado la muerte; pero la ancianidad ya le ha helado sus sienes, y poco será lo que él cree. Aún surgen de cuando en cuando vívidas llamas del apagado cráter; aún palpita el fuego sagrado en la venerada cima, pero no hay que esperar, porque la naturaleza no lo consiente, nuevas inundaciones de fuego, que iban sembrando por donde corrían, no la lava de la muerte, sino las flores de la primavera.

* * *

De los poetas modernos, de los vates contemporáneos, dos hay de universal renombre: Núñez de Arce y Campoamor. Cada lector, según sus gustos y según sus temperamentos, da la preferencia al uno sobre el otro. Ambos son dignos del aplauso público, pero tan distintos, tan contrarios, tan opuestos, por sus gustos, por sus maneras de inspirarse y por el aliento infundido en sus obras, que no parecen hijos de la misma época, sino que el que leyere sus versos podrá imaginar que uno y otro vivieron en distintas regiones y en edades diferentes.

Núñez de Arce es, según algunos, el cantor de la duda. Los que tal opinan figúranse que el corazón del poeta está atravesado por la saeta del descreimiento, y vacila y tiembla, no decidiéndose por seguir ni las antiguas inspiraciones de la fe ni los modernos rumbos de la desesperación librepensadora.

Sin embargo, no creo yo que Núñez de Arce se inspire en esa duda que, según el filósofo francés, constituye el mal del siglo. Es más bien el poeta de la esperanza; contempla con ánimo los progresos del hombre sobre

la tierra ; entona himnos de alabanza á sus obras maestras ; regocíjase de verle avanzar en la senda del progreso, y en sus poemas se adivina siempre el porvenir conseguido por el trabajo y por el esfuerzo de la inteligencia.

Quien tal piensa y quien tal siente no puede ser el poeta de la duda. Dígase que es un poeta moderno, que es un poeta inspirado en la fatigosa lucha que los hombres en el siglo XIX sostienen contra la naturaleza y contra las antiguas supersticiones, y será el criterio más recto y más acomodado á la verdad.

D. Gaspar Núñez de Arce es un poeta de alta inspiración : la forma le obedece, la rima castellana es sierva suya, por lo cual no cabe duda de que este escritor ha estudiado cuidadosamente los buenos modelos del habla patria, llegando á poseer el secreto de la rima pura y clásica.

Las décimas de Núñez de Arce figurarán entre las mejores de nuestro Parnaso. Esculturales, tersas, sin esas arrugas y dobleces que impone á la versificación la falta del vocablo propio, del ripio impuesto, la pobreza del número y la falta de cadencia, vienen á ser á la manera de preciosos trozos de bajo-relieve en que el cincel, corriendo sobre el mármol, no parece que hirió la dura piedra, sino que, jugando con ella, la hizo blanda por un instante al soplo y al fuego de la inspiración.

Campoamor. ¡Ese sí que es el poeta de la duda! Original en todo, ha creado nuevas formas, ha inventado moldes nuevos, y afanándose por buscar para su pensamiento personalísimo y propio la envoltura adecuada, crea la Dolora y el pequeño poema.

Dispútanle el mérito los críticos de fruncido entrecejo, apelando al testimonio de Boileau y de Luzán, y tratan

de hacerle entrar en las filas prescindiendo de sus novedades, que llaman peligrosas.

Campoamor no aceptará tales imposiciones ; busca lo nuevo, propende á lo nuevo, odia lo viejo, y antes rompería su pluma que domeñarla á las antiguas rutinas de la liturgia métrica.

¿Qué es la dolora? Muchas veces se ha intentado decidir ; el mismo autor ha querido hacerlo ; pero es difícil cosa delinear el límite de un género ó de una entidad literaria tan vaga y abstracta que, por su misma excepción y vaguedad, necesitó de un nombre que lo dijera todo sin decir nada. Es á veces la carcajada sardónica que resulta de la ridiculez humana, y otras una lágrima humilde que sale de las pupilas y rueda por las mejillas. En ocasiones alegre como un idilio, triste y sepulcral como un epitafio en otras ; ya es el ave que canta en la enramada ; ya es el mochuelo tétrico que maya entre la áspera frondosidad del ciprés.

La *dolora* morirá con Campoamor, por lo mismo que se trata de un rasgo personalísimo del poeta. Recorriendo la vida, asistiendo al espectáculo del dolor y de la miseria humanos, Campoamor va anotando en su cartera el grito inarticulado del que sufre, el llanto de la desesperación, los contrastes de la injusticia social, la fugaz y rápida alegría del amor y de la fortuna, y de todo esto deduce una quinta esencia, esa filosofía popular que constituye el alma, el numen de sus *Doloras*.

He dicho antes que Campoamor había creado dos géneros : la *Dolora* y el *Pequeño poema*, y tengo que arrepentirme de mi frase. Uno y otro forman la misma cosa. ¿Qué son los pequeños poemas sino doloras largas? Él es el poeta que vino al mundo con determinada misión literaria, y de los puntos de su pluma no puede fluir otra

tinta que esa, impregnada de tristezas y burlas. La famosa dolora *Escribid una carta al señor cura* es un pequeño poema, y el pequeño poema *El tren expreso* no es sino una dolora de muchos versos.

No ha conseguido Campoamor, á pesar de sus profundos estudios, dominar la rima castellana. Lucha eternamente por ello, y aunque se jacta de despreciar los puritanismos de estilo y la construcción metrica, verdaderamente, allá en el fondo de su alma, se sentirá en ocasiones desesperado porque la brillante idea, el rasgo de inspiración genial, no vayan envueltos con el ropaje castizo.

Es embriagador y penetrante el perfume de las flores con que el poeta hace sus ramos; pero las corolas son pobres, el color poco vistoso, el tallo en que se cimbrean no tiene la esbeltez que debiera. Abandonado el ramo sobre una mesa, no serán los ojos los que os atraigan á él; será el ambiente que exhala, será el delicado olor que de sus pistilos despide, y éste es tan hermoso, que, una vez apreciado, no podréis nunca privaros de su goce.

Es fácil olvidar á otros poetas más gallardos y correctos; es imposible que, una vez leída una poesía de Campoamor, dejéis de recordarla perpetuamente. El género de su inspiración, á la manera como la fina arista del diamante raya el cristal, dejará una raya perenne en vuestra memoria, y no podréis recordar algo que atañe á poesía y literatura sin que el nombre de Campoamor se destaque entre vuestros recuerdos. La ingeniosidad de sus conceptos, la brillantez de sus metáforas, el atrevimiento de sus frases, es extraordinario. En irrespetuoso vuelo va la inspiración de Campoamor de lo divino á lo humano; recorre la gama infinitamente varia de las pasiones; asciende hasta las perfecciones de la santidad, y escu-

driña esos rincones de maldad que hay en el fondo del corazón del mejor hombre. Los pequeños dolores, las lágrimas que no parecen merecer los honores de la poesía, sirven á Campoamor como de indicio para penetrar en el fondo de la conciencia.

Estos rasgos ligeros, estos arabescos del ingenio, son, para el que no sabe observar, juguetes literarios; pero el perspicaz descubre, bajo la superficie risueña y brillante, facetas distintas de los problemas que eternamente preocupan y atormentan al hombre,



Fué su juventud la del combatiente. Lleno el carcax de flechas envenenadas, en cuyos mástiles de oro se advertía la labor sabia del cincel clásico, entró, mozo aún, en el palenque de la política, y armado de su arco disparó sus proyectiles contra los enemigos de la libertad y de la patria. La edad y las canas le han hecho reposado amador de las artes. Y apenas si se acuerda de que cuando era joven fué perseguido, encarcelado y deportado por los gobiernos de Narváez y González Brabo, y que muchos de sus sonetos, y no pocas de sus letrillas, figuraron como cabeza de un proceso, y sirvieron de motivo de trabajo á los esbirros y á los golillas.

Estoy hablando de Manuel del Palacio.

Éste tiene mucho de poeta del siglo de oro. Dotado de genial facilidad, de ingenio mordaz y riente, burla burlando construye una frase que encierra la propiedad mortífera del veneno. Diríase que escribe con ácido prúsico. Pero cuando no le molestan las pasiones personales, cuando no le impulsa el agravio, cuando desaparece el polemista, el hombre de partido de temperamento bilioso

:

é irascible, entonces surge de improviso el poeta de las eternas bellezas.

Nadie entre los poetas vivos es capaz de hacer un soneto tan acabado y primoroso como Manuel del Palacio. Este género de invencibles dificultades, desesperación de los rimadores, sólo es dominado por escaso número de vates. La brevedad de su forma, la disposición de sus versos, las leyes que para su confección tiene dictadas, no la vana y arbitraria retórica de los clásicos, sino la lógica misma, únense para que resulte penosamente dificultoso.

Leyendo los sonetos de Manuel del Palacio, es preciso acordarse de los de Quevedo. ¡Con qué elegante tersura expone ó pinta el cuadro en las dos primeras cuartetas, y luego cómo remata la idea, aplica el comentario, deduce la consecuencia, y coloca la frase final en los tercetos postreros, que vienen á ser á la manera del remate de oro de aquella joya cincelada por un artista maravilloso!

Nunca se ha empeñado ingenio tan agudo y original en una obra de largo aliento; jamás abordó el teatro; cultivó la prosa con dicha, y gustó siempre de desparramar su inspiración en sonetos, letrillas, epigramas, canciones y toda suerte de poesías ligeras y fáciles. No hace muchos meses que publicaba un poemita titulado *El niño de nieve*, cuya gallarda forma le hace figurar sin duda entre lo mejor de lo mejor escrito por los poetas contemporáneos.



Hay otro poeta popularísimo en España. Antonio Fernández Grilo es digno representante de la escuela sevillana. Nacido en Córdoba, recibió sus primeras impresio-

nes en el panorama esplendoroso de sus sierras y en las orillas del Guadalquivir.

Muy joven, ya se había hecho famoso por sus composiciones llenas de delicadeza y sentimiento. Suaves inspiraciones del amor y de la fe, el sentimiento de la naturaleza convertido en culto, la adoración de las bellezas del paisaje llevada á la idolatría, sirvieron de motivo á las primeras composiciones de Grilo.

Hay quien le discute el mérito apelando á razones gramaticales ; pero es sabido que pocos poetas, —iba á decir que ninguno, —resisten la crítica severa del léxico. Parece como que la imaginación, al volar libremente por el cielo de la poesía, prescinde y hasta desprecia las reglas y la disciplina de la gramática. En general, todos los escritores modernos, lo mismo los que cultivan la prosa que los que producen versos, se manifiestan contrarios á los rigores estrechos y excesivos de la retórica y de la gramática. Se buscan la frase y el giro más adecuados para expresar una sensación honda, para trasladar al papel una escena, un retrato. Si se consigue, si la impresión percibida por el artista pasa al alma del lector, el triunfo está conseguido, y no se discute el medio.

Entregad la admirable obra de Víctor Hugo á un crítico al menudeo, á uno de estos desmontadores del hipérbaton que, á la manera del relojero armado de pacienzudo destornillador, quita pieza á pieza todas las que componen la máquina de medir el tiempo. Veréis cómo entra fríamente á sangre y fuego por el bosque metafórico de Víctor Hugo. No habrá comparación que le parezca exacta, no habrá tropo que no encuentre vicioso ; y cuando haya reunido un montón informe de piezas, que, juntas y armonizadas por el genio del poeta, constituían

las odas admirables de Víctor Hugo, os dirá: « ¡Ved lo que queda del gran artista! »

Tal crítica sólo puede satisfacer á espíritus pequeños y vulgares, incapaces de comprender que no fueron creadas para ellos las maravillas del ingenio; y como el artista jamás tuvo en cuenta semejante público al producir sus maravillosas concepciones, no hay por qué estimarle digno de juzgarlas.

Es muy fácil escribir una página correcta: la lima en las manos sabias del retórico, pasa y repasa sobre cada uno de los puntos salientes, y pule y abrillanta los que en la primera labor dejó sin brillo; pero es muy difícil escribir dos líneas en que palpite el ritmo de la vida moral, en que se halle luz y ambiente, en que se haga sentir al alma el relámpago divino del arte.

Pues bien: en todo lo que ha escrito Grilo, así en sus obras más pensadas como en las que al correr de su fácil pluma brotaron rápidas como por generación espontánea, se puede adivinar y no se dejará de sentir ese latido mágico que viene á ser como el eco de la inspiración.

Entre todas sus poesías, que son muchas, se destaca preferentemente una titulada *El invierno*. Después de Virgilio, ningún otro poeta pintó mejor el campo invernal. Las primeras estrofas os causan escalofríos y terror. Asistís al duelo de la naturaleza. Los campos están yermos y solitarios; no hay hojas ni pájaros en los bosques; los ríos se han helado; el cielo se oculta tras la parda cortina de la nube; el alegre ir y venir de los labriegos que empuñan los aperos agrícolas y entonan sus canciones para hacer más llevadero el trabajo, se ha suspendido por completo. El poeta lo dice en versos elocuentísimos:

« El monte es un fantasma, el valle un panteón ».

Al través de los versos de esta composición, Grilo retrata, no sólo el espectáculo de la naturaleza aletargada por el sueño del invierno, sino además un estado psicológico: es la vejez con sus canas y sus desengaños; es la triste separación de los seres amados en la vida; es la orfandad del niño; es la viudez de la esposa; es la pérdida de los afectos santos del alma, la ruptura de los vínculos que nos unen á la tierra.

Su patria, Córdoba, inspiró á Grilo otra composición admirable. Se titula *Las ermitas*.

Sabido es que allá en la altura de la sierra cordobesa, entre naranjales y pitas, entre pinos y encinas, elévanse unas cuantas casitas blancas y modestas. En el centro de ellas alza al cielo sus brazos de hierro una cruz, y bajo este signo de la Religión católica tiembla al viento una pobre esquila asida por sus brazos á endeble espadaña. Estas son las famosas ermitas de Córdoba, donde moran unos cuantos cenobitas vestidos con tosco sayal, desnudos el pie y la cabeza, que voluntariamente se someten á las mayores privaciones.

Su alimento es miserable y escasísimo, su lecho una tabla; no pueden sostener conversación sino un día en el año, y diariamente pasan tres horas cavándose la propia sepultura. El instrumento de la labor, que parece que sólo puede empuñarse por los que con él abren los surcos de la vida para echar en ellos con la semilla de la agricultura el sudor del trabajo, es en estos hombres signo de tristeza y desesperación: cavan y cavan eternamente, como si quisieran profundizar el túnel de la vida y alejarse de ella.

Con asunto tan hermoso, no podía la musa de Grilo menos de trazar un cuadro inolvidable. Sube el vate en lenta peregrinación desde las llanuras de Córdoba *la*

vieja, donde estuvo asentada la antigua Atenas musulmana ; y en cada descanso que hace su alma exhala tristes notas de dolor ; es el viaje de retorno que el ave intenta hacia su nido después de cansar las alas en inútil peregrinación por el espacio.

La abnegación de aquellos monjes, sus tristezas y penalidades, hacen brotar de la lira de Grilo notas que se dilatan en el ambiente como endechas tristes y lamentables.

Fecundo como pocos, Grilo escribe sin cesar, ó, mejor que escribir, compone, porque su prodigiosa memoria hace inútil el papel y el lápiz. En las soledades del insomnio, Grilo elabora, y de su cerebro candente surgen, como las chispas de la fragua, las constelaciones brillantísimas de la poesía.

Hállase este poeta dotado de un temperamento nervioso y vibrátil ; el exterior le impresiona por modo extraordinario ; el rayo de luz, la nube, el espectáculo alegre que se descubre al doblar la esquina de una calle, ó las tristezas que de improviso le presenta un entierro cuando con él se cruza en la vía, bastan para decidir de la inspiración de Grilo. Ya es alegre y risueña, ya es triste y despechada. Leyendo algunos de sus versos, parece que os halláis frente á un espíritu para quien se ha perdido toda esperanza ; leyendo otros, pensáis, en cambio, que tenéis que habéroselas con un hombre optimista y benévolo, en cuyos labios no puede dejar de encontrarse nunca la sonrisa.

Á sus talentos de poeta une otro muy escaso. Es émulo de Zorrilla en el arte de decir el verso. Una composición vulgar y llena de ripios se transforma en labios de Grilo en hermosísima endecha. De tal manera es esto exacto, que, si habéis leído una obra poética y la habéis notado

mil defectos, cuando se la oís recitar al autor de *El invierno*, no parece sino que os arrepentís de vuestro juicio primero.

Faltan en España buenos lectores de verso y prosa, y de todos los que por gusto ó necesidad hemos oído recitar composiciones propias ó ajenas, los dos únicos en quienes hemos encontrado el arte de decir completo son Zorrilla y Grilo. La edad ha quitado á la garganta del primero las dulces notas con que antes electrizaba al público; pero Grilo, que es joven aún, conserva toda la gama musical, y la maneja con arte admirable.



Marcos Zapata es aragonés, y algo de la noble rudeza de sus compatriotas se observa en la manera de ser de su estilo. La escena ó el personaje que han de ser descritos, aparécensele con la viveza y la acentuación de una silueta. No ve las medias tintas, no ve el claro-oscuro; sólo ve las líneas bravamente trazadas que en cuatro rasgos arranca de la nada una figura y la hace eterna en la memoria del observador.

Aun cuando Marcos Zapata ha cultivado el género dramático, resulta en todo poeta lírico. Sus obras aplaudidas por el público y representadas durante muchos centenares de noches, no viven tanto merced al esfuerzo de la inventiva dramática, cuanto por el alarde descriptivo, por el ingenio extraordinario y por la vivísima lucidez con que el poeta elabora su creación.

La Capilla de Lanuza es un pasillo dramático, — así lo titula su autor, — en que se honra la memoria del gran Justicia de Aragón, que supo perecer antes que abandonar la defensa y representación de aquellos fueros del

antiguo reino que el trono hollaba con olvido de todo derecho.

Seguro estoy de que cuando Marcos Zapata escribió *La Capilla de Lanuza* no tuvo para nada en cuenta que se trataba de una obra representable, y olvidó por completo que habían de ser dichos sus versos por actores vestidos con los trajes correspondientes, ante la batería de luces y delante del público. Las hermosas estrofas resonaban dentro del alma del vate; la inspiración patriótica y la protesta del aragonés inflamaban el alma del artista, y esto fué,—no hay que dudarlo,—el gran estímulo que produjo esta obra gallarda y admirable, esta preciosa concepción digna de ser escrita con letras de oro en la historia de nuestro Parnaso.

Antes de la ocasión presente me he ocupado en otras de Marcos Zapata, y en una memorable: cuando el Gobierno prohibió la representación de su drama *La piedad de una Reina*, fundándose en que esta obra produciría conflictos de orden público.

Como hace bastante tiempo que ocurrió este suceso, debo recordar á mis lectores que *La piedad de una Reina* era la obra escrita bajo la inspiración del acto magnánimo con que la Reina regente, Doña María Cristina, indultó de la pena capital que se le había impuesto al brigadier Villacampa, principal autor ó principal responsable, cuando menos, de la insurrección militar conocida en nuestra historia novísima con el nombre del *19 de Septiembre*.

Los personajes del drama eran suecos ó noruegos, pero la acción se calcaba sobre acontecimientos iguales por completo á los ocurridos en Madrid. Y hay que reconocer que tampoco se propuso Marcos Zapata realizar ningún acto político con su obra; quiso no más que trans-

cribir las inspiraciones que en su alma de artista habían producido aquellos acontecimientos lamentables y aquel acto magnánimo de la piedad femenina.

Hubo en aquella ocasión debate reñido en las Cámaras españolas, donde por primera vez se habló de cosas de arte, acreditando cuantos intervinieron en la discusión, tanto para defender al Gobierno como para defender al poeta, una ignorancia supina de cuanto atañe á estos asuntos.

Después de todo, la prohibición de que se representase el drama de Marcos Zapata fué ridícula é inútil: de haberse puesto en escena la obra, el público hubiese aplaudido una vez más los versos entonados é inspiradísimos del vate, la admirable cadencia de su música, el talento prodigioso que relumbra en cada una de sus frases, y no hubiera pasado de aquí el suceso.

La prohibición rodeó el drama de sombras; hizo, para los que la desconocían, misteriosa y fatídica esta obra. Los amigos del gobierno y del trono, fiados en las palabras del ministro de la Gobernación,—que entonces lo era el actual embajador en París, Sr. León y Castillo,—vieron en los versos del Sr. Zapata una á modo de evocación infernal, que iba á hacer surgir de los antros toda especie de vestiglos temerosos que amenazarían la vida de las instituciones.

En cambio, los enemigos de la monarquía creyeron que se trataba de una cifra poética, de un emblema literario, en el que estaba encerrado cuanto sienten y piensan los que desean el aniquilamiento de las instituciones vigentes y el triunfo de la revolución.

Merced á estas dudas y á estas sospechas, cuando fué impreso el drama de Marcos Zapata, se vendió prodigiosamente; se agotaron las ediciones con una rapidez extra-

ordinaria, y no hubo pueblo grande ni chico de España donde no se reunieran amigos y adversarios de la situación para leer la obra, quedando unos y otros,—justo es decirlo para hacer homenaje á nuestros compatriotas,—prendados de la forma poética encantadora con que el inspirado vate había sabido trasladar á sus páginas la interesantísima situación histórica, prodigio de bondades y heroismos personificados por aquella reina á quien, según el gobierno, se había injuriado llamándola piadosa.

No parece sino que,—y séame permitida esta digresión ajena por completo al asunto principal de mi artículo,—todos los que gobiernan reciben, con la credencial de su nombramiento para el alto cargo, una venda que obtura sus ojos y les impide ver con claridad.

En Francia, donde todavía subsiste, para oprobio de las libertades de la conciencia y para denigración de los más hermosos timbres del espíritu humano, la previa censura, han sido prohibidas varias obras, una de ellas, *Germinal*, de Emilio Zola, y, últimamente, un dramita en un acto de Francisco Coppe, titulado *Pater*.

La obra de Marcos Zapata es copiosa, y entre sus principales composiciones merecen especial mención *El Compromiso de Caspe*, hermosa resurrección de una página histórica, y *El solitario de Yuste*, leyenda dramática de infinita poesía, en que el maestro ha derramado las dotes de su inspiración robusta y enérgica.



Otro poeta joven figura en primer término entre los contemporáneos. José Velarde versifica con elegante facilidad, y aunque el asunto de sus composiciones es

limitado, porque no pinta ni describe sino escenas campestres y paisajes ; en esto es tan grande y maravilloso, que bastan las producciones que ya tiene publicadas para asegurarle preferente y distinguido puesto en la posteridad.

El Sr. Velarde posee el idioma castellano en toda su extensión. La riqueza de su vocabulario es infinita, y un gusto supremo para elegir los más adecuados hacen de sus páginas verdadera acuarela. Más que la palabra que indica el color, es el color mismo lo que Velarde pone bajo el tipo de su pluma.

Su poema *Alegría* es una de las mejores pruebas, y un á modo de síntesis de las condiciones distintas que palpitan en el espíritu del vate. Admirador de la naturaleza andaluza en que se ha criado, entusiasta paladín de sus méritos, se prosterna como ante un altar ante un jardín : las flores son para él como divinidades que merecen el holocausto, y ante las que, en nombre de la religión á lo bello, hay que descubrir la cabeza.

Tiene *Alegría* escenas en que admirablemente se representa la naturaleza en diversos estados y situaciones : ya es el verano con sus rigores meridionales, cuando la era se halla llena de mies, que cruje bajo la planta y brilla como si fuera oro. Velarde describe el girar monótono y lento del trillo, que va separando la espiga de la paja ; hace danzar ante los ojos del lector las briznas doradas que, á impulsos del aire, flotan en el espacio ; y en medio de esta atmósfera luminosa se destacan las siluetas vigorosas de los gañanes andaluces, de negros ojos, alta estatura y esbeltos talles ; el paso tardo del buey que arrastra el trillo ; el alegre paso castellano ; el caballo del aperador, que llega con el *avío* de la semana en las anchas alforjas ; la noche misteriosa y estrellada en

que aquellos labriegos entonan al compás de las guitarras las endechas de amor ; el amanecer con sus tintas rosadas y pálidas, y la aparición del sol, astro refulgente y poderosísimo, que inunda de rayos el espacio y vierte sobre Andalucía sus torrentes de oro derretido, son otros tantos asuntos para Velarde, que retrata, no sólo las grandes síntesis de la naturaleza, sino que, con amor especialísimo, con vehemencia apasionada, va añadiendo detalle á detalle, y pintando con pacienzudo y colorista pincel aquello que ha visto en su juventud.

*« Mon verre est très petit,
Mais je bois dans mon verre. »*

Así dijo Alfredo de Musset en una de sus inspiraciones más espontáneas y admirables. En efecto : muy pequeño es el vaso en que bebe Velarde, pero es del más fino cristal, y llénale el líquido dorado de las bodegas jerezanas, que nació, sin duda, un día en que el sol se metió á cosechero de vinos ; y así el líquido que saborea el vate, como la refulgente copita de cristal que lleva á sus labios, son tan suyos, tan propios, tan personales, que no podría pasar á otras manos sin romperse y derramarse.

Estos poetas, que, no por falta de inspiración, se circunscriben á un asunto y eternamente lo están sintiendo, son en el arte de la literatura lo que el especialista en la ciencia : en fuerza de examinar siempre iguales escenas y personajes semejantes, la atención produce un aumento en las facultades perceptivas, que hace que los ojos del escritor penetren á través de la materia en el fondo de las cosas y extraigan de ese fondo la quinta esencia maravillosa del arte. Es más : la grandeza del asunto no tiene nada que ver con la grandeza artística de la obra. Tal poeta, entonando sus himnos de triunfo y recordando

las proezas de Alejandro Macedón, acaso no acierte sino á producir insignificante é insustancial fárrago rimado. En cambio, otro poeta, cantando las desdichas de un niño ciego y huérfano, que ni tuvo nombre en la sociedad ni fatigó jamás á la historia con los hechos de su triste y corta vida, eterniza la propia inspiración, dejándola perdurablemente arraigada en el corazón de los lectores. Así como el arquitecto vulgar que construye edificios modernos morirá con sus obras y nadie tendrá curiosidad en saber cómo se llamaba, así también el artífice prodigioso que esculpió un sepulcro como el del cardenal Tavera de Toledo, tanto vivirá en la imaginación de las gentes cuanto viva el sepulcro mismo, y aun después que las ruinas le anonaden, en la historia de las artes figurará con escelsos resplandores su apellido.



Aunque no se dedique exclusivamente á la poesía, antes bien su principal trabajo y la idoneidad más característica de su alma son la crítica y la novela, no puede menos de figurar entre los poetas ilustres de España D. Juan Valera.

Más que inspiración, hay en sus poesías ingenio; más que abundancia de pensamientos, exquisita y elegante corrección de forma. Una idea lindamente presentada, un retruécano ingenioso, una frase gallarda, se ven de continuo en las poesías de D. Juan Valera.

Aún más que lo original merecen elogio, y no sólo elogio, sino admiración entusiasta, las traducciones que ha hecho el insigne hablista de las obras poéticas de los vates árabes de Ronda y Córdoba.

Traducidas del árabe al alemán por el barón Adolfo Federico Schak, Valera dió carta de vecindad española

á estas prodigiosas poesías, que, no sólo representan una civilización, sino que demuestran hasta qué extremo brillaron las artes en Córdoba la morisca.

Gallardamente trasplantadas al jardín de la poesía castiza, estas concepciones de la imaginación arábica, embalsaman, como flores de país ecuatorial, nuestro ambiente literario.

La profunda cultura clásica de Valera hace que algunas de sus poesías —y en esto se parecen á las de Carducci— estén atestadas de citas mitológicas, de nombres extraños al común de las gentes.

Esto no puede constituir base de censura; porque así como no se limita al poeta como territorio propio para sus inspiraciones el campo de las costumbres populares, tampoco debe negársele el campo de la historia y de la ciencia.

Claro está que un poeta como D. Juan Valera no puede nunca aspirar á la popularidad si no es entre los doctos, la más estimada sin duda de cuantos se ocupan del arte de las letras. El aplauso de éstos basta para llenar de alegría al que cultiva la literatura.

Además hay otra razón para que D. Juan Valera sea poco conocido como poeta: la opinión general no gusta de atribuir distintos talentos á un mismo artista; si se destaca desde luego como autor de novelas, y, previo el reconocimiento de la obra, se le otorga el aplauso y se le entrega la corona, luego tendrá dificultades para que le reconozcan competencia en las demás esferas del arte, si es que á ellas se dedica.

El renombre que Valera logró con su novela *Pepita Jiménez*, una de las obras maestras de la literatura contemporánea, le ha perjudicado para que sus versos sean tan estimados como debieran.

En esta enumeración de poetas líricos no hemos de ocuparnos sino de aquellos que se destacan y ocupan la primera línea, de aquellos cuyo renombre ha sido sancionado por la crítica. Dudo, pues, de colocar entre ellos al conde de Chestre.

Director de la Academia Española, grande de España y capitán general del ejército, hace muchos años vive dedicado al estudio de la literatura. Si las buenas intenciones, si los nobles impulsos y si los estímulos generosos hubieran de ser recompensados en el arte, habría que otorgar primer premio al conde de Chestre; pero como es necesario además de esto que la obra producida resulte de primera fuerza, he aquí que el conde de Chestre no conseguirá nunca el aplauso de la crítica. Inútilmente se afana el venerable anciano por recoger en su frío cerebro las esparcidas ascuas del ingenio y formar una mediana hoguera, en la que el numen del invierno caliente sus ateridos miembros. Cuanto escribe el prócer resulta pálido, desmañado, duro en la forma é insignificante en el fondo.

La traducción de *La Divina Comedia* del Dante es una de las obras que se imputan al conde de Chestre, y digo que se imputan, porque este es el verbo que cuadra á ciertos hechos reprobables y merecedores de la censura.

Comparando la traducción del poema de Dante Alighieri hecha por el conde de Chestre, con la que ha brotado de la pluma del general Mitre, no puedo menos de reconocer la inmensa diferencia que haya entre la una y la otra. El conde de Chestre ha empezado por no comprender la majestad imponente del poema italiano; no ha penetrado en sus recondideces maravillosas, y tal vez cuando le leía preparándose para traducirle no encontra-

ba en él otros méritos que el de la antigüedad de su lenguaje y su valor histórico. Así, pues, la traducción del conde de Cheste resulta pobre é insignificante; las vivas coloraciones del Dante, aquellas intrépidas sinfonías de frases que causan espanto y erizan los cabellos, aparecen en la traducción del conde de Cheste desvaídas en colores. En cambio la traducción del general Mitre es magnífica interpretación del gran pensamiento que atormentaba al vate italiano y trasunto fiel de la grandeza de tal obra.

Ya hace años que el conde de Cheste apenas si escribe algún que otro madrigal para el álbum de alguna señora de la aristocracia, ó las invitaciones con que después de Nochebuena obsequia á sus colegas y dirigidos los académicos, y aun en estas pequeñas obras se ve cómo el ingenio impotente y la escasa llama que arde en el senil cerebro no basta para entretener ni un momento al lector más benévolo y respetuoso.



Abarcando en amplia mirada el extenso horizonte ocupado por los vates de que he hecho mención en este artículo, no se puede determinar con exactitud qué rumbo sigue el gusto público, qué tendencia observa la poesía lírica española en su desenvolvimiento. Es preciso, para el examen que estoy haciendo, prescindir de Zorrilla, el cual viene á ser como un poeta vivo-muerto.

Dejémosle en el trono que sus contemporáneos le erigieron, rodeado de las alabanzas públicas y envuelto en la ola del entusiasmo nacional, y á partir desde el fin de su obra, examinemos qué tendencias se caracterizan con las obras más esforzadas.

No será del todo exacto este examen si no se tiene en cuenta que, á más de los vates de universal renombre de quienes he trazado ligeras siluetas, hay muchedumbre de cultivadores de la gaya ciencia, los cuales, con mayor ó menor felicidad, pero con entusiasmo indudable, se afanan por colgar sus coronas de laurel y rosas en el frontispicio del templo poético.

Los poetas que siguen el carro del divino creador de la poesía son innumerables, y tal vez examinando la nota dominante en ellos obtengamos un resultado más feliz para juzgar de tendencias y direcciones, que no examinando aisladamente las obras de cada uno de los grandes creadores de bellezas.

Á primera vista se advierte un gran predominio numérico de los poetas descriptivos. No en vano estamos en España, ni es fácil que la generación moderna prescindiera de aquellas antiguas tradiciones, de aquellos sagradísimos fueros que, para gloria del arte humano, lograron nuestros poetas del siglo de oro. Es más: las formas métricas del idioma castellano se prestan poderosísimamente á las descripciones; el idioma mismo con sus ricos epítetos, dotado de un caudal de colorido pasmoso, viene á ser en manos del artista el más fácil instrumento y el más dócil ejecutor de las obras de la línea y del color.

Sin embargo, Becquer y Campoamor han fundado dos escuelas distintas de la poesía, breve, llena de acerbidades y amarguras. Los lamentos del corazón, que en Becquer se traducen en elegíaco son, y en Campoamor en histérica carcajada, han producido numerosos cultivadores de la poesía. La facilidad de la forma, la incorrección propia de ella, el no necesitarse de grandes estudios del arte de la composición ni de la literatura para acometer

:

tales empeños, han hecho abundar los plagiadores de las *Rimas* becquerianas y de las *Doloras* de Campoamor.

El daño que estas escuelas han causado al idioma castellano es incalculable; no hay estudiante despierto, no hay hortera aburrido detrás de su mostrador, no hay empleado á quien la faena burocrática deje una hora de espacio, que no escriba su *Dolora* ó su *Rima* para enviarla al periódico de la localidad, si vive en una provincia, ó á algún semanario de esos que en Madrid se publican en secreto. Y digo que es gran desgracia para las letras esta muchedumbre de poetas ignaros, porque todo aquel que ha mordido el palo de la publicidad, parece como que ya se considera en situación de ser crítico de las obras ajenas, y de no prestarlas así como así el homenaje del entusiasmo ni el tributo de la admiración.

Es notable, por cierto, esta manera de ser del alma del hombre. Todo el que intenta en cualquiera de las esferas de la actividad humana una obra grande ó pequeña, si tiene algún éxito con ella, se considera maestro; y si le acoge el desprecio y la befa, créese víctima de una confabulación social, cuyo fin es impedir el paso del genio. De aquí vienen esos espíritus torvos y misántropos, esos enemigos de los poetas, esos *fruits secs*, que dicen los franceses. Triste y dañina carcoma del árbol de la poesía, anidan bajo la corteza del venerando leño, y allí practican sus túneles y sus galerías, robando la savia que debía emplearse en la lozanía y esplendor de las hojas y del fruto.

Hay, pues, que considerar á Becquer y á Campoamor como autores inocentes de esta estirpe desgraciada de vates inéditos y de poetas sin lectores.

Ya se sabe que todos los grandes creadores de bellezas, que todas las popularidades tienen el privilegio de

caldear los cerebros, produciendo en ellos emulaciones por conseguir una gloria como aquella á cuyo triunfo se asiste. De la manera que el sol férvido de Mayo llena de insectos las márgenes de los arroyos y los légamos de las lagunas, el gran sol del arte, el astro brillantísimo de la popularidad, produce un hervidero de competidores, una muchedumbre de ambicioncillas que vuelan en torno de la gran figura. Pero cuando se trata de un género fácil en apariencia, cuando se oponen dificultades técnicas á la realización, cuando entre el deseo de ser poeta y el hecho de escribir una composición no se levantan los largos días de trabajo, las noches de meditación, el centenar de cuartillas que hay que llenar de letras y todas estas otras dificultades, entonces se pasa muy pronto de lo pensado á lo realizado. Para escribir una novela, por ejemplo, es preciso, además del talento, la paciencia de estarse muchas y muchas horas delante de las cuartillas, y este trabajo material espanta á los que sólo por vanidad se abanderan en el campamento de las artes.



Prescindiendo de estos imitadores vulgares, no puede decirse que en España predomina hoy determinada tendencia lírica. Mientras que Núñez de Arce entona los grandes himnos á la libertad y á la conciencia humana, Grilo y Velarde cantan las bellezas del campo y los paisajes; mientras Campoamor cultiva la literatura popular envolviendo sus delicadas ideas y sus ingeniosísimos conceptos en el lenguaje más burdo y vulgar, Valera escribe el verso académico con la donosura y la esbeltez propias de la poesía griega.

En uno y otro bando, en un campo y en otro se obser-

van semejantes triunfos, paladines igualmente esforzados. No hay, pues, que suponer que una tendencia tenga mayor fuerza, lleve rumbo más derecho y consiga mayores homenajes que las demás.

Tal es el aspecto de la poesía lírica española. Con estos datos, con la meditación que es precisa para llevar á cabo una alta obra crítica y con un talento que á mí me negó la naturaleza, podrán acometer otros su estudio. Hay quien dice que en el siglo xx no se escribirán versos; hay, por el contrario, quien opina que el lenguaje rítmico será eterno, que responde á una manera de ser de la imaginación, y que mientras el hombre esté organizado como salió de las manos del Todopoderoso, no faltarán nunca los vates para transmitir á las multitudes sus propios sentimientos ó los sentimientos generales.

Discutan los partidarios de una y otra fórmula, y allá se las entiendan, que nosotros no hemos de dirimir pleito tan difícil y misterioso.

J. ORTEGA MUNILLA.

CONTRASTES

CUADRO DE COSTUMBRES BUENAS Y MALAS.

LAS cinco de la tarde serían, poco más ó menos, cuando llegué á la estación de Villafranca (de Guipúzcoa), con objeto de tomar el tren correo que había de conducirme á Biarritz.

Tenía tiempo de sobra, y para entretener la espera comencé á pasearme á lo largo del andén, recordando deleitosamente los quince días transcurridos.

No los trocara por otros quince en la mismísima corte de la Reina Victoria. Durante ese breve período de tiempo, había yo vivido la gran vida salvaje y libre de los pastores. Calzado de toscas alpargatas y vestido de fresco dril, apenas el Oriente se teñía de rosado color, y aun antes muchas veces, me iba á la montaña, hundiendo los pies en la hierba cuajada de rocío. Ninguna querrela de hombre llegaba á turbar la placidez de mi alma; en cambio, asistía á la eterna disputa de los árboles y del viento. Si me faltaban las sinfonías de Beethoven y las sonatas de Mozart, en cambio la alondra me obsequiaba con sus primeros trinos y el ruiseñor con sus últimos gorjeos. Uno de mis mayores encantos era seguir con la

vista el lento desvanecimiento de las nieblas, que cuando el sol nace son velos de plata, y cuando el sol muere cortinas de púrpura. ¡Oh qué fiestas de colores me daba ese grande artista que se llama el amanecer! Las montañas parecían cambiar de materia; eran, á la primera luz, montañas de ceniza, después de rosa, después de zafiro, y por último, montañas de oro. Mientras algunas cumbres mostraban aún el tinte de la plata nueva, valles enteros se dejaban ver únicamente gracias á la transparencia de las brumas azules; hubierais creído contemplar, á no saber lo contrario, la naturaleza terrestre á través de las ondas del mar. El sol, con sus dardos de fuego, deshacía todos los vapores y por entre las revueltas cimas venía á despertar á las sombras dormidas. Las praderas, rojas y blancas de flores, iban despojándose de la dorada neblina, y apareciendo una tras otra, como hermosas vírgenes que abandonan el lecho. Los árboles del bosque encendían una luz verde en cada una de sus hojas y por entre las ramas daban paso á los rayos del sol, que se rompían en chispas de brillantes al penetrar en el fresco seno de los arroyuelos. Los pajarillos se alisaban las plumas con el pico, y después saltaban apareados de rama en rama, ó inmóviles entonaban sus himnos á la luz, nota tierna que repite una misma queja, silbido que se burla, trino de loca alegría, gorjeo de profundo amor. En torno de las flores zumbaban las abejas, revolaban las mariposas, viviente ramillete de pedrería, y lucían los reflejos metálicos de sus élitros blancos, azules, verdes, dorados, amarillos, rojos y negros, los innumerables insectos. ¡Oh naturaleza, bendita seas, bendita mil y mil veces, consoladora, hermosa y pura madre de los hombres!

Escuchando el canto de un ave ó el murmullo de un

riachuelo, admirando los silvestres atavíos de una ignorada florecilla ó el vuelo altivo del águila que se remonta al cielo para bañar mejor los ojos en la esplendente claridad del sol, pasaba la mañana, y luego, sentado sobre los verdes manteles del prado, devoraba la rústica comida, aderezada con buen apetito, y saciaba la sed con agua helada de la vecina fuente, cuyos cristales, entre cimbreantes juntos, se quebraban. Y en seguida, echado de espaldas al pie de un frondoso roble, más viejo que un patriarca y más hospitalario que un árabe, dábame á contemplar el cielo visible entre las ramas y á oír el silencio que el mediodía del verano impone á los campos. Todo dormía á mi lado: únicamente la afanosa hormiga continuaba sus tareas, y siguiendo con entreabiertos ojos los movimientos de algunos de esos diminutos insectos subidos á la pechera de mi camisa blanca, no tardaba en quedarme también profundamente dormido. Á la tarde volvía á corretear por el bosque, y cuando las sombras de las montañas se extendían por los valles como una alfombra de terciopelo, y de los pasos del gris crepúsculo que avanzaba brotaban regueros de estrellas, me volvía al caserío, en compañía de los bueyes, de las ovejas, de las cabras y de las vacas, repitiendo en alta voz, como un loco, algunos medio olvidados versos de Virgilio.

Entonces contemplaba otras escenas igualmente bellas. Las raíces de un copudo nogal me daban asiento, y después de apurar un vaso de espumosa leche, veía descargar dos ó tres carros de hierba recién segada. El casero, subido sobre el carro, tiraba al suelo con su horquilla de madera los haces; y la casera, acompañada de sus dos hijas mozas, los recogía y llevaba en la cabeza al corral. ¡Era de ver el garbo con que las robustas *neskachas* cumplían su cometido! Con las trenzas caídas sobre

las espaldas, el pañuelo de colores del cuello medio abierto, mostrando el principio del pecho blanquísimo, sobre todo en comparación de la cara ligeramente dorada por el sol, la frente sudorosa, los ojos animados, los rojos labios abiertos dejando ver el centelleo de un relámpago argentado, las mangas de la camisa recogidas encima del codo, la saya de percal de menudos cuadros cayendo en ligeros pliegues sobre las piernas desnudas, los pies descalzos, rudos y polvorosos, entre risas y entre cánticos, recogían los fajos, y antes de cargarlos metían, para refrescarse, los brazos dentro de la hierba, y luego, derechas como un huso, sin inclinar al peso la cabeza, pisando airosamente, aun por encima de guijarros, penetraban por la obscura puerta del corral, que al recibir á tan donosa juventud, parecía iluminarse con una sonrisa. Media docena de gallinas picoteaba en el estiércol recogido en montón; un perro llamado *Pinto*, con la lengua fuera y pegando al suelo sin cesar con la cola, miraba atentamente á los gorriones que de los nogales volaban al tejado, y del tejado á los nogales; dos rapazuelos de distinto sexo y edad casi idéntica, rubios como dos espigas de trigo, arrastraban una lata vacía de pimientos, celebrando con palmas y risotadas el ruido producido, y junto á mí, sentado en la vecina raíz el casi centenario *aitona*, cargaba la pipa de yeso blanco con *belarra*, y ahora toso y después escupo, me contaba la nunca olvidada historia de la toma de Echarri-Aranaz por «el gran Zumalacarregui».

Después de recogida la hierba, penetrábamos todos juntos en la cocina, negra de humo y resplandeciente de honradez, cocina cuyos muros jamás habían sido testigos de acciones viles ó bárbaras; cuyos ecos no habían nunca repetido palabras obscenas, repugnantes blasfemias ó

frases concupiscentes; más hermosa con sus tiznadas paredes que los soberbios alcázares de los poderosos corrompidos; en la que siempre el ajuar de casa, limpio como las piedras del río, brillaba; ardía abundante leña y dejaba oír su monótono chirrido el grillo, rústica musa de los cuentos del hogar.

Luego, el *aitona*, el *echeke-jaun* y yo nos sentábamos á la mesa, cubierta de tosco y blanco mantel de ancha cenefa azul, y cuando la *andria* colocaba la humeante sopa de ajo en el centro, el amo se ponía de pie, se quitaba la boina y rezaba un *Aita guvea*, al que todos contestábamos *amén* con verdadero fervor. Mientras cenábamos, las dos *neskachas* traían algunas cuantas herradas de agua, y más tarde todos juntos nos íbamos á tomar la fresca y á estar de conversación una media hora discurrendo, no acerca de la cuestión de Oriente ó de la caída del Sr. Sagasta, sino de la *gran noticia* de que había parido una oveja, ó de que le había escrito Batista, el de *Sagarzurieta*, á su madre, diciéndole que en Montevideo se morían de hambre hasta las chinches, y de otros asuntos igualmente importantes. Otras veces, los *hombres* nos poníamos á hablar de la última guerra civil, y entonces las *neskachas* se alejaban algunas varas de nosotros y entonaban á media voz y á dúo alguna melancólica y tierna melodía eúskara. Todavía recuerdo la última que les oí, sentimental y elegante á la vez como una página de Mendelsshon.

« Zu ikustera ni joanean
 Zakurrak saunkak egitean
 Zembait alditan botatzen nion
 Isiltzeagatik ogiya
 Nere konsolagarriya !

Y por último, á la cama para volver á hacer la misma vida el dia siguiente.

He ahí todo lo que recordaba al pasearme por el andén de la estación de Villafranca. Un sargento de miqueletes, dos carabineros armados y media docena de hombres y mujeres, constituían la concurrencia del andén. Al otro lado de la empalizada que se extiende á derecha é izquierda de la estación, había tres muchachas lavando ropa en un riachuelo, metidas en el agua, con las sayas recogidas entre las piernas hasta encima de las rodillas, enseñando las blancas y gruesas pantorrillas. Á la orilla izquierda del riachuelo, un cura anciano, flaco y de traje raído, se paseaba, con un señor de sombrero ancho de paja y sombrilla blanca, por la carretera.

De pronto resonó un silbido y apareció un tren. Á pesar de que soy de los que celebran mucho el progreso de las ideas y de los sentimientos y poco los adelantos materiales, jamás he podido sustraerme á la tentación de aplaudir á un tren en marcha. Así es que fijé mis ojos con singular complacencia en el convoy que llegaba. El humo, de color gris muy oscuro, salía á borbotones de la chimenea de la máquina, extendiéndose perezosamente por ambos lados de la vía; el gigante de hierro lanzaba formidables resoplidos, y de su vientre brotaban millares de chispas y caían trozos de carbón encendido. Momentos después el tren se detenía en la estación. Al mismo tiempo resonó un estruendo espantoso, compuesto de gritos, silbidos, blasfemias, conversaciones, cantos, risotadas, patadas y manotadas; cualquiera hubiese dicho que dentro del tren venía una tribu del Riff.

—¿Qué es eso?—pregunté.

—Un tren de Ceuta—me contestó el jefe de estación. Todo lo comprendí: no venían los moros, sino sus her-

manos. Madrid vomitaba su populacho sobre Guipúzcoa, y lo vomitaba en forma de *tren de placer*. Á éste lo componían diez y ocho wagones de segunda y tercera clase, más sucios y empolvados que una diligencia después de diez días de marcha. Por las ventanillas se veía un verdadero mar de cabezas humanas y otro mar de manos que gesticulaban violentamente. Caras morenas, ojos negros brillantes, pelo del mismo tinte, pegado á la frente por el sudor, mejillas tiznadas de carbón, uñas ribeteadas de negro, dedos adornados de gruesas sortijas, pañuelos de seda de colores chillones, algunas cuantas mantillas desgarradas, corbatas apretadas por anillos de dublé ennegrecidos, abanicos de papel medio cubiertos de lentejuelas, ostentando aquí y allá la señal de dedos sucios y sudorosos, gorras de seda, sombreros grises de alas anchas, vestidos de percal manchados de grasa, mujeres gordas echando agua sucia por todos los poros, y niños atontados por el calor y el ruido; fisonomías arrugadas y ceñudas y fisonomías alegres y procaces, mujeres bigotudas y hombres barbilampiños de tez amarillenta, muchachas hermosas y viejas repugnantes, cabás repletos, dejando ver el cuello de una botella, cestas monstruosas medio destripadas, conteniendo la comida y los botines de la familia en amable promiscuidad, botijos de agua, botas de vino, líos de bastones, paraguas y sombrillas y varias guitarras: he ahí el espectáculo que á primera vista ofrecía el tren.

Toda aquella multitud, poco culta por naturaleza, y soez por costumbre, sobreexcitada por el calor, la aglomeración, los tragos y la novedad del viaje, parecía escapada de Leganés. Las palabrotas y las obscenidades volaban de boca en boca, produciendo aplausos y risas en proporción de su grosería y torpeza. Entre todos los

viajeros llamaba la atención una jovencuela de unos diez y siete años, de ojos de sol, de dientes menudos y blanquísimos, la cual, con agudeza verdaderamente notable, hablaba como en un cuerpo de guardia; jamás he visto más linda boca de infierno. Á su lado una jamona se despepitaba preguntando á un mozo de la estación por los lugares reservados *pá señoras*. Se los indicó el mozo, y la *señora* contestó: —Pues, hijo, los podíais tener en la luna; yo no ando siete leguas pá tan poco. Y abrió la portezuela, bajó á la vía, y con la cara vuelta hacia los coches, se acurrucó en el suelo, adoptando una expresiva postura.

¡Entonces sí que dijeron cosas! Cada lengua se convirtió en sinapismo, cada boca en espuerta de basura, y los gritos y los silbidos redoblaron; la *señora*, riéndose á carcajadas, continuó impertérrita, y cuando se levantó pidió un vaso de agua: *pa que se vaya el susto*, dijo. En el mismo coche de la señora despreocupada iba un chulapo, pariente, ó cosa así, á juzgar por lo arrimadito, de la jovencuela mal hablada de marras, el cual reparó en las lavanderas de las pantorrillas al aire y llamó la atención de sus compañeros acerca de tan deleitoso espectáculo. Nuevos gritos, silbidos, palabrotas y floreo de muladar dirigidos á las chicas del río; lo peor del caso es que el chulapo hubo de decir que alguna de ellas era guapa, porque la chulapa se incomodó, y con su voz penetrante comenzó á gritarles desvergüenzas, haciéndole coro otros hombres y mujeres, mientras los demás armaban gran jaleo por lo de las piernas visibles, hasta el punto de que las pobres muchachas, rojas como unas amapolas y dejando los cestos de ropa abandonados, se refugiaron detrás de la estación.

—Paece imposible que á naide le gusten esas patonas.

¡Olé! ¡aquí está lo bueno! ¡En tooito Madri, no hay otros pinreles como los míos! ¡Si le igo á osté que son terroncitos de azúcar! — exclamó la chulapa y puso su pie izquierdo diminuto, microscópico, chino más que madrileño, calzado de botina negra de charol, con caña de tela de color café con leche, en el borde de la ventanilla.

—¡Viva lo bueno, Frascuelita! (gritó otro chulo de voz aguardentosa.) Y cogiendo una guitarra, después de un mal rasgueado, cantó:

El cazador que es diestro
De noche caza ;
De este modo, las liebres
Pilla en la cama,
Y acierta el golpe,
Si es que no desperdicia
Las municiones.

—¿Pero han visto Vds. (dijo la *señora* del riego, verdadero ballenato andaluz), con qué poca vergüenza enseñan la chica de esta tierra de mansana lo que en otra parte sólo se enseña al novio? Aquí disen que hay más cura que borracho en San Lúcar de Barramea; ¿cómo no hay nenguno que les dise lo que la ecencia manda?

—¿Pero no vé osté, señá Simona, que aquí, como no hablan en flamenco, no pueen entenderse? Y además, mire osté cómo viene á pasearse el cura por junto al arroyo; segura estoy de que ese condena carlistón sabe, centímetro más ó menos, cuál es la pantorrilla más gorda de la parroquia. Tañe, Joseíto; pá osté, pare Vicario.

Y con voz chillona y sacando medio cuerpo fuera, la mozuela, cantó:

De la guerra de Venus
Un cierto abate,

Sacó tres cuchilladas
 Junto al gaznate ;
 Y el dios Mercurio
 Le sacó en este lance
 De un gran apuro.

Las más brillantes arengas de Demóstenes y Mirabeau, no habrán obtenido, seguramente, aplausos más nutridos que la seguidilla de Frascuelita ; todos los viajeros del coche se arrimaron á las portezuelas y ventanillas, y sacando los brazos, unos agitaron los sombreros, las gorras y los pañuelos, y otros pegaron con los bastones ó las manos en la madera como si citasen á un toro. El cura, sumamente incomodado, se volvió de espaldas y tomó un sendero que á través de las heredades conduce á Villafranca ; apenas dió cuatro pasos, le alcanzó en la espalda media naranja que le tiró uno de los viajeros.

Había estado mirando con sostenida atención el miquete toda esta escena, y al ver el naranjazo, después de lanzar un enérgico *arrayua*, se acercó al wagón, y dijo con voz firme y tranquila :

—Ustedes, si queréis divertir bien hasen ; pero no insultéis gente, ni tampoco menos la cura de la naranca con los cáscaras tirando y.

—¿Pero qué ise ese tío de la *boina* encarná con su lengua de trapo *vizcaína*?

—¡Toma! ¿qué ha e desir? Que respetemos al cura. ¿Si será su papá?

—¡Pero si eso no es cura, si eso es una vela de sebo! Tírale una naranja entera, Pico-largo, á ver si le rompes la teja.

—Lo ques yo delante estando V. no tirarás si quieres la puñetaso que no te lo pegue.

—Oiga osté, so morral, quítese osté de delante, que con esa cara de luna no me deja ver el sol,—dijo la Frascuelita.

—Cállate, chiquiya, que le voy á tomar medida de levita á ese *sagardúo* más pronto que la vista. ¿Pues no ice que me pegará un puñetazo? ya quisiera ver eso. ¡Tan sólo una vez en toa mi vía se ha atrevío nenguno á ecir otro tanto! ¡Váyase osté, hombre sin sal, y no me obligue á bajar pa hacerle limpieza de las tripas sin necesidad de purga!

—¿Que te parese á V. que te tengo miedo yo á tu *nabala*? Bájate si quieres, y verás baño en lagua como te tomas pronto y erreprescas la errabia.

En aquel momento el chulo de la guitarra, que había estado oyendo la disputa sin decir nada, y bebiendo de cuando en cuando vino de una bota, sacó la cabeza por la ventanilla, y lanzó á la cara del miquelete un buche, diciendo:

—¡Vino va!

El miquelete, furioso, se subió al estribo del vagón y se agarró con el chulo. Al mismo tiempo sonó la campana, silbó la máquina y el tren se puso en movimiento. En alguno de los vagones los viajeros comenzaron á cantar la popular canción:

La camisa de la Lola
Un chulo se la llevó;
La camisa ha parecido,
Pero la Lolilla no.

El miquelete sin apearse del estribo, no sé si por impotencia ó por ceguedad, continuó en la misma postura durante algunos instantes. El tren había ya rebasado la estación, cuando el miquelete cayó á tierra con la cara

bañada en sangre; uno de los del vagón, no se sabe quién, le había tirado una cuchillada al cuello; gracias á un brusco y casual movimiento de cabeza, la navaja le hirió en la mejilla; á esa feliz casualidad se debe que la cuchillada, contra la perversa intención de su autor, no fuese mortal.

El tren se alejaba rápidamente; el penacho de humo y chispas de la locomotora parecía una aureola de gloria; los pulmones del monstruo de hierro ensordecían el espacio con sus enormes resoplidos; el tren semejaba, al tomar la curva, una gigantesca serpiente, de cuyas entrañas salían innumerables voces humanas. Gracias al instinto de imitación que se observa en todas las muchedumbres, ahora eran todos los viajeros los que entonaban el coro final de *La canción de la Lola*, espejo de la inmunda plebe madrileña.

El tren, aumentando su velocidad, se internaba por Guipúzcoa. Á mí me parecía ver avanzar la incesante oleada de un mar cenagoso, la onda incansable de agua pestilente que todo lo anega y borra. ¡Allá iban chulos y chulas á introducir una palabra obscena, á sembrar una blasfemia, á matar una costumbre antigua, á sustituir con otra una prenda del traje indígena, en una palabra, á pasar la fétida esponja de la asimilación sobre los puros colores del pueblo eúskaro! *Esto matará á aquello*, decía yo también, fijando los ojos llorosos en mi caserío de *Zelayarán*, que en aquel momento, enrojecido por el sol de Occidente, elevaba al cielo, entre los nogales, la azulada columna de humo de su hogar pobre y honrado, como se eleva en alas de la oración el perfume de un incensario.

ARTURO CAMPIÓN.

REVISTA ULTRAMARINA



Obras de *Santiago Estrada*, miembro correspondiente de la Real Academia Española.

ENTRE los mal llamados críticos de nuestro país, que mejor pudieran llamarse maldicientes, pues más les tira el género de Villergas que el de Fígaro, y no saben encontrar el lado cómico de las cosas, sino retorciéndolas y desfigurándolas, para lo cual no hace falta ciertamente el buril del artista, sino la tenaza del herrero, ha habido alguno, que, á la galantería del literato argentino que hoy nos ocupa, cuando le remitió sus obras, ha contestado en los periódicos satíricos ridiculizando el número de éstas, su variedad y hasta la circunstancia de haberlas reimpresso en Barcelona con sencilla elegancia y sendos prólogos de escritores españoles, durante el viaje que por la patria de sus abuelos acaba el autor de hacer. Martillo tosco donde hacía falta cincel delicado, ó siquiera pecho agradecido á los actos de personal benevolencia.

Ya que no el regalo de libros, á que solemos estar muy acostumbrados los escritores, el presentarnos al Sr. Estrada compatricios nuestros tan ilustres como don Juan Valera, D. Manuel Tolosa Latour, D. Pedro Bofill,

:

D. Nilo María Fabra, D. Santiago de Liniers, D. Antonio Peña y Goñi, D. Valentín Gómez y D. Eduardo Bustillo, algo de nuevo y peregrino significaba respecto á su mérito como escritor y á sus cualidades como hombre. Confraternidad amorosa con nuestras letras y nuestros literatos por lo menos. La lectura de cualquiera de los siete prólogos (1) hubiera probado al Aristarco otras muchas cosas, que su aturdimiento y su ligereza no quisieron ver.

Por añadidura, y para que no faltase al cuadro alguna chanfarrinada de ocre, alguna de esas bufonerías personales en que consiste toda la gracia de ciertos escritores desgraciados, pronosticaba que el Sr. Cañete y yo nos entusiasmaríamos con el literato viajero, dando á entender, claramente, que tenemos ancha manga y que, á trueque de contribuir á la obra de reconciliación hispano-americana, estamos dispuestos á sacrificar nuestras convicciones literarias y hasta los cánones del sentido común, poniendo en las nubes la literatura española de allende el mar, que él pone por los suelos cada y cuando la ocasión se le presenta. Sin perjuicio todo ello de elogiar también á trompón, y á manera de postdata, por pura fórmula de cortesía, las obras del Sr. Estrada, sin duda por haber caído en la cuenta de que todo el articulejo le había salido una descarnada fórmula de lo contrario.

¿Necesitaré yo rechazar la acusación de benévolo en demasía con los literatos americanos, cuando la desgracia, que por tal la estimo, no me ha presentado todavía ocasión de elogiar desmesuradamente ninguna de sus obras modernas que en las manos me han caído?

(1) El del Sr. Fabra no es prólogo, sino Apéndice con el título de *Un viaje á la República Argentina en el año 2003*, especie de novela pseudo-profética, inspirada indudablemente por la de Souvestre *El mundo tal cual será el año 3000*. Por lo ingeniosa y patriótica, honra mucho á nuestro amigo el Sr. Fabra.

Los lectores de la ESPAÑA harán justicia de semejante adulteración de la verdad, que no tiene otro objeto que lanzarnos una satirilla insustancial á mi ilustre colega de *La Ilustración Española* y á mí, por no ejercer la crítica como los escritores de perro chico, ladrando y mordiendo; si bien sabemos enseñar los dientes al que nos busca las pantorrillas, según pueden atestiguar asimismo nuestros lectores habituales. Si por mi parte más disposiciones muestro al elogio que á la censura con los libros ultramarinos, tal proceder se inspira en un principio de estética circunstancial, por decirlo así, que he indicado cien veces, y que consiste en colocarme en un punto de vista relativo, que toma en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo, amén de otras muchas, acaso más trascendentales aún, que los críticos al uso no respetan. Ellos, además, se creen con títulos bastantes para ejercer de pedagogos y sacudir palmetazos á todo bicho viviente, porque gastan nombres guerreros y se les antoja un ejército la chusma de los voceadores de la Puerta del Sol, cuando ganguean los títulos de sus periódicos á los cuatro vientos. Nosotros, no. ¿Con qué derecho los que aquí lamentamos á toda hora el limitado horizonte, el escaso ambiente social, la carencia de público, de lectores, de opinión, y, por consiguiente, de estímulos de todo linaje que esterilizan á nuestros literatos y amenguan el brillo de nuestra literatura, habremos de cerrar los ojos á esas mismas circunstancias, cuando, á mayor abundamiento, se desarrollan entre gentes que juntan á nuestras mismas cualidades fisiológicas y de raza la de contar por lustros una vida pública que nosotros contamos por siglos; la de hallarse por la mayor parte en ese estado embrionario que llamamos período constituyente en lenguaje político; y cuando, en fin, ellas, por todos los medios que la publici-

dad pone al alcance de los individuos y las colectividades, nos están demostrando espíritu fraternal, amor á la patria común, anhelo por el engrandecimiento de la literatura nacional, y todo esto en grado tan eminente y plausible, como demuestran dos hechos elocuentísimos: el cultivo concienzudo, meditado y cada día más eficaz y provechoso del habla castellana; progreso que se palpa, que se toca en los libros impresos en América, á pesar de la rémora casi invencible que el periodismo le opone, exactamente como sucede aquí, y el paralelo desarrollo de los sentimientos de nacionalidad y raza, en que van desvaneciéndose visiblemente, como las nieblas al sol, con los odios y preocupaciones antiguas, lo que es más importante aún, la influencia de otras razas y otras gentes acaso más habilidosas y progresivas que nosotros, que han pretendido sustituir la nuestra en América, y no lo consiguen por la virtud, por la energía y por el patriotismo de los americanos?

¿Habríamos de ser tan insensatos que por dar gusto á periodistas callejeros que tienen acostumbrado el paladar á las salsas de guindilla y á los guisotes exóticos, sin contar sus contubernios, sus compadrazgos, que hacen árbitros casi siempre del elogio y la censura al sectarismo, ó, á cosas peores, con mengua del prestigio de la crítica y los que la ejercen, correspondiésemos con desabrimiento y desdén á hombres como el Sr. Estrada, que nos viene á rendir el tributo de su amor y su inteligencia, no con jactancia, no con vanagloria ofensiva, sino con la natural satisfacción que el hijo emancipado lleva su esposa y su familia á la casa paterna para honrar las canas del autor de sus días, y hacerle exclamar como el poeta:

« El Señor en mis hijos me bendice »?

Tiene al caso presente aplicación, tanto más oportuna, el sistema de la reciprocidad y la cortesía que se nos moteja, cuanto que sin haberse puesto de acuerdo unos con otros los siete prologuistas de que hemos hablado, aun siendo de muy diversas escuelas y opiniones, coinciden en las ideas que venimos exponiendo con tan rara unanimidad, que resulta el viaje á España del Sr. Estrada un verdadero acto fecundo y trascendental, acaso el más fecundo en la esfera literaria de cuantos hasta ahora han contribuido á reanudar los lazos entre españoles y americanos. De la lectura de esos estudios crítico-biográficos sale un retrato de cuerpo entero del autor, tan simpático, tan expresivo y genial para los buenos españoles, que la de sus obras se emprende luego con verdadera avidez.

Siete son los volúmenes que forman esta colección, impresos en 4.º gallardamente, según queda dicho, con cubiertas á dos tintas, en la imprenta barcelonesa de Henrich y compañía, sucesores de Ramírez, en el año pasado de 89. El autor, por lo visto, no ha querido darles carácter colectivo, ni formar con esos siete volúmenes lo que se llama un cuerpo, sino más bien una serie de grupos literarios sin lazo común alguno, ni pretensiones de unidad. Pero ésta surge natural, espontánea, casi completa y originalísima de los escritos que preceden á los volúmenes casi todos de gran valía, como desde luego indica la siguiente descripción bibliográfica, que comenzamos por las obras más abultadas :

VIAJES.—3.^a edición, tomo I.—*Del Plata á los Andes y del mar Pacífico al mar Atlántico*, con un prólogo de D. PEDRO BOFILL: XLII-346 páginas.

Tomo II.—*De Buenos Aires al Tandil y al Paraguay.—De Valparaíso á la Oroya*, con prólogo de D. EDUAR-

DO BUSTILLO, y un apéndice de D. NILO MARÍA FABRA; XII-362 páginas.

MISCELÁNEA.—Tomo I, con una *Carta-prólogo* de D. JUAN VALERA: XVII-378 páginas.

Tomo II, con una *Introducción* de D. MANUEL TOLOSA LATOUR: XXII-334 páginas.

TEATRO.—*Colección de artículos*, precedida de un *Estudio crítico y biográfico*, por D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI: XLI-604 páginas.

Estudios biográficos, con un *Prólogo* de D. VALENTÍN GÓMEZ: XIII-278 páginas.

Discursos, precedidos de una *Introducción* de D. SANTIAGO DE LINIERS: XV-330 páginas.

Entendemos que el Sr. Estrada considera el primer volumen de su colección el que lo es también de las *Misceláneas*, toda vez que en él pone sus dedicatorias autógrafas y que la materia viene á ser en verdad como un haz de trabajos sueltos donde las múltiples fases de su vida se retratan. Del discretísimo prólogo puesto al tomo I de esta obra por el Sr. Valera se deduce que cada prologuista conocía únicamente el libro en que colaboraba, circunstancia que da más realce y valor á la unidad significativa con que los siete literatos españoles aprecian el talento del argentino. Estas frases de Valera en su *Carta* al Sr. Estrada, *plus minusve*, en el fondo ó en la forma, se encuentran en los siete prólogos:

«Declarado ya aquí como sentencia que es V. un escritor sincero, entusiasta sin extravío y sin empeñarse en ser entusiasta, y sano además, añadiré, como parecer individual mío, que me agrada en extremo su modo de pensar de V. y que en lo más esencial siempre le apruebo y le aplaudo.» El decir esto mismo de Estrada, y aun con mayor encarecimiento, Liniers y Tolosa La-

tour, Bofill y Peña y Goñi, Gómez y Bustillo y Fabra, ¿no prueba su alta valía?

He aquí, pues, que, aunque me cueste el disgusto de incurrir en las iras del criticaastro en cuestión, he de decirle que se han realizado sus pronósticos al pie de la letra, no por lo que tenían de malévolos, sino por lo aventurados é inconscientes, pues me hallo dispuesto á elogiar las obras del literato bonaerense con más fervor y más entusiasmo que lo he hecho hasta ahora con otros americanos, por haber encontrado en este escritor un verdadero tipo que realiza mis ideales en la materia; castizo sin afectación; naturalista sin afectación; original sin extravagancia; poético y pintoresco en los límites en que debe serlo un prosista; elevado y sentencioso con oportunidad casi siempre; erudito sin plagios, ni aun reminiscencias de Víctor Hugo, de Heine, de Campoamor, etc., cosa rara en aquella literatura; y, en fin, republicano sin exageraciones, y católico puro y neto, de los que no hacen de la religión una bandería ni un fanatismo que se dé la mano con intereses políticos ó preocupaciones sectarias.

Confieso igualmente que, contagiado mi espíritu no poco de las pestes europeas, y abierto mal mi grado á las insanas corruptelas que el periodismo y el vivir al día vierten sin cesar en nuestra atmósfera, estos siete grandes volúmenes de títulos poco llamativos y en realidad vulgares, que exigen un mes de lectura y muchos de meditación, no me previnieron favorablemente hasta que leí algunas líneas del Sr. Estrada, como es natural que suceda en tiempos en que el hombre más apartado del mundo apenas puede hacer otra cosa con los libros que desflorarlos y saltarlos, y eso cuando un título bien plantado en la primera página le abre el apetito; pero

estas mismas circunstancias, que perjudican á las medianías, son verdadera Providencia para los escritores que cumplen más que prometen, según el dicho vulgar, pues nos llevan de sorpresa en sorpresa y de encanto en encanto, hasta hacernos olvidar el medio que nos rodea, enemigo de toda abstracción y de toda lectura prolongada. El mismo volumen de los *Discursos*, que no había pensado abrir, pues declaro sin rebozo que también participo del universal hastío de oratoria que el parlamentarismo con sus garrulerías ha tenido la habilidad de producir en el mundo moderno; en los mismos *Discursos* he encontrado mucho atractivo y mucha seducción, principalmente al hallarme con la grata sorpresa de que no eran políticos ni de actualidad, sino de materias sociológicas en su gran mayoría, y que, aun á los que participan algo de aquel carácter, sabe darles el Sr. Estrada un engrane tan delicado y unos encuentros tan oportunos con las esferas superiores del pensamiento, que en verdad no tiene en la historia literaria de nuestros días muchos rivales. Porque, en tesis general, nuestros oradores se hinchan como los globos para remontarse, y antes que la voz de la Sibila, se oye la caja de los truenos entre bastidores, mientras el orador argentino tiene el arte de pasar sin esfuerzo de lo sencillo á lo profundo, de lo vulgar á lo sublime, del llano á la montaña. Sin ser un gran pensador, ni un gran poeta, ni un prosista de primer orden, en él se equilibran y amalgaman peregrinas cualidades que se acercan no poco á lo sobresaliente y extraordinario. Si no es de los que resuelven grandes problemas y abren al pensamiento nuevos horizontes, los puntos que él toca de verdad los ilustra, y si no seduce al lector, le enseña y le convence. Aun no estando conforme con las ideas, se aplaude al pensador. Lo mismo debió de acontecer al se-

ñor Valera con la *Miscelánea*, y acierta á expresarlo con esta envidiable gallardía : « V. escribe *corde bono et fide non ficta*, con la sinceridad, con la convicción candorosa que atrae la atención de los lectores, que les gana la voluntad, que los convence á veces, y que, cuando no los convence, los interesa y conmueve, convirtiéndolos, si no en correligionarios del dogma que se predica, en amigos y parciales entusiastas del predicador.»

No he de ocultar tampoco que la discretísima, bien pensada y mejor escrita *Introducción* que lleva el tomo de los *Discursos* fué mucha parte á congraciarme con la materia, pues el Sr. D. Santiago de Liniers ha acertado allí á completar para nosotros el aspecto más simpático del autor, que es la sinceridad de sus principios sociales y religiosos, por tal manera, que parecen brotar de ellos los liberales, en el buen sentido de la palabra, con naturalidad tan espontánea como la flor brota del capullo; difícil armonía para las gentes modernas, hasta el punto que los hombres de la vieja Europa apenas la concebimos en un republicano, por más que los del país argentino, á pesar de sus recientes algaradas, nos parezcan de los más educados y tolerantes de América. Irresistible tentación nos da de copiar algunos párrafos del Sr. Liniers, en quien concurre una peregrina circunstancia, que el lector debe tener presente : ser también deudo, como el Sr. Estrada, de aquel virrey de Buenos Aires cuyos servicios á América y á los americanos, que no niegan ellos mismos, pagaron los prohombres de la Independencia fusilándole en 1810, en compañía del capitán de navío D. Juan Gutiérrez de la Concha, padre del difunto marqués del Duero y del de la Habana; del coronel de caballería D. Santiago Allende; del tesorero D. Joaquín

Moreno, y del asesor de gobierno D. Victoriano Rodríguez, cerca del sitio llamado con simbólica oportunidad *Cabeza del Tigre*, en el Bosque de los Loros. Fué tanto más heroico el sacrificio del brigadier Liniers, cuanto que, francés de nacimiento, y casado con una señora americana, del Gobierno de Madrid había recibido recientes agravios, y de Napoleón todo linaje de halagos y promesas. Con tal antecedente, resultan hasta sublimes las últimas palabras que salieron de su boca :

«Morimos orgullosos de nuestra fidelidad al Rey y á España.»

He aquí ahora las de su descendiente y homónimo español, apreciando las cualidades de su otro descendiente y casi homónimo río-platense :

«Fuera parte del estrecho parentesco que nos une,
 » hubiera yo, pues, rendido parias de amistad cariñosa,
 » y homenajes de admiración entusiasta á todo escritor
 » americano, y sobre americano argentino, en quien por
 » tan señalada manera como en Santiago Estrada hubie-
 » ra advertido moldeadas en su grandilocuente y pictó-
 » rico estilo, las cualidades, las aficiones, los nobles odios
 » y los justificados desvíos de un corazón genuina y nati-
 » vamente español.

» Y esto que á mí me hubiera acontecido aun fuera de
 » las leyes del parentesco y de la amistad, hale sucedido
 » á la sociedad y á la prensa españolas, al acoger como
 » antiguo conocido, como amigo del alma que sólo por
 » caso accidental y fortuito ha podido vivir separado de
 » nosotros, á un escritor de los vuelos intelectuales, de
 » la significación filosófica y de la cepa artística del señor
 » Estrada.

» Porque aquí sí que puede decirse (y lo digo ahora,
 » porque el secreto que se me escapa no puede perjudi-

» car á mi pariente), aquí sí que puede decirse que el pa-
» bellón ha cubierto la mercancía ; es decir, que el poeta
» castizo, el limpio y elegante prosista, el hablista y aun
» el pensador genuinamente español, ha amparado y pro-
» tegido en esta España modernizada, más que en aficio-
» nes y en costumbres íntimas en conceptos abstractos y
» en *moderías* intelectuales, al filósofo cristiano, al fusti-
» gador implacable del *modernismo*, al espiritualista
» convencido y elocuente, al crítico y al publicista que no
» reniega de los cánones de la eterna bondad y de la ver-
» dad eterna, al poeta que no se deslumbra con los chis-
» porroteos mal olientes de lo brutal ó de lo asqueroso,
» al pensador que no se avergüenza del origen divino de
» su entendimiento, al republicano que no se extasía ante
» la sublimidad justiciera de todas las revoluciones, ni
» ante la insolente solidez de todas las conquistas y ane-
» xiones....., al católico en fin, que aun preciándose de
» hombre libre, como todos los que nacimos del lado acá
» del Gólgota, y estimando su condición de ciudadano á la
» par de cuantos nos hemos amamantado con la savia ge-
» nerosa de la civilización cristiana, no se enfada dema-
» siado, ni prorrumpe en ayes lastimeros, cuando se oye
» llamar *reaccionario* por los adscritos á la gleba de cual-
» quiera de las tiranías ó *feudalidades* modernas.

» Tal es, sin embargo, el insigne escritor bonaerense,
» y tal se manifiesta sin rebozos, veladuras ni disimula-
» ciones en estos discursos que ahora por primera vez
» colecciona, y que han sido pronunciados ó leídos en su
» país, en el Perú y en Chile, en ocasiones bien diversas
» y con motivos bien distintos.»

Más adelante, y después de citar excelentes y sus-
tanciosos párrafos de los discursos de Estrada, condensa
así sus ideas :

«Tal es el pensador, tal el poeta, tal el hombre, que
» hoy toma por propio derecho puesto definitivo y prefe-
» rente entre los escritores y publicistas de la noble len-
» gua castellana.

» Si preciso fuera, después de conocido tal cual él es,
» que se nos revelase bajo otro aspecto, aún nos cauti-
» varía más, considerándolo como crítico austero, así de
» las costumbres como de la literatura contemporánea.

» La sal ática, la causticidad urbana, la aguda ironía,
» la viveza y prontitud de ingenio corren como vena de
» acerado metal por cuantos escritos consagra á las pre-
» ocupaciones ó perjuicios *racionalistas*, á las mons-
» truosas divinidades del realismo, á la afeminación de
» los usos mundanos, á la baratería de los *perdonavidas*
» literarios, á la truhanería del plagio y á la servil debi-
» lidad que, por el gusto decadente de esta edad anémica
» ó histérica, implica la funesta manía de la exagera-
» ción, hinchazón y abultamiento de la forma literaria
» al uso.»

Pues los dos tomos de *Viajes*, presentados al público español por el Sr. Bofill con parecidos encomios, por sí sólo merecerían un artículo, que desde Michelena acá, ningún viajero americano ha descrito tan bien su propio país. Por ser distinta la materia, extractaremos algunos párrafos de este prólogo, que va siguiendo con el autor el itinerario del Plata á los Andes, analiza sus impresiones, y recuerda al público de paso las escenas, tipos ó sucesos parecidos que la literatura moderna le ofrece, «por el prurito (dice) de infundir alguna amenidad á su
» trabajo, simulando que un libro tan sesudo, tan pin-
» toresco, tan científico y práctico á la vez, como el tomo
» de *Viajes* de D. Santiago Estrada, que de todas veras
» te recomiendo (al lector), es una obra de gran espec-

»táculo con vistosos telones y con música verdadera-
»mente española.

» Con esto, al fin y al cabo, te vendría á demostrar lo
» que como una paradoja he apuntado al principio de este
» artículo ; esto es, que en cualquier asunto, bien sea
» geológico, poético, moral ó económico, etc., se puede
» hallar incentivo para un agradable viaje del espíritu,
» puesto que en este libro del Sr. Estrada que voy exami-
» nando, con ser una obra de viajes sumamente entrete-
» nida, nos salen á cada paso al encuentro curiosas
» nociones de geología, serios estudios de ciencias natu-
» rales, profundas apreciaciones históricas, exhalaciones
» poéticas de primer orden, un sentido moral perfecto, y
» sobre todo, una caridad cristiana y un amor á la huma-
» nidad tan acrisolados, que hacen dudar de si el autor
» los siente con absoluta independendencia de toda mira pa-
» triótica, ó si es que va por el camino cumpliendo anti-
» cipadamente su misión diplomática, y espera que con los
» nobles sentimientos que trata de infundir á sus compa-
» triotas, logrará mejorar y enaltecer cada vez más las
» condiciones de nuestros hermanos los pobladores de la
» floreciente América española.

» Tal proceder no podría menos de sernos á nosotros
» altamente simpático ; y por eso aprecio yo tanto los
» trabajos literarios de D. Santiago Estrada, en los cua-
» les se ve siempre reflejado un grande amor á la madre
» patria, que es nuestra tierra española.

» Pocos escritores americanos perciben este sentimien-
» to con la claridad y el fervor de D. Santiago Estrada.»

Y todavía otro prologuista, que nos lo retrata en una
postura sumamente original é inesperada, coincide igual-
mente en todas las demás condiciones que á nosotros nos
lo hacen simpático y entrañable. El profundo crítico mu-

sical Sr. Peña y Goñi, trazando una biografía completa del Sr. Estrada, que se ha reproducido aparte en un folleto, lo presenta en los teatros de Buenos Aires con el cetro de la crítica en una mano y la reputación de los primeros artistas del mundo en la otra, artistas que traen luego á ese mundo artístico el nombre del escritor bonaerense, ceñido de aureolas tan singulares, que leyendo entre renglones se le creería un Rostchild, que las gargantas cubriese de perlas y enlazase con brillantes los gorgoritos. Los artistas del Teatro Real fueron los lazos de unión, primero platónica y luego personal entre el crítico de Madrid y el argentino. «De regreso, esos artistas (escribe Peña), hacíanse lenguas de las dotes que, como crítico musical, adornaban á Santiago Estrada; y las opiniones de tiples y tenores, de barítonos y contraltos, formaban encomiástico unison en loor de la inteligencia del escritor y de las condiciones del cumplido caballero.

» Elena Theodorini y Roberto Stagno, sobre todo, no sabían hablar de Buenos Aires sin mentar á Estrada, y cuantas conversaciones entablé con ambos artistas sobre la capital de la República Argentina, y sus usos y costumbres teatrales, iban siempre á parar á un mismo nombre: Estrada *quá*, Estrada *lá*, Estrada *su*, Estrada *quiú*; no había modo de impedir que Estrada fuese condimento obligado de todos nuestros coloquios.»

Y todavía da á sus lectores una sorpresa más estu-
penda el crítico musical. Oigámosle :

«Habíame hablado varias veces Estrada de su entusiasmo por el noble y viril juego de la pelota, y héchose lenguas de la habilidad de los pelotaris. En su devoción ocupaban lugares escogidos el Chiquito de Eibar, Eli-cegui, Mardura y Beloqui.»

Concluiremos ya con este curioso prólogo, que, si no el mejor, es el más pintoresco y ameno de los siete, copiando el retrato del personaje. El Sr. Peña le conoció personalmente en una comida dada á entrambos por el barítono Menotti, al regresar el año pasado de Buenos Aires.

«Era un hombre alto y grueso, de anchas espaldas, » grande el pecho y echado hacia adelante. Lo moreno » de su tez, que parecía aireado por los ventados del » Atlántico, prestábale cierto aspecto de colono enrique- » cido, y entre la abundancia de sus carnes y la agilidad » que denotaban todos sus movimientos había hermosa » ponderación, reveladora de un cuerpo sano y de un es- » píritu despejado y vigoroso.

» En armonía con lo restante del cuerpo, la cara era » grande también, y si lo grisiento de la barba y del pelo, » un pelo fuerte, abundante y apretado, cortado casi al » rape, daba á entender que la juventud existía en aquel » hombre á título de recuerdo, lo estirado de la piel y el » tono brillante de la carnación vencían, en cambio, á » las huellas del tiempo y prestaban al rostro marcado » tinte juvenil.

» Dos ojos garzos, enormes, se divisaban debajo de » las cejas, carnudas y prominentes, y movíanse allí en » libertad, como amparados por sendas fortalezas, que » les permitían maniobrar á su antojo.

» Cuando se abrían, había en ellos una dulce expre- » sión de bondad; pero se abrían pocas veces; permane- » cían generalmente medio cerrados. La mirada adquiría » entonces extraña expresión; se fijaba penetrante y dúc- » til en el objeto ó en la persona, y había en ella la seve- » ridad del observador, la sorna del hombre de mundo y » la característica doblez del diplomático.

» La finura de la nariz y la delgadez de los labios ser-
» vían de complemento á aquellas miradas, tan pronto
» suaves como incisivas, pero avizoras siempre, y una
» tersa y espaciosa frente ponía digno remate á la cabe-
» za, prestando á la fisonomía toda atractivo carácter de
» nobleza y altivez. »

No sin deliberado propósito hemos dado grande extensión al examen de los prólogos, ya por la autoridad de sus autores y el concretismo de sus juicios, que nos ahorra un pesado análisis de las obras; ya porque de ellos resulta la personalidad literaria del escritor argentino entera y de alto relieve, justificando nuestras primeras apreciaciones; ya también para que el lector juzgue de la bufonesca ligereza con que se habían profetizado nuestros elogios por quien no conocía quizá, ni aun por el forro, esta colección de obras, no menos dignas de estudio que su autor. Deben también los lectores á esta circunstancia, sobre el placer de saborear galana prosa, en vez de la nuestra desabrida, la contemplación de un tipo digno de otro estudio más trascendental, si cabe: el moderno criollo español, selección hecha por la libertad y la cultura de nuestros antiguos indianos y peruleros, hombres de bien á carta cabal, patriotas á carta cabal, católicos á macha-martillo, valientes hasta el heroísmo, buenos mozos hasta volver locas á las incomparables limeñas y á las dulces mexicanas; pero más largos de manos que de alcances, por regla general; fanfarrones de la riqueza, antes que espléndidos; viciosos y andariegos en mayor grado que trabajadores y activos, y, por remate y contra, díscolos, rebeldes é intratables; que el que no había andado á cintarazos con los corchetes de la Audiencia ó los soldados de un Virrey, se tenía por hombre de poca enjundia, ó, como si dijéramos, criollo de tres al cuarto.

Reciente la conquista, mal sosegada la sangre de los compañeros de Hernán Cortés y de Pizarro, frescas todavía las memorias de aquellas enormísimas revueltas en los campos y las ciudades, ya con los Gascas y Girones, ya con los Vicuñas de Potosí, ya unas provincias contra otras, extremeños y andaluces contra vizcaínos y montañeses, verdaderas epopeyas inciviles, que condujeron, como era natural, á la guerra permanente del siglo pasado contra los filibusteros, la Holanda, y la Gran Bretaña, que eran en el fondo una misma compañía de salteadores de nuestras Américas, al ver que las guardábamos con tal desprevenición y desatino; la buena simiente española no pudo fructificar allí con carácter propio y autónomo, ni siquiera asimilarse el hidrógeno de aquella atmósfera y los jugos de aquella tierra, hasta que el cataclismo de 1808 vino á dar nueva forma al mapa, nuevo horizonte á las ideas, nuevo rumbo á los caracteres. Si los tipos á lo Estrada fueran abundantes en la moderna América española, que, puesto aparte el deseo, no tenemos aún datos bastantes para apreciarlo, bien poco habría perdido España, haciendo ganar tanto á la humanidad y á la civilización. Ricos que con una mano levantan ciudades, abren istmos, construyen ferrocarriles, crean enormes estancias de ganado ó plantan extensos ingenios y cafetales, mientras con la otra escriben libros, redactan notas diplomáticas, pulsan la lira ó manejan el compás, sin mengua en una ni en otra esfera de los principios morales, religiosos y patrióticos, de que hace tanta gala, sin alarde ni ostentación alguna, el autor de los interesantísimos *Viajes del Plata á los Andes y del Atlántico al Pacífico*, nos parecen preferibles á los antiguos indianos y peruleros, que, si traían á nuestro país el oro engendrador de algunas instituciones civilizadoras, le traían al

:

mismo tiempo no pocos elementos insanos, costumbres corrompidas, hábitos de holganza, de seducción é insolente caciquismo, aún por desgracia más frescos hoy en la sociedad española que los laureles de la conquista.

También de propósito hemos citado el libro de los *Viajes* del Sr. Estrada, por ser, en nuestro concepto, el más característico y espontáneo, como obra de su primera juventud, cuando emprendía la carrera diplomática. El modelo que parece haberse propuesto el Sr. Estrada es nuestro infeliz amigo D. Pedro Antonio de Alarcón en sus libros, tan populares en América como aquí, *La Alpujarra* y *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, pues aunque las notas se tomaran en 1869, cuando hizo el autor su viaje á Chile, confiesa en el prólogo que no lo ha impreso hasta ahora, con lo que deja entender haberlo retocado y corregido. Sin las grandes pretensiones de los viajeros franceses, que de todo se ocupan y todo lo escudriñan y analizan, encajándolo en el molde de lo pintoresco y melodramático aunque no quepa, el Sr. Estrada, observador exacto y concienzudo, comprende y refiere cuanto á la variedad de sus lectores puede ofrecer atractivo, y sabe unir á la amenidad la cultura científica, no con la ciencia infusa de los viajeros franceses y aun de algunos alemanes, sino aceptando las opiniones de los sabios que con miras de estudio han explorado los mismos territorios, método el más racional y útil en esta época de especialidades y de división del trabajo. Ningún hombre sirve en el mundo para todo, y el que viaja como el Sr. Estrada, estudiando costumbres y accidentes externos, mal puede fijar la atención en la Flora y la Fauna, ni en los fenómenos geológicos. Su modestia y su sinceridad le absuelven de toda acusación de deficiencia. «He »descrito (dice) la Pampa, las provincias Argentinas,

» la Gran Cordillera de los Andes y el Estrecho de Maga-
» llanes, bajo el único punto de vista que me es posible
» hacerlo : bajo el punto de vista pintoresco.

» Algunas noticias geológicas que mi trabajo contiene,
» pertenecen á los hombres de la ciencia. No he invadido
» el terreno de Burmeister, Philippi, Domeyko, Leybold,
» Pissis y Lastarria.

» Los geógrafos é historiadores me han suministrado
» noticias de otro orden, á que he dado colocación en el
» lugar conveniente.» Acaso en este punto hubiera conve-
nido mayor amplitud, en nuestro concepto, pues la parte
histórica de la Gran Cordillera es pobre y no satisface la
curiosidad del lector, defecto que disculparíamos á no
hallar en el prólogo esa advertencia que acaba de leerse.
Las exploraciones españolas de los Andes, empezando
por la de Vasco Núñez de Balboa, verdaderamente épica,
que hoy los mismos poetas americanos están cantando á
porfía, de que es buen ejemplo el poemita de nuestro
amigo D. José Roa Bárcena (México, imprenta de Esca-
lante, 1879), merecía algún recuerdo entusiasta de tan
entusiasta español. Aunque sólo se hubiese propuesto en
su libro reflejar la salvaje grandeza de las selvas, los
horizontes grandiosos del desierto, y los perfiles sorpren-
dentes de las montañas, ¡habrá encontrado allí de seguro
las huellas de tanto predecesor ilustre que hablaba su
mismo idioma! Y no se ha propuesto sólo eso ciertamente,
pues más de una vez evoca las sombras de los políticos
y caudillos rioplatenses, que han hecho á los Andes tes-
tigos de sus contiendas ó sus emigraciones á Chile y al
Perú, con que había mayor razón para recordar á aque-
llos otros.

También es verdad que no parece la historia el estu-
dio predilecto del Sr. Estrada; ya por la aridez y el enojo

que á los poetas suele ofrecer, ya por las dificultades y espinas que le rodean, máxime en un país de las condiciones de la República Argentina, y para el descendiente del penúltimo Virrey español, que por pausable salto atrás, casi casi piensa y siente como su ilustre antepasado. Así resulta una verdadera temeridad el artículo sobre el brigadier Liniers que encabeza el volumen que lleva por título *Estudios biográficos*, donde no se encuentra ninguna de las grandes revelaciones históricas ó íntimas que esperaba el lector. Quizá corre por sus venas, junta con la sangre del mártir, la de los verdugos; y en tal conflicto, ni podía natural, ni debía racionalmente ahondar mucho en la materia, y de aquí la inoportunidad de abordarla. Un recuerdo nos asalta ahora: En el llamado *Cabildo Abierto*, de Mayo de 1810, ó sea en el ayuntamiento que preparó la independencia de Buenos Aires, ¿no figuraba el apellido de su madre? Así se le ve escribir párrafos como este: «*Pasamos por*» *alto* los detalles de la revolución de 1810, que emancipó» la América del Sur del poder español. Solicitado por» muchos realistas intransigentes el ofendido Liniers para» oponerse á ese movimiento, simpático á los naturales,» fiel á la causa del monarca de España, abandonó su re-» tiro, y acaudilló algunas fuerzas, que se desbandaron» antes de encontrarse con las que la Junta había enviado» para sofocar la resistencia. Sólo les quedaba al obispo» Orellana, á Liniers, Concha y los demás jefes, el par-» tido de marcharse al Perú».

¡Ahí es nada *lo que pasa por alto*, como si un historiador pudiera hacerlo! El período más interesante y crítico, no sólo de la vida de su héroe, sino de la dominación española en Buenos Aires; cuadro altamente dramático, en que la lealtad y la falsía, las nuevas y las

viejas ideas, luchando á muerte, justifican el título de *Maestra de la vida*, que dió Ciceron á la historia (1). No,

(1) Afortunada casualidad nos ha deparado en estos momentos una colección interesante de papeles americanos de aquella época, donde hay algunos de Liniers que le honran y le retratan.

Véase la siguiente carta, que en medio de sus triunfos contra los ingleses escribía á D. Ramón del Pino, antecesor en el gobierno de Buenos Aires del torpísimo marqués de Avilés, donde se le verá presentir ya la insurrección.

La copiamos al pie de la letra, recordando á los lectores que se trata de un francés y de un soldado :

« BUENOS AYRES 27 de Agosto de 1806.

» Mi mas Estimado Amigo : V. conosera la multitud de asunto que
 » me agobian y que solo con semejante motivo podía yo dejar de mani-
 » festarle todo mi agradecimiento tanto de las atenciones que le e mere-
 » sido como de la parte que á tomado al feliz escito de la expedición que
 » me fué confiada : ay remito a V. una imperfecta relacion de esta Em-
 » presa pues la Escribi con tanta priesa, y tantas interrupciones, que
 » ademas de olvidarseme de citar muchos individuos distinguidos por
 » acciones de valor y patriotismo e dejado por ignorarlo de hacer men-
 » cion de Algunas particularidades interesantes. pero Espero que mi
 » *Quinto Cursio Lavardin (sic)* (¿era su jefe de Estado Mayor?) desempe-
 » ñara este asunto mejor que yo : los Señores Alcaldes me pidieron mi
 » Parte al General y deseoso de instruir al publico de un echo que tanto
 » les interesaba los dieron á la Empronta, lo que me a atrahido un millon
 » de quejas algunas con un algun fundamento pero infinitas con ninguno.
 » para desagraviarlos á todos hice poner Carteles en que pedia que cada
 » uno me expusiera sus meritos bien seguro que mi mayor gusto sería de
 » publicarlos.

» Este Pueblo mi Amado Amigo esta en un Estado Cruel. bajo la mas
 » profunda Saña contra el mil veces infeliz Marques, Esconde un Espiritu
 » de insurreccion que me causa el mas vivo quidado, no veo el momento
 » de verme libre de Prisionero. Para procurar de remediar este Daño y
 » sofocar si puedo esta ydra antes que tome más Cuerpo. Se an fijado
 » todos estos dias Pasquines atroces, por otra parte el virrey no acaba de
 » confirme en el mando de las armas, o mandarme restituir con mis tro-
 » pas al lugar de mi salida (lo que aseguro a V. con la verdad de que me
 » precio) de manera que yo despues de 15 dias de haber reconquistado
 » esta plaza estoy aun Sin mas autoridad que la de Reconquistador con
 » una responsabilidad orrorosa y sin las facultades Legales para prepa-
 » rarnos a resistir a una nueva invasion....

» SANTIAGO LINIERS.»

En postdata, dirigida á doña Francisca Huet, esposa del Sr. Pino, que le había felicitado por sus triunfos, escribe estas modestas frases :

« Doy á V. las mas espresibas gracias de sus finas espresiones sobre
 » un suceso que verdaderamente se debe atribuir mas bien á la Providen-
 » cia que á los esfuerzos nuestros ; pero en quanto á lo humano.... (se
 » han) portado oficiales y Soldados con el mas Eroyco valor.»

Sr. Estrada, no; comprendemos y lamentamos la situación de V.; pero cuando un escritor de sus brillantes condiciones tiene que pasar por alto esas cosas, ha cometido una temeridad al coger la pluma. Tierna es, y sentida, y poética la visita que hace V. en su *Viaje á los Andes* á la hacienda de Altagracia, propia del infortunado Liniers, retiro de donde le sacaron los buenos españoles para llevarle á la muerte, y llena para V. de ternísimos recuerdos infantiles, que en párrafos cadenciosos, tan cadenciosos como estrofas, refresca melancólico; pero también tiene algo de temeraria la relación de la visita, donde se ve claramente que su gran corazón y su fantasía de poeta están cohibidos.... no por conveniencias ni miras personales, apresurémonos á borrar del lector tal pensamiento, que sería ofender á un hombre que sólo elogios merece, sino por sus sinceras convicciones democráticas, por su inquebrantable patriotismo americano. Aun siendo muy superior y de más alto vuelo el *Estudio biográfico de D. Félix Frías*, tampoco nos satisface por completo; que de puro meditado resulta incoloro. No es la investigación histórica el terreno donde el Sr. Estrada marcha con más desembarazo.

Los artistas del Teatro Real tienen razón, y el señor Peña y Goñi juntamente con ellos. ¡Fenómeno singular! Poeta exuberante, diplomático distinguido, político juicioso, viajero incansable, negociante audaz, y, sin embargo, tantas y tan complexas aptitudes dan en el señor Estrada, por selección misteriosa, un crítico de primera fuerza, que no diremos de primer orden quizá por el número excesivo y la variedad extraordinaria de sus trabajos de tal índole. Claro está que no nos referimos ahora exclusivamente al volumen titulado *Teatro*, sino á los dos de *Miscelánea*, y no poco al de los *Discursos*, donde

brillan también sobremanera sus conocimientos estéticos, y más aún sus condiciones críticas. La misma abundancia de la materia perjudica al conjunto de estos trabajos de índole periodística, demasiado periodística quizá, fruto probable de la improvisación, y ¿por qué no hemos de añadir, de la impremeditación á las veces? Quien confiesa haber escrito más de cuatrocientos artículos sobre la cuestión de límites con Chile, nos autoriza á suponer que el hábito, ó las exigencias de su posición en Buenos Aires, le constituyen en verdadero periodista *au jour le jour*, con notorio perjuicio del literato. Así nos explicamos también algunos lapsus inconcebibles en hombre tan conocedor de nuestra literatura antigua y moderna, como el confundir á *Fígaro* con su hijo Luis Mariano de Larra, el contradecir alguna vez sus opiniones en un mismo artículo, según acontece con el Sr. Echegaray, de quien se muestra en alguna ocasión admirador entusiasta, no siendo en realidad ni aun partidario, y sobre todo, lo que bajo este aspecto más deficiente estimamos es el artículo *Don Juan Tenorio*, — *Un drama nuevo*, — que empieza concediendo á la obra de Tamayo una especie de *accessit* ó mención honorífica, para concluir demostrando, aunque sin proclamarlo, al revés de lo que hacen y harán más y más todos los días las cien trompetas de la fama, que es una obra de primer orden que honraría á su mismo protagonista Shakespeare. Del paralelo entre Santa Rosa y Santa Rosa de Lima, inspiración de su viaje al Perú, y lleno de rasgos interesantes, habría también que decir no poco bajo el aspecto general, y muchísimo en sus fundamentos filosóficos, que la mística altísima de la doctora de Ávila á ninguna otra se parece, y ni aun puede sostener con ella paralelo alguno la misma sor María de Ágreda, á quien hoy co-

nocemos y admiramos acaso mejor que sus contemporáneos, gracias á la señora marquesa de Loring y á don Francisco Silvela.

Pero, en cambio de estos pequeños lunares, hijos indudablemente de la ligereza y de los hábitos periodísticos á que ningún hombre de este siglo puede sustraerse, ¡cuántas observaciones profundas! ¡Cuánta doctrina estética! ¡Cuánta cultura intelectual, y cuánto acierto, en fin, de fondo y de forma! No se ha juzgado en España al malogrado Rafael Calvo, á su hermano Ricardo, á Donato Jiménez, á la Contreras y á los demás artistas de la antigua compañía del Príncipe, con la imparcialidad y el recto criterio que los juzgó el Sr. Estrada en Buenos Aires, y lo mismo suponemos que podrá decirse de los muchos artistas de otros géneros, que, por sernos desconocidos ó extraños, no podemos contrastar con exactitud los juicios que inspiraran al crítico periodista. Los que quieran saborear tres páginas llenas de profundo saber estético y de admirable intuición artística, lean la 240 á 242 del artículo titulado *En el seno de la muerte*. Los que sepan que cuando el Sr. Estrada empezó á escribir, sólo era conocido en Buenos Aires nuestro antiguo teatro por *El Alcalde de Zalamea*, que el patriarca de nuestros actores D. José Valero había puesto en escena años atrás, admirarán y aplaudirán seguramente los profundos estudios, no sólo de nuestra dramaturgia, sino de toda la crítica europea, y principalmente la alemana, que ha tenido que hacer el literato argentino para formar tan exacto juicio de Calderón y Lope, y hacerlos populares en las riberas del Plata, cuando la compañía de Calvo representó *La Vida es sueño*, *El Castigo sin venganza*, *Entre bobos anda el juego*, *El desdén con el desdén*, y otras obras maestras de nuestro repertorio. Su defensa de *Don Ál-*

varo ó la fuerza del sino contra los ataques de Viller-gas, es discretísima y concluyente, así como los consejos repetidos que da en muchas partes á los jóvenes americanos para contrarrestar sus tendencias á la imitación servil, que á las veces llega al plagio. Con sus cien párrafos sobre Víctor Hugo, Byron y Musset, sembrados por estas obras, podría formarse un libro semejante al *Kempis de los literatos*. Sus páginas de la *Oración por todos* refutan admirablemente, aunque sin nombrarla siquiera, la magnífica poesía panteística que compuso con el mismo título el moderno Góngora francés. De estas refutaciones abundan tanto todos sus escritos, aun los más ajenos á la crítica y á la filosofía, que por dondequiera que se abran salen al paso. En las Pampas como en Europa, entre bastidores como en el gabinete diplomático, el pensador cristiano hace gala de sus principios, y encuentra ocasión de sostenerlos. De él sí que puede decirse que ejerce la literatura como un sacerdocio. Su desprecio á la falsa popularidad debe de ser bien grande, cuando se ha atrevido á dar á luz su estudio crítico de *Olegario Andrade*, tomando por tema justamente sus cuatro obras más celebradas por el vulgo á causa de sus tendencias, que, llamadas liberalescas, no quedan para los americanos bien calificadas: *El nido de condores*, *El arpa perdida*, *Prometeo*, *San Martín*. El Sr. Valera parece preferir *El ideal del poeta*, que es una carta al doctor D. Nicolás Avellaneda, presidente de la República, que había criticado acerbamente al poeta colombiano Jorge Isaacs, y si bien la defensa que de él hace D. Santiago Estrada nos deja satisfechos, como al ilustre autor de *Pepita Jiménez*, hallámosla menos valerosa y estudiada que la crítica de Olegario Andrade, á quien prueba documentalmente ser, entre otras cosas, un rápsoda de Víctor Hugo

y otros extranjeros, muy próximo á plagiario. Su tono es por el estilo de esta sátira que lanza contra *El nido de condores*. «En una época en que los inspirados penetran » en el dominio de la poesía, llevando á la espalda el crisol y en la mano el microscopio, estales vedado inventar ó desnaturalizar nidos. Una de las particularidades » del condor, según Humboldt, consiste en no tener » nido. »

Vamos á concluir, porque es forzoso, y porque, en realidad, los prologuistas del Sr. Estrada han analizado sus obras mucho mejor que nosotros, y necesitaríamos toda la ESPAÑA MODERNA para emular con ellos. Es lamentable que tan eminente y simpático literato no tenga un estilo propio menos americano (sin que se entienda por esto que no lo tenga claro y bastante limpio), y que sobresalga también entre sus compatriotas por lo castizo y puro. Achaque de periodista indudablemente. ¡Y cuán poco trabajo le costaría formárselo, á un hombre tan lleno de estéticos ideales, de erudición clásica, de sanos principios y de elevados pensamientos! La grandilocuencia de su estilo, casi siempre deslumbradora, su fluidez y su abundancia, tal vez ocultan vacíos é incorrecciones, así como es de lamentar el de algún trabajo serio acerca del idioma de Cervantes en el rico arsenal literario del pensador argentino. Por moda mil veces plausible tiénese hoy entre nuestros hermanos de allende consagrar detenidos estudios á la purificación y limpieza de aquel joyel precioso que les legamos, y en verdad que lo hacen por tan magistral manera los Cuervos, Michelenas, Barras y otros, siguiendo el camino que les trazó Andrés Bello, que ya los van teniendo muy en cuenta nuestros retóricos y gramáticos, sin contar la Academia Española, de quien parte y adonde converge todo este impulso de glorioso

renacimiento. El Sr. Estrada hasta ahora no ha puesto su talento al servicio de tan buena causa, pues su ligero trabajo acerca del guichuá es más bien arcáico y erudito, que, á pesar de los esfuerzos de Cordero y otros tradicionalistas, el dialecto en que hablaban los Incas dista mucho de ser hoy *toda la elegancia* del Perú, como lo calificaba en el siglo xvii el Jesuíta González Holguín.

Como última palabra, hacemos nuestros los elocuentes párrafos en que el Sr. Peña y Goñi da á entender que piensa lo mismo que nosotros acerca de este punto :

«Y como el corazón de Estrada siente hondo, y su
»fantasía le lleva imperiosamente al aire libre de la natu-
»raleza, *alma parens*, de ahí que el estilo del escritor,
»arrastrado por el temperamento de éste, corra como
»una lava sobre las descripciones de hombres y de cosas,
»dejando un reguero de imágenes, un perfume de esen-
»cias, una lluvia de flores, algo que trae á la memoria
»los santos y las santas, las relucientes casullas, las do-
»radas mangas, el aroma del incienso y la majestuosa
»marcha del palio, despidiendo rayos de fuego, en so-
»lemne y brillante procesión.

»Estrada pinta más que escribe, y basta leer sus
»artículos para convencerse de que el prosista no se
»encuentra á gusto sino cuando llama en su auxilio al
»pintor.

»Sus paisajes son más de un Watteau que de un Rem-
»brandt; sus cuadros de género viven en más de una oca-
»sion en pleno convencionalismo; los bocetos de figuras
»benefician á veces mucho del préstamo que Estrada les
»hace de sus propias emociones; pero la mágica paleta
»del artista reparte con tal profusion los colores, el alma
»del poeta subraya con tan acerada expresion cuanto pal-

» pita en ellas y extrae con delicadeza tanta la poesía que
» flota en todos los ambientes, que, encantado el oído al
» percibir aquella melodía de la prosa que suena con rit-
» mos impalpables, síguele con ansiedad, se le asimila sin
» tardanza y acaba por formar cuerpo común con un
» artista que con tal elocuencia le convida á la contempla-
» ción deleitosa de lo bello.»

V. BARRANTES.

ÍNDICE

SECCIÓN EXTRANJERA.

	Páginas.
<i>El Perro</i> (cuento ruso), por I. Turgueneff.....	5
<i>Cálculo exacto</i> (cuento ruso), por Th. Dostoievsky.....	25
<i>Hegel y su correspondencia</i> , por Víctor Cherbuliez.....	34
<i>El Congreso Penitenciario de San Petersburgo</i> , II y último, por Pedro Nocito.....	54
<i>El Arte de la Edad Media</i> : El estilo gótico, por Ernesto Renán....	79

SECCIÓN ESPAÑOLA.

<i>La cuestión social y la paz armada</i> , III y último, por Concepción Arenal.....	93
<i>Memoria relativa á la escultura</i> , por Agustín Querol.....	104
<i>Versificación por pies métricos</i> , III, Los ensayos modernos, por E. Benot.....	119
<i>Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos</i> , IV, por J. León Mera.....	141
<i>Poetas</i> , por J. Ortega Munilla.....	156
<i>Contrastes</i> (cuadro de costumbres buenas y malas), por Arturo Campión.....	183
<i>Revista ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	195
